

Pablo Cabellos

¿Soy un ser humano?

Luces para un mundo más feliz.



RIALP

¿SOY UN SER HUMANO?
LUCES PARA UN MUNDO MÁS FELIZ



PABLO CABELLOS

¿SOY UN SER HUMANO?
LUCES PARA UN MUNDO
MÁS FELIZ

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2009 *by* PABLO CABELLOS
© 2009 *by* EDICIONES RIALP, S. A. Alcalá, 290. 28027 Madrid

Fotografía de cubierta: Fotolia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-37

Fotocomposición: MT Color & Diseño, S. L.

INTRODUCCIÓN

Conócete a ti mismo. Un viejo consejo, atractivo, pero que a duras penas logramos seguir. Desde el momento de la concepción somos seres humanos, pero no lo sabemos. Algo más tarde, pensamos en otras cosas más urgentes como, por ejemplo, sobrevivir — más aún, en los tiempos que corren—. A esas alturas de nuestra vida sabemos poco, y todavía duerme el interés por el conocimiento propio. Algo más adelante despierta, y de un modo gradual vamos *reconociéndonos a nosotros mismos* como seres humanos.

Sin embargo pueden existir quienes no vivan como tales, e ignoren incluso en la edad madura la verdad sobre sí mismos: unos por frivolidad, otros por pereza, y tantos, contagiados por las gripes del pensamiento débil y de lo políticamente correcto, que deja mente y corazón con la consistencia de la gelatina. Ahondando un poco más, pronto se descubre la máscara del relativismo, que tilda de inaccesible la verdad trascendente, y con ella, el conocimiento cabal de uno mismo: una máscara opaca, que impide deslumbrarse con la dignidad y grandeza del ser humano y, por tanto, con las luces de un mundo realmente feliz.

Las líneas que siguen tratan de ayudar a superar ese escollo, desempañar los cristales y buscar así lo auténtico y original que late en todo ser humano. Luego, cada uno podrá aplicarse algunas conclusiones, y tal vez descubrirse a sí mismo en ellas, *reconocerse*.

Este libro no es un tratado sobre el hombre, aunque hable de él. No puede serlo, por su mismo origen: una selección de artículos periodísticos, entre muchos otros publicados a lo largo de casi veinte años en los diarios *Levante-EMV* y *Las Provincias*, ambos de Valencia. Han sido escritos al filo del acontecer diario y, aunque no ofrecen un contenido completo, confío en que resulte orientador en estos tiempos de pensamiento dominante donde parece estar prohibido opinar fuera del recinto establecido.

Vamos a tratar de saltar modestamente esa valla, con ánimo de que gane el hombre.

Mi agradecimiento a los directores de los citados diarios, así como a sus jefes de opinión, de quienes he recibido siempre un trato cordialísimo y abierto.

Espero contar siempre con su amistad.

I. ¿QUÉ ES EL HOMBRE?

LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE

El libro de Juan Pablo II —*Cruzando el umbral de la esperanza*— encara muchos de los interrogantes que golpean al hombre contemporáneo cuando reflexiona sobre cuestiones fundamentales. Una de estas cuestiones —recurrente en la vida y en el magisterio de ese Pontífice— es la verdad sobre el hombre mismo. Pero, ¿la persona humana de nuestro tiempo es consciente de lo que ella misma es? En los albores del tercer milenio, ¿tiene el hombre una visión lúcida de su propio ser? Tendríamos que interpelarnos sobre los móviles de nuestras conductas, sobre nuestros juicios del acontecer cotidiano. Una de las demandas que, en la citada obra, se hacían al Papa es si la Iglesia está parada mientras que el mundo se aleja de ella. Para contestar, Juan Pablo II acudía al tema de la verdad del hombre: ¿no es el hombre el que se distancia de sí mismo a base de un relativismo que le lleva a ignorar su propia verdad? Y tendríamos que dar razón de nuestras esperanzas y ambiciones, para responder adecuadamente a la pregunta.

Si el hombre se aparta de su verdad, no puede causar maravilla que acuse a la Iglesia de imponerle cargas insoportables, derivadas de su misma concepción del ser humano. Sin embargo, el Santo Padre invitó a considerar «cuál es el peso mayor: si el de la verdad, incluso el de la más exigente, o si lo es, en cambio, el de la apariencia de verdad, que crea sólo la ilusión de lo que es moralmente correcto».

A muchas gentes de nuestro tiempo no les interesa la verdad; sólo les importa vivir a su gusto, gozar de lo inmediato, tener poder, disfrutar de la aparente libertad de hacer lo que les viene en gana, dar rienda suelta a los sentidos e instintos. Pero basta echar un vistazo a nuestro mundo para darse cuenta de que ese estilo de vida acaba pesando más y deshumaniza al hombre. Es más, como afirmaba el Concilio Vaticano II, es todo eso lo que explica la división más íntima del hombre y, como consecuencia, sus colisiones con la sociedad en que vive.

Juan Pablo II, con palabras del Concilio, valora a la persona por sí misma: «es la única criatura sobre la tierra a la que Dios ha amado por sí misma». En efecto, la creó a su imagen y semejanza y, después del pecado, la redimió a través de esa manifestación máxima del amor de Dios que es la Encarnación del Verbo. Además, de este modo, «Dios manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de

su vocación». Su semejanza con Dios postula que «la persona humana es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor». Por eso sólo somos justos con cualquier persona cuando la amamos y, también por eso, «el hombre se afirma a sí mismo de manera más completa dándose». En esta perspectiva, no solamente hay que excluir todo comportamiento que reduzca a la persona a mero objeto de placer, o cualquier libertad egoísta, sino que «exige la afirmación de la persona en sí misma». Cada persona —en palabras de San Josemaría— «vale toda la sangre de Cristo».

Con esta óptica, y con su larga y apasionada trayectoria en defensa de la persona humana, bien pudo decir el Papa que «en el Evangelio está también contenida una coherente declaración de los derechos del hombre, incluso de aquellos que por diversos motivos pueden ser incómodos».

EL MISTERIO DEL HOMBRE

Hay unas palabras del Concilio Vaticano II, escritas en concreto en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, que tienen una enorme capacidad para incitar a la reflexión de aquellos que no quieren pasar la vida sin darle su sentido. Son éstas: «el misterio del hombre sólo se esclarece verdaderamente en el misterio del Verbo Encarnado». La Navidad, nacimiento en la historia de ese Verbo Encarnado, las hace particularmente presentes. Viene a decir, pues, el magisterio conciliar que el hombre sólo podrá conocer mejor su propia identidad si descubre a Cristo. A poco que reflexionemos, encontramos la vida humana llena de incógnitas que conviene despejar si no queremos que esa vida transcurra sin sentido. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Para qué estoy en el mundo? ¿Qué significado tienen el dolor y la muerte?

¿Cuál es el objeto de mi libertad? ¿Qué es en realidad el amor? Son éstas algunas de esas preguntas que conviene hacerse si no queremos vivir instalados en la superficialidad.

En definitiva, la gran cuestión es ésta: ¿qué es el hombre? ¿Es sólo un ser para la muerte, como afirmaba Sartre? ¿Es solamente un potencial consumidor? ¿Se trata meramente de un ser que ha de vivir lo más cómodamente posible porque esta vida se acaba? ¿Es simplemente un animal racional capaz de inventos, ciencia y técnica? ¿Qué es el hombre? No es indiferente la respuesta a esa pregunta, porque de ella deriva inexorablemente nuestro pensamiento y nuestra conducta. Tampoco es indiferente dejarla sin resolver porque esa actitud insensata no evitará que, antes o después, nos topemos con las consecuencias que trae.

Hechos como la violencia, la corrupción, la marginación social, la indiferencia ante los problemas ajenos, el egoísmo, la injusticia, la falta de respeto a las vidas más inocentes —no nacidos, enfermos, ancianos—, el furor sexual incontrolado, el racismo y la xenofobia, el abuso de poder, y un largo etcétera, tienen sus raíces más hondas en la consideración que el hombre —cada hombre— tiene de sí mismo y de los demás. Pues bien, la Navidad no viene a recordarnos que estamos en tiempo de regalos y de luces, o que incluso tal vez sea ocasión de alguna obra de misericordia; tampoco es lo más

importante la posibilidad de vivir unos momentos más entrañables de vida en familia. El recuerdo del Nacimiento del Señor pone precisamente ante nuestros ojos —y por eso vale la pena la fiesta y la misericordia y la familia— la realidad de que Dios ha asumido nuestra naturaleza para dignificar al hombre hasta alturas inimaginables.

Cada Navidad nos dice que ese Dios-hombre se ha hecho uno de nosotros para mostrarnos que hemos sido creados en Él y con vistas a Él; se ha hecho hombre para que los hombres participáramos, a través de Él, de la naturaleza divina, para hacernos familiares suyos, otros Cristos y, así, hijos de Dios.

En una escalada de amor, Dios, que había creado a la persona humana a imagen y semejanza suya, se viene a la tierra nuestra cuando, caídos por el pecado, quiere dotarnos de una dignidad impensable en este mundo y hacernos capaces con su gracia de alcanzar el cielo. A partir de ahí todo cobra un relieve y un sentido nuevo: amar es darse; la libertad es capacidad de adhesión al bien y a la verdad; el dolor es instrumento de salvación, aunque deba combatirse por amor; la muerte, aun siendo un desgarró, es la suprema liberación; la vida, con todas sus limitaciones, es el camino para la eternidad; los demás son mis hermanos porque son otros Cristos; nuestras debilidades y miserias tienen perdón porque Dios nos ama. Cambia todo, la vida con Dios transforma a las personas, aunque sigan teniendo sus imperfecciones. Como dice el mismo Concilio, «Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

Hay que mirar a Belén para cambiar la podredumbre de este mundo nuestro, de este tiempo nuestro que amamos porque es el espacio en el que, pudiendo resolver nuestro misterio, hemos de alcanzar la relativa felicidad de esta vida y la grande, total felicidad de la eterna.

IMAGEN DE DIOS

En el amanecer de la historia, Dios hizo posible que el hombre fuera propiamente ser humano, con toda la dignidad que le pertenece, y no otra cosa. El soplo del Creador lo puso en la existencia para constituirse, como bellamente recordó el Vaticano II, en el único ser al que Dios ha querido por sí mismo.

¿Qué tiene la persona humana para que Dios se enamore de ella? La respuesta es grande y sencilla: el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Pero quizá, en su sencillez, esta trillada respuesta nos diga menos de lo que contiene. La imagen perfecta de Dios Padre es el Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Por tanto, todo lo que sea, aún del modo más lejano, semejanza del Creador, está contenido en el Verbo. Y en Él, el Padre nos conoce y nos ama, al conocer y amar a su Hijo.

Podemos, pues, afirmar que todos hemos sido creados con vistas a Cristo, el Verbo encarnado; podemos decir que nuestra semejanza con respecto a Dios es en Cristo, se nos ve y se nos ama en el Hijo. Ante estas consideraciones, es razonable que exclame admirado el salmista: «¿qué es el hombre para que te acuerdes de él o el hijo del hombre para que Tú le visites?». «Le hiciste poco menor que a los ángeles, le coronaste de gloria y honor». Toda la nobleza del ser humano radica en que es imagen de Dios. En él, de

algún modo, puede verse al Señor, puesto que es semejanza, huella y arada de Dios. Incluso cuando, en sus peores momentos, la persona humana reniega de su Dios o le ignora, sigue siendo un ser que —sobre todo, en su capacidad de entender y querer— continúa trasluciendo a su Creador, aunque sea remotamente.

Así, la identidad de la persona humana se define, sobre todo, como criatura de Dios que lleva impresa la huella de su Autor y que remite necesariamente a Él. Este es el motivo hondo por el que la huida de Dios constituye el más serio alejamiento de sí mismo, la más fuerte pérdida de su razón de ser, de la explicación de qué somos. Nuestra época, que quiere ser tiempo de dignidad y de derechos humanos, tiempo de libertad y de humanidad, ha de ser necesariamente un tiempo de Dios. Necesitamos a Dios, sobre todo por ser quien es, pero también para no perdernos a nosotros mismos, para no pervertir el sentido de nuestras vidas, para salvarnos de la ley de la jungla.

A todo esto se podría añadir un escalón más: el de la gracia de Dios que nos convierte en hijos de Dios del modo más sublime. Pero de esto podemos hablar otro día.

EL HOMBRE Y EL HONOR DE DIOS

Leyendo un artículo de opinión, recordé unos conocidísimos versos de Calderón en *El Alcalde de Zalamea*: Al rey la hacienda y la vida se han de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios. Es cierto que, actualmente, a muchos no les importa el honor ni el alma, quizá porque tampoco Dios les interesa si no es para alardear de ignorarlo o convertirlo en motivo de chanza. Por fortuna, no siempre es así.

Si seguimos al clásico de las letras castellanas, hemos de concluir que nuestro honor lo debemos a Dios y también que a Él le debemos honor, seguramente incluso por los no creyentes, aunque sea con un respetuoso silencio por los muchísimos que, de diversas maneras, creen en un Ser Supremo. Por el contrario, la burla fácil desacredita al usuario que, quizá carente de razones, recurre a ese método para denigrar a los no situados en la línea de su pensamiento. En ocasiones, el sistema es eficaz con los acrílicos o irreflexivos. No escribo contra nadie. Eso sucede porque falta sosiego o formación, porque se impone el pensamiento dominante a través de unos slogans populares. También porque la verdad nos obliga a enfrentarnos con nosotros mismos...

La profesión de fe recogida en el Símbolo de los Apóstoles comienza justamente con la afirmación más fundamental para el hombre: creo en Dios. La traigo a colación porque, a mi entender, todo depende de esa realidad: conocer que hay un sólo Dios, que ha creado todo —no importa si con más o menos evolución—, facilita reconocer la grandeza del ser humano y de la entera creación. Por ello, más allá del conocimiento que todo hombre puede tener del Creador, Dios reveló progresivamente a Israel el misterio de la creación para conocerlo mejor y darle gloria, lo que —como dice San Buenaventura— no quiere indicar que se aumente la gloria de quien es infinito, sino que Él la manifiesta y comunica en y a todas las criaturas, muy especialmente al hombre, hecho a su imagen y semejanza. Por lo mismo, afirmaré Ireneo que la gloria de Dios es

el hombre viviente.

Todo ser humano está llamado a esta tarea, pero la realiza eficazmente aquel que usa de su libertad de modo que la gloria de Dios pueda mostrarse en él; aquel que conociendo al Dios vivo, misericordioso y clemente, verdad y amor, procura que esas características se manifiesten en su conducta. Por otro lado, es cierto que todos pecamos. Basta recordar las palabras de Jesús a quienes pretendían lapidar a la mujer adúltera: el que esté libre de pecado, tire la primera piedra. Todos se marcharon comenzando por los más ancianos. Cristo perdona a la mujer, y continúa perdonando a través de la confesión sacramental. Y el reto de visibilizar a Dios en nuestra vida sigue en pie, aun con errores.

Además, como afirmó el último concilio, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Nadie nos obliga a creer, pero pienso que la experiencia acredita esta realidad. Escribió el cardenal Ratzinger —hoy Papa, del que el citado columnista hacía amplia mofa— que, cuando el hombre se aparta de Dios, no es Dios quien le persigue, sino los ídolos. Efectivamente: el poder, el dinero, la fama, el sexo, las ideologías, el deseo de ser dioses, etc., se apoderan de nosotros hasta pretender burlarse del buen Dios o de un líder espiritual que es, además, una de las mejores cabezas de nuestro tiempo.

Decía Max Scheler que somos la primera época en que el hombre se ha hecho problemático de manera completa y sin resquicio, ya que además de no saber lo que es, sabe que no lo sabe. Un drama. Pero han pasado casi cien años y muchos ya no pueden sufrir por no ser siquiera conscientes de que no lo saben. Y allá en nuestro fondo, tal vez sucede lo que, hace muchos siglos, expresaba de parte de Dios el profeta Jeremías: mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua.

DIGNIDAD HUMANA

En una conversación reciente y entrañable, revivía una anécdota acaecida hace casi cuarenta años. Por iniciativa del Opus Dei, en un barrio periférico de Pamplona, se abrió paso —no sin serias dificultades económicas— una labor social destinada a la educación de muchachos pertenecientes a familias con escasos recursos económicos. En espera del edificio definitivo, habitábamos unos modestísimos locales, cedidos por el Ayuntamiento de la ciudad, en los que no había más calefacción que unas sencillas estufas de butano, claramente insuficientes para los rigores del invierno navarro. En uno de sus viajes a Pamplona, San Josemaría Escrivá se enteró de esta circunstancia y nos dijo, sin más matices: «ponedles calefacción, porque tienen derecho». He pensado muchas veces en esa frase, que condensa tanto respeto por el hombre, con independencia de su edad, raza, credo o posición social. Tienen derecho porque son seres humanos, al margen de los esfuerzos suplementarios que costara acometer aquella tarea en un edificio que, además, era provisional.

Efectivamente, la dignidad humana no se origina en ninguno de esos factores citados

anteriormente, ni tampoco —pobre cosa sería— en su reconocimiento por el derecho positivo de los pueblos, que es bueno que así lo haga, pero que no es fundante de esa dignidad. La grandeza de la persona viene determinada por su naturaleza misma, porque Dios la ha querido así creándola a su imagen y semejanza. Ahí reside su nobleza, y no en la fuerza de una ley que igual podría —no sería la primera vez— decir lo contrario. Basta pensar en los racismos legales, en las indignidades legales, en los abortos legales.

Ese particular nexo del hombre con Dios ha hecho decir al último concilio que «la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe simplemente por el amor de Dios que lo creó y por el amor de Dios que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su creador» (*Gaudium et Spes*, n. 19). Pero como esa unión del hombre con Dios se hace por Cristo y en Cristo, la total comprensión de la calidad humana no se entiende exclusivamente desde un mejor estudio de la naturaleza del hombre, sino —como añade la misma Constitución Conciliar— desde Cristo, que nos eleva a la condición de hijos de Dios.

Si viéramos en toda persona una criatura, un hijo de Dios en el que Él mismo se manifiesta y al que llama a participar de su vida íntima, la convivencia entre los hombres estaría mucho más marcada por el respeto, el amor y la fraternidad. Esa visión del hombre favorecería el desarrollo de las notas que definen la persona: la intimidad, protegida por el natural pudor y la vergüenza sana; la capacidad de apertura de esa intimidad a los demás; la libertad, que hace a cada uno dueño de sus actos y capaz de elegir el bien; la capacidad de dar, de darse y ser aceptado. Todo esto está contenido en una concepción cristiana del hombre, que es, a la vez, tremendamente humana. Vale la pena reflexionar sobre ella, para que algo tan grande como la dignidad humana no quede en una expresión vacía.

GENOMA Y HUMANIDAD

El descubrimiento del genoma humano supondrá un gran avance, sobre todo en el campo de la medicina. Enaltece el trabajo de la persona, que puede de algún modo penetrar en la obra creadora de Dios. Esa misma investigación hace ver que un hombre es mucho más que su código genético. Según las informaciones de los medios de comunicación, si nos atenemos a ese código somos algo superiores a una mosca y casi igual que un ratón. Para algunos, casi todo estaría previsto en esa secuencia genética.

¿Es el ser humano solamente química? ¿Es cierto que su diferencia con los animales es mínima? Sí que está claro que, también desde el punto de vista del ADN, todos los hombres somos iguales. Pero si estos estudios sirven un poco más para quitar razón a la xenofobia, ¿pueden utilizarse igualmente para afirmar que somos casi idénticos a algunos animales? La simple experiencia demuestra que no es así. La capacidad de transformar el mundo, el pensamiento que mueve pueblos enteros, el arte en sus más

variadas manifestaciones, tantas otras presencias culturales nos enseñan que en la persona humana hay algo más que una secuencia ordenada de genes.

El pasmo reverencial hacia el genoma, atribuyéndole mistericas determinaciones en la vida del hombre, recuerda a aquel rey de Polonia, ideado por Calderón en *La vida es sueño*, que encierra a su hijo Segismundo como fruto de su ciega creencia en los sueños y en la astrología. El príncipe es encarcelado para que no se convierta en un monstruo, y es la cárcel la causa de que se le haya criado «como a una fiera». Se le trata como si fuera «un monstruo, quitándole su ser de hombre». Segismundo clamará por su libertad, que ve menor que la de las aves y los peces: «¿y teniendo yo más alma, tengo menos libertad?», «¿y yo, con mejor instinto, tengo menos libertad?», «¿y yo, con más albedrío, tengo menos libertad?».

Es cierto que el genoma demuestra que las diversas razas son substancialmente iguales, pero sería lo mismo aunque no fuese así, porque lo que hace idéntica nuestra dignidad, aunque tenga también un algo físico o químico, es la imagen de Dios que está por igual en cada uno de nosotros, y es en cambio muy diversa de lo que son el resto de los vivientes. La libertad interior —que conserva Segismundo de manera admirable en su prisión—, aunque clama contra las cadenas, no la tiene ningún otro ser creado; es más, un animal ni siquiera sabe que es un prisionero, salvo quizá un cierto instinto que nunca es razón.

Admirable descubrimiento es conocer mejor y completamente los genes del ser humano pero tal vez necesita nuestra época reencontrarse, a la vez, con las dimensiones más espirituales del hombre, que son las que verdaderamente le distinguen del resto de la creación y evitan que se le quite «su ser de hombre». En ocasiones somos nosotros mismos quienes cerramos a todos las posibilidades de una libertad que nos hace más humanos, la misma que emplea el príncipe de Polonia para perdonar a su padre arrodillado: «Señor, levanta».

LAS VERDADERAS CUESTIONES DEL HOMBRE

El periodista Peter Seewald entrevistó al cardenal Ratzinger sobre muchos de los temas candentes en el candelero de la Iglesia: los anticonceptivos, el celibato sacerdotal, situación moral de los divorciados, sacerdocio femenino, afán de poder en la sociedad eclesial, etc. Me interesó enormemente este párrafo que cierra el capítulo II del libro: «Yo estoy convencido de que algún día llegará un cambio espiritual crucial, y todas esas cuestiones, ahora apremiantes, perderán su interés con la misma rapidez con que la obtuvieron. Porque, en realidad, esas no son las verdaderas cuestiones del hombre».

Pero no hay duda de que esos asuntos, por un motivo u otro, bullen en nuestra sociedad. En ocasiones, porque constituyen auténticos dramas personales; otras veces, porque son sacados a la palestra como armas arrojadas contra la Iglesia; en diversos momentos, porque se piensa, con más o menos honradez, que hay que buscarles otras soluciones, etc. En cualquier caso, la mente lúcida del cardenal no las vio como las

verdaderas cuestiones del hombre. Y, sin duda alguna, no porque les reste importancia, sino porque supo ver más allá.

Quizá la clave para ir comprendiendo cuáles son los verdaderos temas del hombre está en las líneas anteriores que he transcrito más arriba; al cardenal le pareció que esos argumentos tan en boga no serán tan apremiantes cuando se deje de ver a la Iglesia como una meta final, como un fin propio y un lugar de acceso a un poder; cuando, gracias a una fe recia, el celibato se vuelva a vivir de una forma decidida; cuando se considere la vida eterna como el fin último del cristianismo y no se trate a éste como un grupo que busca ejercer el poder.

Tal vez en esta apreciación final pueda entreverse que las cuestiones fundamentales del hombre nos las jugamos en esta vida, pero no se encuentran en ella, ni siquiera la Iglesia es la meta final. Es conocido el pasaje evangélico de las hermanas de Lázaro: una —María— escucha atenta al Señor, mientras que la otra —Marta— se queja de que no le ayuda en las faenas de aquel día en el hogar. Ante ese lamento, Jesús dirá a Marta que una sola cosa es necesaria y que su hermana ha elegido la mejor parte. En esa sola cosa importante y en todo lo que permanezca concatenado con ella residen las verdaderas cuestiones del hombre. «Todo lo que te preocupa de momento importa más o menos. — Lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves» (*Camino*, 297).

Efectivamente, todo lo que sucede al ser humano importa, no nos puede ser indiferente, importa más o menos. Pero hay algo que interesa de modo absoluto: la salvación, la patria feliz, eterna y definitiva. La deliberada ignorancia de ese hecho no exime de él ni de todo lo que a él se orienta: la vida entera vista con ojos de eternidad. La gran cuestión del hombre es salvarse, y todo lo vinculado a ese hecho, ante el que un día nos enfrentaremos: ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con qué ayuda? La Iglesia es un medio que no está sino para servir, poniendo al hombre frente a su destino final. Todo lo demás — doloroso o alegre, incomprendible o comprensible, árido o suave— pasa; y ha de ser un medio para mirar el fondo de la gran cuestión.

LA VERDAD MÁS ÍNTIMA

Al comienzo de sus *Confesiones*, escribía San Agustín unas palabras universalmente conocidas: «nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». Esta frase del santo obispo de Hipona da en la diana del corazón humano: el anhelo más hondo de la persona, la nostalgia más profunda, su verdad más íntima es Dios. Aunque el hombre lo ignore, incluso cuando lo rechaza de plano, lo único que consigue es aumentar esa inquietud derivada de una presencia de Dios, que está ahí, que es real, pero que está siendo ignorada por su más directo destinatario, hasta llegar a producir un desasosiego propio del que no logra poseer lo que más necesita.

El mismo San Agustín acierta a darse cuenta de que fue un poco tarde cuando pudo encontrar dentro de sí a Dios. «¡Qué tarde te amé, belleza antigua y nueva, qué tarde te

amé!», decía aludiendo al encuentro con este Dios, que buscaba deforme fuera de sí mismo hasta darse cuenta de que formaba parte de su intimidad: *intimius intimo meo* — lo más íntimo de mi intimidad—, decía con fuerza.

Es frecuente —sobre todo en estos tiempos de pensamiento débil— que nos limitemos a observar el aparecer de las cosas y personas, sin que nos veamos capaces de acceder al ser de las mismas. Nos quedamos entonces en la superficie. Podemos observar ciertos acontecimientos, pero nos acaba faltando una mirada más intensa que penetre en su más profunda realidad.

La verdad sobre el hombre nos muestra que es imagen de Dios y, por tanto, huella de Cristo, puesto que el Verbo encarnado —como se lee en la carta a los Hebreos— es «resplandor de su gloria e impronta de su substancia». Esa imagen y esa huella dan razón de nuestra dignidad, y explican la presencia fundante de Dios en nuestro ser, de manera que es, efectivamente, el soporte y el deseo más profundo de nuestro corazón. No sin razón afirmaba Tomás de Aquino que Dios actúa en nosotros *ut intimius agens*, como el agente más íntimo. Sin duda, en esta misma línea se movía San Josemaría Escrivá de Balaguer al decir: «el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima».

Ya han transcurrido más de dos mil años desde el Nacimiento del Hijo de Dios. Por Cristo, con Cristo y en Cristo, hemos sido creados los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por Él, con Él y en Él existe una huella divina en nuestro ser, que es lo más nuestro, lo más íntimo, lo más definitorio de nosotros mismos, tanto si consideramos la huella desde el punto de vista creatural, como si pensamos en la que poseemos por la elevación al orden de la gracia. En ambos casos somos templos de Dios; pero, por la gracia, lo somos de una manera sublime, tanto que es inefable: el ser humano metido dentro de la misma vida trinitaria, para ser hijos en el Hijo por la fuerza del Espíritu Santo.

Vale la pena buscar a ese Dios en el hondón del alma. Nos conoceremos mejor, nos valoraremos a nosotros y a los demás por lo que de verdad somos, y hallaremos el camino de la única felicidad.

ANTROPOLOGÍA DE LA MISERIA

En nuestras conversaciones, no es nada raro entremezclar expresiones como éstas: «me encanta», «no tengo ganas», «no me gusta», «me apetece», etc. La cosa no tendría más importancia si por debajo de esas palabras no hubiera toda una corriente de modos de hacer en la que los dinamismos más inconscientes del hombre, sus sentimientos, afloran de tal modo que se imponen sobre la inteligencia y la voluntad.

La vida afectiva de la persona humana, con sus pasiones y sentimientos, tiene igual dignidad que el resto de sus aspectos. Es más, esa vida afectiva da color a la existencia, es causa de motivaciones en el actuar humano y evita que éste sea frío o amorfo. Los sentimientos pueden influir positiva o negativamente en el hacerse de la persona según sean o no gobernados por la voluntad. Son muchas las circunstancias de la cultura

contemporánea que han contribuido a una atrofia de las facultades superiores del hombre —inteligencia y voluntad— en beneficio de un protagonismo exagerado de la afectividad, que ha conducido a la antropología de la miseria.

A esta antropología reductiva de la persona y de su libertad han contribuido pensadores como Nietzsche, Schopenhauer y Freud, hasta permear de tal manera la conducta de muchos hombres y mujeres que, casi insensiblemente, se ven despojados de su libertad. Cuando una persona se deja llevar sin más por sus sentimientos, sus caprichos o sus pasiones, sin intervención del intelecto y la voluntad, está dejando de ser libre y, aunque parezca paradójico, está dejando de amar. Justamente por eso, este modo de entender al hombre ha recibido el calificativo de antropología de la miseria, porque roba al hombre lo más específicamente humano en detrimento de la dignidad personal.

La afectividad, gobernada por la voluntad, es riqueza del actuar humano libre, pero absolutizada, atrofia la inteligencia y la voluntad. Es el caso de tantas personas que se dejan llevar sólo por el corazón, o sólo por el sexo, o sólo por lo que sienten: por un estado de alegría o de tristeza, al que no saben sobreponerse con la cabeza y la voluntad.

A este plano de las vivencias sin control racional y voluntario, suele corresponder un «emotivismo» ético, que también tiene consecuencias claras en la conducta: quien vive así acaba creyendo que son las emociones, o las pasiones, o los sentimientos quienes crean el bien y el mal; éstos se convierten en rectores de la forma habitual de comportarse. Por otra parte, este inconsciente sensible, desligado de la conciencia y de la libertad, se transforma en tierra de nadie, en espacio de la irresponsabilidad. Todo esto conduce al hedonismo y al permisivismo ético.

Es tarea de los educadores, de los padres, de los que tienen responsabilidades sociales, de los sacerdotes, etc., enseñar a que se realice en cada persona un necesario proceso de integración afectos-voluntad, que nunca será represivo si es conforme al criterio objetivo del orden: subordinación de los afectos a las facultades superiores, subordinación —insisto— que no quiere decir anulación, sino encauzamiento, dependencia de las facultades rectoras de la vida humana. Lo contrario —lo estamos viendo a diario— conduce al hastío y al vacío interior, que podemos comprobar en la loca carrera que busca nuevas sensaciones sin control alguno, sin libertad, sin amor.

CRISIS: CODICIA Y MENTIRA

Lejos de mi ciudad, tuve oportunidad de escuchar versiones diversas acerca de la crisis económica que padecemos, cuando ésta se iniciaba. Venían a coincidir en tres factores: financiero, encarecimiento de las materias primas y decaimiento de la construcción. Como no es mi tema, simplemente lo constato para dar entrada a lo que oí a un gran experto en el mundo de la empresa. Esta crisis —dijo— no ha surgido de pronto, se ha fraguado por la codicia y la mentira. No lo afirmaba un moralista, sino un gran conocedor de la economía mundial. Luego lo he contrastado con otros entendidos, que me han corroborado lo mismo: codicia y mentira en los ámbitos empresariales, políticos

y financieros, que están conduciendo al paro de un montón de personas y a la pérdida del poder adquisitivo de todos. Otro me añadió que esa actitud supone una gran falta de profesionalidad. Y es muy cierto, porque un buen profesional no actúa de ese modo.

La codicia y la mentira son dos vicios terribles a los que tal vez nos hemos acostumbrado, y hasta han sido bien vistos porque, por ejemplo, el quebrantamiento de la ley era algo que se hacía en beneficio de un pueblo: un polideportivo a cambio de una re-calificación. Y seguramente es un ejemplo menor. Pero es que ni siquiera basta el cumplimiento de la ley justa, porque —como afirma la doctrina social de la Iglesia— una auténtica democracia no es sólo resultado del acatamiento formal de las reglas, sino de la aceptación convencida de los valores que inspiran los procedimientos democráticos: la dignidad de toda persona humana, el respeto de los derechos del hombre, la asunción del bien común como fin y criterio regulador de la vida política. El relativismo ético —verdadero corrosivo de la democracia— es la justificación de la codicia y de la mentira, cuyas consecuencias sufrimos ahora.

La vida ética sana es un todo, y cuando se fragmenta, aceptando unos aspectos mientras se rechazan otros, acabamos llegando al bolsillo, cosa que, al parecer, es lo que más nos duele. Se piensa que la economía se rehace con algunas medidas. Y es seguro que hay mucho de verdad en esto. Pero como realmente prosperan los pueblos es reconstruyendo al hombre y a la sociedad. Que nadie se asuste: no hablo de confesionalismo ni lo deseo. Me refiero al hombre y a su formación íntegra, honrada; al hombre educado en la generosidad, en la austeridad, en la nobleza, en la lealtad; al hombre sincero y auténticamente libre porque aprende a buscar la verdad, la belleza y el bien.

Sólo de este modo las riquezas realizan su función de servicio a la persona, porque se utilizan desde el convencimiento de que los bienes tienen un destino universal y han de producir beneficio para los demás —comenzando por los más necesitados— y para la sociedad. Los Padres de la Iglesia no desprecian las riquezas, pero las miran bajo la óptica de servicio al prójimo. No es ésta la actitud del que se corrompe o pervierte a otros en beneficio propio. Por eso, la corrupción —codicia y mentira— es una de las más graves deformaciones del sistema democrático, aunque no solamente en aspectos económicos; es más, comienza mucho antes.

Algo más en relación con la verdad: todos los hombres tenemos una especial obligación de tender continuamente hacia la verdad, de atestiguarla y respetarla responsablemente, como afirma el catecismo de la Iglesia Católica. Tampoco parece que esto sea confesionalismo. Vivir así tiene un importante significado en las relaciones sociales, puesto que la convivencia sólo es ordenada, fecunda y conforme a la dignidad de las personas cuando se funda en la verdad. Y es obvio que nuestro tiempo requiere una gran actividad educativa —teórica y vivida— para el ejercicio de la veracidad. Como decía San Josemaría, por fortuna, también «existen muchas personas —cristianos y no cristianos— decididos a sacrificar su honra y su fama por la verdad, que no se agitan en un salto continuo para buscar el sol que más calienta. Son los mismos que, porque aman la sinceridad, saben rectificar cuando descubren que se han equivocado».

La vida de Juan Pablo II es como un himno gigante al hombre, que no sé si los hombres sabemos pagar. Quizá más atentos, muchas veces, a las propias ideologías, o tal vez a los gustos personales, o a los placeres inmediatos, no valoramos toda la carga apasionadamente humana de la doctrina y del quehacer del Papa. Su biografía — huérfano, minero, actor, poeta, deportista, filósofo, sacerdote—, desarrollada un buen tiempo entre el horror nazi y la dictadura comunista, le enseñó en sus carnes lo que vale el hombre y en qué simas de degradación puede sumergirse la vida humana cuando ésta no se aprecia por lo que es. Esa biografía le hizo un combatiente de la causa humana por encima de las modas, del aplauso o las incomprensiones.

No es extraño que Cristo y el hombre fueran como las coordenadas de su pontificado. «¡No temáis! —decía al inicio de éste—. ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo».

«El hombre es el camino de la Iglesia», afirmaría en su primera Encíclica; cada hombre, en el que —como decía el Vaticano II— en cierto modo Dios se ha encarnado. «Dios está en el hombre y quien ofende al hombre ofende a Dios», insistía en Polonia, para aseverar después: «Excluir a Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre». Afirmaciones de este estilo pueden encontrarse repetidísimas veces a lo largo y a lo ancho de su magisterio. En su *Carta a las familias* volvió a reiterar que la nuestra es una sociedad enferma porque ignora la verdad sobre el hombre.

Ese canto al hombre —hecho de palabras y gestos, de vida que se entrega y se gasta— no fue comprendido con frecuencia, la misma frecuencia con que esta sociedad permisiva hace del sexo un mero goce; del dinero, un ídolo; de la familia, un saco donde cabe todo; del aborto, un derecho; del celibato sacerdotal, una rémora para reprimidos. No es comprendido por una sociedad que bautiza de progresista la destrucción del hombre que él defiende, una sociedad que, en buena medida, ya no entiende la verdad sobre el hombre, porque la ha sustituido, en una parte notable, por una idea-basura del ser humano.

Y esa sociedad enferma —a la que casi sólo el Papa tuvo la valentía de llamar así— se rebela muchas veces contra su más alta instancia moral, porque esa instancia no busca la ovación fácil, arrancada por darle gusto en sus apetencias y desvaríos, porque le propone la «opción del amor» —como decía en los Estados Unidos—, que es lo contrario de ese escapismo del sexo, la violencia o la droga.

Nadie tuvo más misericordia que Juan Pablo II con las miserias y debilidades humanas, pero nadie llamó al hombre a cotas más altas: a las cimas de la criatura hija de Dios, al lugar que le corresponde por la imagen y semejanza del Creador impresa en ella, a la dignidad derivada de que «Cristo está en cierto modo unido al hombre, a cualquier hombre, incluso al que no es consciente de ello».

En Friburgo decía a los estudiantes que más importante que formarse para adquirir una

profesión, «es aprender a ser hombre». Quizá, cuando hemos doblado la esquina del segundo milenio de nuestra Era, nos espera la tarea apasionante de redescubrir la verdad sobre nosotros mismos; tal vez, en medio de tantos progresos y avances de todo tipo, necesitemos meditar en aquello que más importa: ¿qué es el hombre? ¿Estoy aprendiendo a ser hombre?

Sin más coacción que la fuerza de la verdad y sin otra ganancia que el amor, Juan Pablo II se fue desgastando en un empeño que le hizo experto en humanidad, que le convirtió en heraldo de la vocación humana, en pregonero infatigable y desinteresado, para que nuestra alta condición no quede desleída en nuestra miseria. Ojalá no hagamos oídos de mercader a la voz de quien así clamó, como igualmente lo hace ahora Benedicto XVI.

II. CONCIENCIA, VERDAD Y LIBERTAD

HOMBRES DE CONCIENCIA

La conciencia es un valor cotizado en nuestros días. Constantemente oímos apelaciones a su dictamen para justificar acciones u omisiones. Incluso el lenguaje popular ha dejado constancia de ese valor: hacer algo a conciencia es hacerlo bien, a fondo; ser un hombre de conciencia significa ser una persona cabal.

¿Pero hablamos todos el mismo lenguaje cuando nos referimos a la conciencia como el sagrario inviolable que juzga de la vida moral? Porque la conciencia no siempre aparece, ante el juicio de todos, «como la ventana que abre al hombre al panorama de la verdad común, que nos sustenta y sostiene a todos, haciendo posible que seamos una comunidad de querer y de responsabilidad apoyada en la comunidad de conocimiento», ni tampoco como «la apertura del hombre al fundamento que lo sostiene ni la fuerza para percibir lo supremo y esencial» (Ratzinger).

Por el contrario, muchas veces llamamos conciencia a la envoltura protectora de la subjetividad, bajo la que el hombre se puede cobijar y aun ocultar de la realidad. Así la conciencia no pasa de ser una opinión superficial, tal vez progresivamente más dependiente del pensamiento dominante. Dijo también Ratzinger que la conciencia que no abre el camino a la avenida salvadora de la verdad, se convierte en justificación de la subjetividad que no quiere verse cuestionada por miedo a la exigencia de la misma verdad; o se hace rehén del conformismo social en aras de una pretendida necesidad de la convivencia.

Y es que si la conciencia es un valor cotizado, no sucede lo mismo con el concepto de verdad, porque mientras éste compromete, aquél, en su acepción subjetivista, parece liberar de todo tipo de trabas, traumas y exigencias. El hombre que se reduce a convicciones ligeras, subjetivas e incluso cambiantes, parece vivir tanto mejor cuanto menos profundidad alcance.

Con ánimo de liberarnos, también con el miedo de aparecer tocados de fundamentalismo, pasamos como de puntillas sobre las verdades que comprometen: Dios, la vida, la muerte, la verdad sobre el hombre, lo justo, lo bueno se relativizan hasta hacer enmudecer la conciencia en un silencio que se convierte en deshumanización del mundo.

Porque «la identificación de la conciencia —vuelvo al cardenal Ratzinger— con el

conocimiento superficial y la reducción del hombre a la subjetividad no liberan, sino que esclavizan, por fijar ella misma los criterios del bien y del mal, y actuar en consecuencia. Nos hacen completamente dependientes de las opiniones dominantes y reducen día a día el nivel de las mismas opiniones dominantes».

Un gran campeón de la conciencia, Newman, se hace católico no precisamente por la opinión que le merecen los católicos de su tiempo. «Nadie —escribió— puede tener una opinión más desfavorable que yo de la situación actual de los católicos». Se convierte por amor y compromiso con la verdad que descubre. Y es que un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, reputación, éxito, bienestar y aprobación públicos renunciando a la verdad. Una verdad que libera, humaniza y no se impone si no es por su propio vigor.

CONCIENCIA, ¿PARA QUÉ?

Se cuenta que Fernando de los Ríos viajó a la Unión Soviética para sondear la posibilidad de que el PSOE ingresara en la III internacional comunista. Al parecer, preguntó a Lenin qué pasaba allí con la libertad, a lo que éste respondió con aquella conocida frase: «Libertad, ¿para qué?» El partido socialista rechazó el ingreso en la citada internacional.

No voy a hablar de política. Traigo a colación la anécdota por dos motivos: uno, más banal, es el cierto paralelismo del título de este artículo con la frase del dictador soviético. Y el otro es la íntima relación de la conciencia con la verdad y la libertad. También, naturalmente, con la política, porque muchas de sus decisiones, con frecuencia muy serias, están íntimamente relacionadas con la moral y, por lo mismo, con la conciencia.

En su obra *Verdad, Valores, Poder*, el cardenal Ratzinger escribía: «Un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, bienestar, éxito, reputación y aprobación públicas renunciando a la verdad». Parece que esta afirmación se expresa negativamente, pero describe a la persona íntegra, fiel a su recta conciencia. Hace unos días y con referencia a la experimentación con embriones, se decía que una conciencia privada no puede detener el progreso. Eso, dicho así, suena incluso bien, pero hay que analizarlo un poco. En primer lugar, todas las conciencias son privadas. Si a veces se habla de conciencia colectiva es sólo una metáfora, porque el juicio de la conciencia, el juicio de la razón práctica acerca de la bondad o maldad de los actos humanos es personal e intransferible. Es el individuo quien goza de responsabilidad. Se afirmaba también que nada más ético que procurar la salud, curar al enfermo. En efecto, pero —como se ha apresurado a declarar la Conferencia Episcopal Española— no precisamente matando. Por cierto, habría que ver qué tipo de conciencia se ha impuesto para autorizar esa investigación con embriones. Y conste que pienso en cualquier ámbito donde ésta se practique. Sencillamente porque hay cosas que no se deben hacer, aunque sean factibles técnicamente.

Pero tal asunto no era la finalidad del artículo, sino sólo una parte. He leído una columna periodística que clama, con razón, contra la anestesia de la conciencia que suponen los presuntos delitos en el ayuntamiento de Marbella. Así es, si se prueban éstos. Pero es sorprendente que casi lo único que merece denuncia de la conciencia encallecida sea el robo en sus múltiples modalidades. Algo tan elemental como el no matar ya tiene notables excepciones legales: aborto y el citado uso de embriones para supuestas curaciones; hoy por hoy, más presuntas que los delitos de Marbella; pero, en cualquier caso, lamentables para la dignidad de la conciencia, de los embriones destruidos —nunca una masa de células— y de la persona en general. También se habla de eutanasia. Y se podrían citar muchos otros temas, estén o no legalizados, tales como las deficiencias de libertad escolar, protección y consideración de la familia, admisión de la deslealtad como sistema, cobros de comisiones, consumismo desatado, vanidad sin recato, exaltación del sexo descontrolado, etc., etc. Todo esto es ofensivo para la sin par grandeza del hombre.

La conciencia es el sagrario inviolable e íntimo, que constituye la norma próxima de moralidad para cada individuo. No la norma última, porque la dignidad del hombre le exige buscar la verdad objetiva y adecuarse a ella. Empresa difícil muchas veces, pero cuya renuncia va muy en detrimento del ser humano. Son tan ciertas las dos proposiciones que acabo de enunciar que no se puede obligar a nadie a actuar contra su conciencia, aunque estuviera equivocado. Y también es verdad que ninguno puede hacer, sin más, todo lo que cree en conciencia, puesto que puede errar. Se puede dañar a un tercero con una decisión personal y se debe poder evitar, porque perjudica a sí mismo y a otros. Se evita, en primer lugar, con la formación personal porque, como ha dicho Spaemann, «no hay conciencia sin disposición a formarla e informarla». Un médico que no estudia, alguien que se cierra a las observaciones de los demás, aquellos que olvidan las exigencias elementales del ser del hombre, actúan sin conciencia. También se puede evitar legalmente, pero siempre respetando el principio de no obligar a nadie a actuar contra su conciencia.

Vamos ahora a la libertad. Buscamos en la encíclica *Veritatis Splendor* estas palabras: «La relación que hay entre libertad del hombre y ley de Dios, tiene su base en el «corazón» de la persona, o sea, en su conciencia moral». Después, citando al Concilio Vaticano II, recuerda que el hombre descubre una ley que no crea él mismo, sino que debe descubrir y aplicar para hacer el bien y evitar el mal. Aquí reside, apuntará más adelante, la dignidad de la conciencia moral: «en ser el lugar, el espacio santo donde Dios habla al hombre». Hay una ley en el interior de todo hombre —creyente o no— que puede escuchar, es objetiva y universal y que dejará de funcionar cuando, con nuestra propia conducta, cerramos el oído interior. Por eso, nunca es equiparable el juicio efectuado por una conciencia verdadera y recta con el que realiza una conciencia errónea. Además, ésta comprometerá su dignidad cuando es culpablemente equivocada.

Este error de la conciencia es tanto más fuerte cuanto mayor es la incidencia de los actos que determina. E, igualmente, tanto más imprudente o irresponsable. Porque sólo excusa la conciencia invenciblemente errónea, cosa difícil cuando en el mundo actual

hay posibilidad de oír voces autorizadas en todos los campos, no las que uno quiere oír, sino las más expertas, las más desinteresadas, las que están más a favor del hombre. Pensaría sobre todo en aquellos que ofrecen más elementos para la verdad completa de cualquier asunto y, por lo mismo, para actuar con más libertad. La verdad íntegra incluye los aspectos éticos de cada cuestión, puesto que no se puede utilizar alegremente todo lo que se sabe de técnica, arte o ciencia. Por ese camino, por ejemplo, se arrojó la bomba atómica o se emprendieron terribles experiencias eugenésicas.

En el citado libro del entonces cardenal Ratzinger, se lee: «El error, la conciencia errónea, sólo son cómodos en un primer momento. Después, el enmudecimiento de la conciencia se convierte en deshumanización del mundo y en peligro mortal si no reaccionamos contra ellos. Con otras palabras: la identificación de la conciencia con el conocimiento superficial y la reducción del hombre a la subjetividad no liberan, sino que esclavizan. Nos hacen completamente dependientes de las opiniones dominantes. Quien equipara la conciencia a la convicción superficial la identifica con seguridad aparentemente racional, tejida de fatuidad, conformismo y negligencia». La amplia cita tiene un innegable provecho para evitar la mera subjetividad, reclama la necesidad imperiosa de la verdad —que existe y es necesario buscarla, como decía Machado— y, en consecuencia, de un orden moral objetivo acorde con la naturaleza humana; el único dador de libertad.

Estas reflexiones también pueden ayudar a pensar que la libertad religiosa no es solamente relativa al culto, sino libertad de las conciencias —para formarse y actuar—, que no puede quedar relegada a su intimidad, porque se traduce en conducta, abarca todos los actos de la persona y es determinante para su libertad global, una libertad que, precisamente por obrar en conciencia, no puede ni debe coartar la de los demás.

EL DEBER DE LA VERDAD

Hace algún tiempo, cuando trabajaba más directamente en tareas educativas, conocí un colegio inglés, cuyo lema era éste: valientes para la verdad. Esta frase ha acudido a mi memoria al releer estas palabras del Concilio Vaticano II: «Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas..., se ven impulsados, por su misma naturaleza, a buscar la verdad y, además, tienen obligación moral de hacerlo». «La verdad como rectitud de la acción y de la palabra humana, tiene por nombre veracidad, sinceridad o franqueza», añade el Catecismo de la Iglesia Católica.

La verdad, la necesidad de la verdad, es fruto de la dignidad personal y también de un imperativo social, pues todas las diversas formas de atentar a la sinceridad son un obstáculo para la convivencia. Allí donde no se respeta la reputación de las personas o instituciones, donde se juega al juicio temerario, donde la calumnia y la mentira son moneda de tráfico ordinario, allí surge inmediatamente la injusticia, el desamor, la desconfianza y el recelo. Ha habido sociedades enteras montadas sobre la mentira y la desinformación, que han producido verdaderas masas de hombres desconfiados y

suspicaces.

Pero he afirmado con palabras del último Concilio que la verdad está también reclamada por la dignidad de cada persona, pues, en justicia, «un hombre debe honestamente a otro la manifestación de la verdad» (Santo Tomás de Aquino). En efecto, la persona humana es esencialmente apertura a los otros, y si esa apertura se hace sobre la calumnia o la mentira, además de convertirse en cerrazón, es degradante para el calumniador o mentiroso.

La conciencia del hombre es como su reducto más íntimo, el lugar donde el hombre descubre lo que Dios le dicta, en cuya obediencia consiste la dignidad humana. «La fidelidad a la conciencia —dice también el Concilio— une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad». Es obvio que esas aludidas conductas que hieren a la veracidad —cuando es a sabiendas o por la negligencia de no informarse correctamente— maltratan la persona en lo más íntimo de sí misma en su propia conciencia, maltratan al propio mentiroso, calumniador o malediciente y, a la vez, maltratan a la víctima de esa conducta falsa. Además, el hombre que voluntariamente miente, si no rectifica, cada vez se hace más incapaz para la verdad.

Pero las conductas no veraces son también, en primer lugar, un atentado a la propia libertad y, después, a la ajena. El que da un falso testimonio, el que miente o calumnia es esclavo de su propia mala conducta, es esclavo porque, por decirlo de algún modo, es retenido en términos ajenos: los de su conducta insincera que alienan su propia dignidad personal. Y, de paso, imposibilita la libertad de los otros que, como toda libertad, se edifica sobre la verdad y el bien. El que desinforma esclaviza y se esclaviza, incluso aunque lo haga, aparentemente, en nombre de la libertad de pensamiento o información.

Con todo, «el derecho a la comunicación de la verdad —afirma el Catecismo de la Iglesia Católica— no es incondicional», es decir no es absoluto, pues el precepto del amor exige, en situaciones concretas, estimar si conviene o no revelar la verdad a quien la pide. Pero ese juicio prudencial nunca puede ser pasaporte de una mentira. Dentro de nuestras sociedades, los medios de comunicación cubren un papel de primera categoría en orden al servicio a la verdad. La notable influencia de los mismos hace que su amor a la verdad, a la comprobación de la noticia, a la prudencia en lo que publican o emiten, sea, si cabe aún mayor. Pienso que a ellos y todos nosotros nos sirve el lema del colegio inglés: valientes para la verdad.

RESPECTO A LA PALABRA Y A LA PERSONA

La definición de palabra que aporta el diccionario de la RAE es técnica y, a mi parecer, pobre: «Segmento del discurso unificado habitualmente por el acento, el significado y pausas potenciales inicial y final». Esta es la primera acepción. La tercera y

cuarta son, respectivamente: «facultad de hablar» y «aptitud oratoria». Este gran don del hombre, que es su principal vehículo de comunicación, merece algo más. La palabra expresa belleza, enuncia la verdad, explica el bien, manifiesta sentimientos, se hace oración, sirve para compartir, etc. También es instrumento para el mal cuando construye mentiras, difama, o es sencillamente lugar para la superficialidad.

Pero no intento un discurso gramatical. Desearía ir más al fondo. En la vida cotidiana escuchamos muchísimas cosas: a través de los medios de comunicación, en una charla profesional, familiar o amigable, en reuniones u oyendo homilias y discursos. Se perciben locuciones hermosas y se leen temas que aportan e instruyen. Y también vaciedades, insultos o palabras ociosas, de las que, según las Escrituras, se nos pedirá cuenta. Hay palabras disgregadoras e insolidarias en la vida civil y en la eclesiástica, pero deberían ser instrumento de unidad entre los hombres en vez de una Babel que no viene causada por la natural diversidad, sino por el enconamiento separador, que es lo más opuesto al fin unitivo que tiene la capacidad de expresarse.

También afirma el diccionario que palabra procede de parábola. Y es cierto. Pero se puede ir más allá de la etimología, para ver su grandeza. El inicio del evangelio de San Juan dice: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo esta junto a Dios, y el Verbo era Dios». El Verbo de Dios, la Palabra del Padre es el Hijo, engendrado en un acto de conocimiento eterno y perfecto. Es la sabiduría infinita de Dios que se hace Persona. A la vez, el amor del Padre y el Hijo espira al Espíritu Santo. El misterio insondable de la Trinidad: tres Personas distintas y un solo Dios. La segunda Persona es la Palabra, en la que toda palabra que se exprese en este mundo tiene su referente. Toda palabra contiene algo de sabiduría participada de la Palabra que es la Sabiduría. Ahí veo su máxima dignidad. La palabra merece respeto porque enuncia sabiduría y la comunica, una sabiduría que, en su expresión infinita, contiene todo lo cognoscible verdadero, bello y bueno, digno de amarse.

Con la palabra nos referimos a realidades diversas, a las que conseguimos conocer un poco mejor según el acierto del verbo empleado. Podemos ahondar en el hombre, en las instituciones, en los seres vivientes, en las cosas, en la esencia de lo espiritual, y tratar de expresarlos del modo más acertado. El respeto a la palabra es así respeto al ser de lo definido o descrito. Pero también hay gentes «que rebajan la palabra, que es uno de los dones más preciosos que el hombre ha recibido de Dios, regalo bellísimo para manifestar altos pensamientos de amor y de amistad con el Señor y con sus criaturas, hasta que se entienda por qué Santiago dice de la lengua que es un «mundo entero de malicia». Tantos daños puede producir: mentiras, denigraciones, deshonras, supercherías, insultos, susurraciones, torturas». Estas frases de San Josemaría Escrivá reflejan una situación que sufrió en su propia carne. No fue siempre maldad, ni sectarismo. A veces se repiten tópicos falsos y viejos sencillamente por pereza, por falta de estudio, por superficialidad.

Quizá por eso G. Eliot alaba «al hombre que, no teniendo nada que decir, se abstiene de demostrárnoslo con sus palabras». Cuando no se tiene nada que aportar, o se hace mal o falta el conocimiento debido o se frivoliza lo tratado, entonces, el regalo bellísimo de la palabra se convierte en veneno que, lejos de exponer la verdad, la distorsiona, la

convierte en mentira o en una verdad a medias que quizá es la peor de las mentiras. El mismo santo, en una entrevista a *Time*, afirmaba: «son mayoría —por fortuna— las publicaciones que no se contentan con repetir cosas viejas, y falsas; que tienen clara conciencia de que ser imparciales no es difundir algo a mitad de camino entre la realidad y la calumnia, sin esforzarse por reflejar la verdad objetiva». Porque ésa es otra vía para rebajar la palabra y lo que expresa. Como lo es, en ocasiones, un simple adjetivo que acerca la realidad a la orilla que conviene al orador o escritor aún a costa de deformarla. Sería mucho más noble que la orilla de todos fuera la del bien, la verdad, la belleza. No significa esto que la palabra no se utilice para opinar y discrepar libremente. «Bueno es llamar a las cosas por sus nombres, pero es mejor hallar para las cosas nombres bellos» (B. Jarnés). Así la libertad de expresión no constituiría un pasaporte para el insulto, la manipulación, la calumnia, el sectarismo o la mentira. No es ético ni estético. Rebaja al que la emplea, porque de la abundancia del corazón habla la boca, según se lee en Mateo. Y en *El Libro del Buen Amor*, el Arcipreste de Hita escribe que «el buen decir no cuesta más que la necedad». Pero todo esto no es cuestión de leyes fundamentalmente —aunque sean precisas—, sino de educación, de elegancia, de respeto a la palabra y a la persona.

INSURRECCIÓN DE LA CRIATURA

Con frase hecha, afirmamos frecuentemente que «las cosas son como son». Y, sin embargo, no está tan claro que nuestra apreciación de la realidad sea siempre así. Cuando pensamos en lo que más nos importa —la persona humana—, los modos de ver son tan diversos que acarrear muy variadas conductas, a menudo poco acordes con lo que es el ser humano. No me cansaré de decir que ese deber ser no puede imponerse por la fuerza, pero deseo hacerme eco de lo que, desde la doctrina de la Iglesia, se afirma del hombre.

En este contexto, tiene capital importancia la consideración de la mujer y del varón como criaturas de Dios, con lo que conlleva de grandeza y responsabilidad en un comportamiento adecuado. Conocer las cosas en relación a Dios, significa entender a la criatura sacada de la nada por el acto creador de ese Dios. Ser criatura implica una relación de origen y dependencia de Dios. En el caso del ser humano significa ser no un vestigio del Creador —como en el resto de las cosas creadas—, sino imagen y semejanza suya. Ahí se cifra toda su dignidad y de ahí deriva un modo de proceder adecuado.

Nuestra condición creatural comporta muchas cosas; entre otras, una absoluta indigencia que sólo es colmada por nuestra ordenación a Dios. Así, toda la bondad de la criatura, en el ser y en el obrar, le viene de su procedencia de Dios y de su orientación hacia Él. En todo momento se mueve por un fin, la búsqueda del bien, que, en cuanto tal, siempre es participación de la Bondad divina. En el caso del hombre, incluso cuando se aparta del fin, lo hace por una apetencia desordenada de la semejanza divina.

Lo malo es que ese desorden del fin aleja a la criatura de Dios, y se vuelve contra sí misma, porque no es natural para ella. Lo natural goza hoy día de un gran prestigio si se refiere a las cosas inanimadas —basta pensar en la ecología—, pero se rehúye esa

palabra cuando es aplicada la hombre. Se piensa —dice el cardenal Ratzinger— que lo mejor es que el hombre pueda modelarse a sí mismo, se libere de cualquier proceso de su ser; el hombre tiene que hacerse a sí mismo según lo que él quiera, pensando que sólo de este modo será libre. «Todo esto —continuaba el cardenal—, en el fondo, disimula una insurrección del hombre ante la realidad de haber sido creado, y que —como ser biológico— lleva impresa en su ser. Se opone a ser criatura. El hombre tiene que ser su propio creador, versión moderna de aquel «seréis como dioses»; tiene que ser como Dios» (*La sal de la tierra*).

Se olvida así que hay también una ecología de la persona humana, un modo de ser natural y otros que no lo son, con el consiguiente detrimento en la vida de los individuos y de la sociedad entera. Es cierto que la búsqueda de lo que es natural para el hombre debe hacerse en libertad, pero no es menos cierto que, por responsabilidad ante sí mismo y ante los demás, cada uno tiene un grave deber de vivir esa búsqueda para hacer más habitable nuestro mundo en lugar de destruirlo.

Cuando la criatura se emancipa presuntamente del Creador, no encuentra más que miseria. Como decía Tomás de Aquino, Dios está íntimamente presente en la creación «como el que da el ser al mundo». Y aunque el hombre puede ignorar voluntariamente esa presencia, no por ello cesa: lo que realmente sucede es que, en ese mismo instante, yerra seriamente sobre su propio ser; para él las cosas ya no son como son. Y entonces vienen los desequilibrios, los errores teóricos y prácticos, los desórdenes personales y sociales. Es la insurrección de la criatura..., pero contra sí misma.

SUBSIDIARIDAD Y ESTATISMO

Preguntándose por el gobierno mejor, decía Goethe que es «el que nos enseña a gobernarnos a nosotros mismos». Mirando a nuestro alrededor, bien podemos afirmar que nuestra época, con altas cotas de libertad, es, a la vez, un tiempo en el que no se practica mucho esa didáctica del escritor alemán. Es más, de algún modo la libertad está constantemente amenazada por el ensanchamiento progresivo del Estado, al menos en algunos temas capitales.

Juan Pablo II, reconociendo que el llamado «Estado del bienestar» ha dado capacidad de responder de manera más adecuada a muchas necesidades, no dejó de afirmar, en la encíclica *Centesimus annus*, que «no han faltado excesos y abusos que, especialmente en los años más recientes, han provocado duras críticas a ese Estado del bienestar, calificado como Estado asistencial». Estos abusos vienen determinados por una inadecuada comprensión del papel del Estado, que conduce al olvido, o incluso perversión, del principio de subsidiariedad. ¿Alguien ha oído mencionar este principio capital durante alguna campaña electoral?

«Una estructura social de orden superior no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándole de sus competencias, sino que más bien deber sostenerle en caso de necesidad y ayudarle a coordinar su acción con la de los demás

componentes sociales, con miras al bien común». Así describía Juan Pablo II ese principio de subsidiariedad. Por el contrario, cuando el Estado resta responsabilidad a los individuos y a la sociedad, provoca la pérdida de energías humanas, se aumenta desmesuradamente la burocracia, se pierde originalidad e iniciativa y, sobre todo, se acaban conculcando multitud de derechos, tal vez con una legislación excesiva, que hace verdaderas dos frases célebres. La primera es de León Tolstoi en *Guerra y paz*: «es más fácil dictar leyes que gobernar». La segunda, del Marqués de Mirabeau: «el mayor peligro de los gobiernos es gobernar demasiado».

No aboga la Iglesia por el desgobierno ni, en el terreno económico, por el capitalismo salvaje. Ese principio de subsidiariedad ha de tender a crear las condiciones favorables para que individuos y sociedades intermedias puedan realizar las actividades que les son propias: económicas, educativas, asistenciales, culturales, sanitarias, etc., etc. Pero debe ser complementado —así lo afirma también el Papa— con el principio de solidaridad, que puede poner límite a la autonomía de algunos en beneficio de aquellos más necesitados. Ya la encíclica *Rerum novarum* de León XIII recordó que de la concepción cristiana de la persona se sigue una justa visión de la sociedad, que lleva a muchas consecuencias, entre otras la de que «la socialidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo por los grupos económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía sin salirse del bien común».

A la luz de estas ideas, deberíamos exigir, a quienes llevan —o aspiran a llevar— el timón de las diversas instancias del Estado, una auténtica protección de la libertad e iniciativa de la familia, un final de la absurda lucha entre escuela pública y escuela de iniciativa social, una auténtica potenciación de la capacidad empresarial, dar alas a todo proyecto cultural o benéfico, un decidido empeño en no suplantar a la sociedad allí donde ella pueda llegar...

La libertad se mide mucho más por ese talante y sus consecuencias, que por la capacidad de votar de vez en cuando. No todo es economía pero, ya que la citamos, también se puede recordar que el llamado dinero público es de todos —el Gobierno sólo lo administra— y ha de servir al bien común, a todas las opciones libremente elegidas por los ciudadanos que no atenten a ese bien común ni al orden público. Tan legítimo es emplear lo recaudado con nuestros impuestos en una autovía, como en una escuela de iniciativa social o en una ONG. Si no es así, se reduce considerablemente la libertad y, como dijo alguien, «cuando la libertad se deja, la vida tórnase insípida y pierde su sabor» (Addison). Y, para terminar, no viene mal algo que escribió Bacon: «Soy de la opinión de aquel que dijo: mejor es vivir allí donde no hay ley de ninguna clase, que donde todo está reglamentado». Hiperbólico, pero significativo.

Es posible que el benévolo lector se pregunte a qué emperador me refiero, puesto que ahora son poco abundantes. Verá que hay muchos, si tiene la paciencia de continuar. En su obra *Jesús de Nazaret*, para datar el comienzo de su vida pública, Benedicto XVI toma unas palabras de Lucas: «En el año decimoquinto del imperio de Tiberio Cesar, mientras Poncio Pilato era gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Iturea y Traconítide...». Y añade el Papa que siendo una datación histórica, porque Jesús es un personaje histórico, también el emperador y Cristo personifican dos órdenes de la realidad que, sin excluirse necesariamente el uno al otro, llevan en sí mismos algo que amenaza de conflicto cuando se entienden mal. Una sana laicidad recordará aquellas palabras de Jesús: «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Aquí se expresa la pacífica distinción de esferas de competencia. Sin embargo, el propio Cristo morirá condenado por Pilato y los cristianos serán inmediatamente perseguidos, viéndose obligados a manifestar su conciencia, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres».

Desde hace unos siglos, ha venido originándose un proceso con luces y sombras. Nuestro mundo occidental ama la libertad, es seguramente más tolerante, la ciencia ha avanzado notablemente, etc. Junto a tantos logros, viene aconteciendo una progresiva autonomía del hombre frente a Dios. Como consecuencia, para evitar la huella del Creador, casi han desaparecido los conceptos de naturaleza y ley natural. Así, los tan celebrados Derechos del Hombre corren el riesgo de perecer si se olvida que son tales derechos no por la Declaración Universal ni por otras leyes, sino que «se aplican a cada uno en virtud del origen común de la persona, la cual sigue siendo el punto más alto de Dios para el mundo y la historia. Estos derechos se basan —seguía el discurso del Papa en la ONU— en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones». Por algo Naciones Unidas lo llamó Declaración.

Los nuevos emperadores son los fabricantes de un positivismo jurídico ajeno, en buena parte, a esa ley impresa en la naturaleza del hombre. Han quitado a Dios de en medio y así desaparece la sustancia del ser humano y todo lo que de ahí deriva. Es paradójico que, en el siglo de la ecología, el hombre es la especie menos protegida para que siga siendo lo que es. Ignorando a Dios, la criatura se diluye; su vida y sus leyes de funcionamiento sólo dependen de gobernantes y legisladores. Son los emperadores, los nuevos dioses que votamos cada cuatro años para que continúen cambiando lo que somos. Dejando a un lado el Decálogo, hoja de ruta del normal funcionamiento del ser humano, se inventan nuevos mandamientos que suelen responder a la superficialidad de lo políticamente correcto, a lo que se piensa que da los votos de una sociedad que deterioran, a cubrirse las espaldas de posibles sucesos desagradables. No me refiero ahora a nadie en concreto. Que cada uno se apunte a lo que le corresponda.

Las Naciones Unidas surgieron —ha recordado Benedicto XVI— coincidiendo con la honda conmoción sufrida por la humanidad después de graves violaciones de la libertad y dignidad del hombre. Las causas de esta terrible situación —holocausto, purgas estalinistas, brutalidades de la guerra— tienen no poco que ver con el abandono de la referencia al sentido de la trascendencia y de la razón natural. Otra gran paradoja:

después de la exaltación de la razón ésta ha venido a menos, y no interesa: predomina la decisión de los nuevos emperadores situados en lugar de Dios. La vida, la familia, la subsidiaridad del Estado, el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones, la libertad de vivir pública y privadamente las consecuencias de la fe, la búsqueda de métodos científicos progresivos y éticos, son temas naturales barridos por una ecología perversa para el ser humano.

Con razón ha afirmado el Papa en la ONU que es inconcebible que los creyentes tengan que suprimir una parte de sí mismos —su fe— para ser ciudadanos activos. Por ello ha clamado que «nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos». Pero, aparte de los emperadores-dios, los creyentes nos hemos acostumbrado a adorarlos. Quizá sea hora de decir con Pedro y los apóstoles: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

VERDAD, LIBERTAD, TOLERANCIA

San Agustín escribió en sus *Confesiones*: «He encontrado muchos que querían engañar, pero ninguno que quisiera dejarse engañar». El deseo de verdad es consustancial al hombre. Por ello, es muy difícil estar de acuerdo con el concepto de libertad como pura elección, en la que no importa tanto acertar como el simple hecho de elegir. Es cierto que existe el derecho a ser respetado en el propio camino para optar, pero también existe el grave deber de buscar la verdad y seguirla una vez conocida, como se lee en *Veritatis Splendor*. Es obvio que no siempre la verdad es de fácil encuentro y seguimiento, pero el hombre es aquel que busca la verdad, como diría el mismo Juan Pablo II en *Fides et Ratio*, aseverando que sólo los valores verdaderos pueden perfeccionar a la persona realizando su naturaleza, si bien intereses de orden diverso condicionan la verdad.

Avanzando algo más, añadiría que verdad y libertad guardan una relación intrínseca, de modo que todos eligen su libertad de acuerdo con su verdad. Otra cosa es acertar. Y no parece razonable argüir que mi libertad es autónoma, que su ideal es realizar sus inmediatos deseos alegando que este comportamiento no perjudica a los demás. A esta forma de conducirse le salen vías de agua. Es patente que hay comportamientos de daño inmediato a terceros: robo, asesinato, terrorismo, aborto, divorcio, calumnia, maltrato de la naturaleza, invasión de la intimidad, etc. Pero ningún tipo de conducta ni ley alguna afectan solamente a los que las eligen.

Pensar que cualquier valor —a desvalor— es bueno para el que lo selecciona si no perjudica a nadie, a mi modo de ver encierra dos errores. En primer lugar, es muy cuestionable que toda elección sea buena para su autor: la espontaneidad no es siempre un valor seguro ni garantía de opción para valores seguros. Por otro lado, nada de lo que se realiza en este mundo es ajeno a los demás: el hombre es naturalmente social, y difícilmente puede constituir un ideal el ejercicio individualista del libre arbitrio. A modo de inciso, podríamos recordar que mostrar humanidad —solidaridad— no casa con esta actitud propiciada por algunas corrientes de tolerancia. Además, vivir con humanidad respecto al otro es mucho más que tolerarlo y, por supuesto, que la actitud

autónoma de quien elige sin pensar en otros, a los que, sin embargo, exige tolerancia.

Pero vayamos de nuevo al posible daño a terceros: ¿es cualquier estilo de vida equiparable a los demás sólo porque a nadie se obliga a elegirlo?, ¿es ética cualquier ley por causa de la tolerancia y de su no obligatoriedad para el que no la desee? Tomás de Aquino escribió que no es competencia de la ley humana prohibir todos los vicios, pero no es igual no prohibirlos que convertirlos en derechos. En este caso, pesa más en la ley la idea de espontaneidad y autonomía que cualquier referencia a la naturaleza del hombre y, por tanto, a la racionalidad de esa ley. Cuando la vida jurídica se subjetiviza, afecta a todos. La ley pierde todo valor ejemplar y la autoridad, reducida a ser un árbitro, a duras penas construye, como mucho, algún límite provisional a los deseos individuales. Pero los límites van cediendo lo inimaginable.

Es cierto que el bien de la sociedad no es tal si no lo es para las personas individuales, pero esto no basta. Quizá la tolerancia más honda sea buscar la naturaleza de las cosas y, con ella, el bien común, un concepto casi perdido que, a mi modo de ver, es fundamental. Ese bien común no es la simple suma de bienes o derechos singulares, sino un patrimonio común, la posibilidad de comunicar de compartir, de participar, de ser comunidad, de amar. Si no compartimos bienes, tareas, leyes, relaciones vitales, sin comunión entre las personas, la institución comunitaria, como afirma Yepes Stork, es un puro sistema, una máquina sin alma.

Los ilustrados impulsaron en parte esta Europa moderna de la tolerancia, pero quizá no previeron el desbordamiento actual, que seguramente nos debe llevar a reflexionar hasta qué punto son legítimas algunas exigencias. Como dice Benedicto XVI, «el relativismo moral mina el funcionamiento de la democracia, que por sí misma no basta para garantizar la tolerancia y el respeto entre los pueblos».

CREO EN LA LIBERTAD

Como la lluvia fina empapa la tierra, así ha calado en los últimos decenios la idea de que laicismo y relativismo son modos de vida imprescindibles para el bien vivir de una sociedad democrática. Ese pensamiento se ha enraizado incluso en el alma de muchos cristianos. Yo creo que es mejor la familia sin divorcio o sin aborto, pero no puedo imponerlo, viene a ser, a título de ejemplo, la afirmación de muchos derrotados a priori por esas ideologías que hacen tabla rasa de la naturaleza, para instalarse ellas como una nueva religión. Renunciamos a ofertar la verdad que tenemos sobre el hombre para cambiarla por la debilidad de un pensamiento que conduce al nihilismo.

Recientemente, daban escalofríos escuchando al magnífico filósofo Robert Spaemann citando a un paisano suyo, el periodista Jan Philipp Reemtsma, que se preguntaba en *Le Monde Diplomatique*: ¿Tenemos que respetar las religiones? La respuesta —dice Spaemann— era NO. Con la gente que comparte la doctrina del Papa, a lo más, hay una tregua, pero esos hombres son extranjeros en un estado secular. Esta sociedad secularizada se ha erigido en dios sustituto del Dios que niega; es creadora de lo bueno y

lo malo por conveniencia, encuesta o alzada de manos; la libertad construye la verdad. Ya no es ésta la que nos hace libres. Y cuando no hay Verdad con mayúscula, o al menos un reconocimiento de lo que es natural, manda la conveniencia del hombre —dios— tirano.

Ese es el humus que vamos aceptando casi imperceptiblemente para edificar nuestras vidas. Otra opción será terriblemente tildada de fundamentalista, dogmática y carca. Y hemos caído en la trampa de las etiquetas de moda, políticamente correctas y aparentemente modernas. Sí, esta postmodernidad no tolera a Dios ni cualquier forma de ley que remita de algún modo a Él. El razonamiento es muy simple: aceptar el laicismo, el relativismo y el pensamiento débil suponen democracia, progreso y modernidad. Por el contrario, la oferta de cualquier verdad natural, o trascendente, es algo trasnochado y hasta —qué palabra más horrible— casposo. Y muchos cristianos se han atemorizado como Pedro en la noche la Pasión de Cristo. Pedro se arrepintió.

Pero el resultado no está siendo una sociedad más libre y civilizada, sino un mundo con menos virtudes, sin luz, desleal muchas veces, poco valiente, in-solidario, insincero, que llama hipocresía a la lucha por ser mejor del que peca siete veces al día, como dice la Escritura. No es hipocresía, en cambio, la subversión del mismo ser humano que trueca su existencia en un libertarismo ciego, sin norte y sin sentido. ¿Por qué ha ardido Francia? Pocos sociólogos actuales son capaces de descubrir —porque les faltan los parámetros justos— que esa libertad vacía, libertad de la libertad —decía el maestro Cornelio Fabro— sólo conduce a la crisis del ser humano. ¿Por qué no se piensa en una educación en virtudes conducentes a ser libres de veras? Quizá no se cree en el ser humano. Vale la pena intentarlo.

«La libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo —afirmaba ese gran intelectual que es Benedicto XVI en la clausura de la Jornada Mundial de la Juventud—, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos». Algunos aseverarían que esas palabras encierran una involución, cuando en verdad son una verdadera revolución a favor del hombre frente a tanta abdicación de convicciones firmes, que son la oferta de las personas de buena voluntad para curar las heridas de esta sociedad que muere de bienestar.

Hay muchas gentes aquejadas de progresía —que no de amor al progreso— que optan por la libertad del goce de la vida. Mientras el mundo occidental expira en el confort que es su gran objetivo, el tercer mundo agoniza de debilidad porque ni siquiera le es dado gozar de las migajas que caen desde la mesa del rico Epulón. Dos muertes tristes con un origen único: la trampa, que aquí es goce y allí se hace miseria guerrillera o emigración forzosa, se generan en un sistema que no se alza sobre la verdad del hombre, sus virtudes y su libertad, sino sobre un libre albedrío que, carente de verdad y de bien, no nos hace verdaderos y buenos; es más, ese libre albedrío sólo es una manifestación fallida del mismo, pero no algo perfectivo de la persona. Luego, hay más muertes: de no nacidos, de ancianos, de la familia. Así, el relativismo de los bienpensantes, el laicismo imprescindible de los secularistas que desvirtúan el ser de hombre están siendo la causa

de una civilización que se tambalea si —como recordó el Papa— los laicos cristianos no hacen una oferta vigorosa de una nueva raza de pensadores y de hombres públicos que amen la verdad y el bien sin miedos ni engaños.

¿Estoy afirmando un estado teocrático? ¿Se trata de un neoconfesionalismo? No. Dios quiere la libertad. Me parece que la convivencia entre creyentes e increyentes no hay que buscarla ahí, sino en la posibilidad de un entendimiento racional del que ha de vivir la democracia, como ha dicho también Spaemann. Ese entendimiento debería buscarse en la ley natural que no es una idea cristiana, aunque el cristianismo la haya conservado: «Sin la idea de un derecho según la naturaleza, que agradecemos a los griegos, no hay ninguna base común entre creyentes e increyentes», ha afirmado el referido filósofo, pues los derechos fundamentales son prepositivos y no pueden descansar en la simple mayoría.

LIBERAR TOTALMENTE AL HOMBRE

No creo que nadie se ofenda —me parece patente— si comienzo afirmando que vivimos un mundo de esquizofrenias. Se habla mucho, por ejemplo, de la necesidad de ser íntegros y coherentes, pero nos bebemos como un vaso de agua toda clase de hipocresías y despropósitos. No es que se trate de alancear al que no sea cabal, pero una cosa es eso y otra muy distinta es comulgar con ruedas de molino. En esta línea, se suele distinguir entre moral pública y moral privada. Como un sofisma subliminal se nos ha quedado en la mente que la que importa a los demás es la pública, porque lo privado es cosa de cada uno. Quizá hay una parte de verdad en esa afirmación, ¿pero es eso coherencia? ¿Puedo fiarme de una persona de quien no responde su propia mujer?

Dejo esos interrogantes en el aire cuando leo unas palabras de Juan Pablo II, pronunciadas en una audiencia general: Jesús viene a ofrecernos una salvación que, aun siendo sobre todo liberación del pecado, concierne también a la totalidad de nuestro ser, en sus más profundas exigencias y aspiraciones. Si nos dejamos liberar totalmente por la gracia de Dios, esos desdoblamientos de la personalidad no tendrían sentido, o mejor dicho: existirían, puesto que somos débiles, pero serían más fácilmente reconocidos y subsanados.

La buena o mala voluntad, el buen o mal corazón, es la causa de lo que hace el hombre en público o en privado, en familia o en la calle, en el trabajo o en el descanso. Y todo ello es atribuible por igual a la persona, todo ello es lo que lo hace bueno o malo, todo influye en los demás. Del corazón —dice Cristo en San Mateo— provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que contamina al hombre.

Por eso, en la citada audiencia, después de hablar el Papa de la redención del corazón, añadía: «Partiendo del corazón, la salvación que trae Jesús se extiende a los diversos ámbitos de la vida humana: espirituales y corporales, personales y sociales». Partiendo de una voluntad buena —que, en el caso del cristiano que vive con hondura su fe, estará

asistida por la gracia—, se llega a la redención del mundo del trabajo —en el que brillará la justicia y la fraternidad—, de la familia —asentada sobre un cariño lleno de olvido de sí mismo—, de la política —vívida desde el servicio y la sinceridad—, de la economía —sin ganancias fáciles ni pisoteos de los más débiles—, etc.

Hay personas que huyen de los salvadores —yo también, en algunos casos—, porque los imaginan imponiendo su ley a golpe de quebrantamiento de la libertad, pero no es así la redención operada por Cristo, que se ofrece con la suavidad del bien que no coacciona a nadie, y hace posible un mundo más humano, más cordial y más justo. La liberación cristiana, partiendo de la descarga radical del pecado, evita el aherrojamiento de los distintos aspectos de la vida del hombre en derroteros que lo esclavizan y hacen daño a los demás. En muchos aspectos, sencillamente recuerda lo que es natural.

Hablando desde la fe, no se comprende una sociología del templo, segregada de la vida común de los cristianos, como si a Dios le importasen solamente actos piadosos, mientras que el resto de nuestra existencia fuera ajena a su querer. «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*).

SUFRIR POR LA LIBERTAD

Cuando algo tan esencial como la libertad sirve de trampa o de coartada para no se sabe qué inconfesables intereses, el alma se encoge. Cuando el mayor patrimonio del hombre —su libre albedrío— se malbarata en fuegos de artificio, da dolor. Cuando lo políticamente correcto y el oportunismo sustituyen a los principios, valores y virtudes que construyen una persona, da miedo. Un gran amante de la libertad, el fundador del Opus Dei, ha escrito: «Me consta: la libertad es una planta fuerte y sana, que se aclimata mal entre piedras, entre espinas o en los caminos pisoteados por las gentes. Ya nos había sido anunciado, aun antes de que Cristo viniese a la tierra».

Yo no quisiera maltratar a nadie, sólo busco apostar por el hombre. No desearía siquiera apoyar estas líneas en nuestra Carta Magna ni en el derecho positivo. No sabré hacerlo, pero me gustaría llegar a lo mejor de cada uno de nosotros para detener el tiempo un instante y hacer como los economistas cuando preparan un presupuesto de base cero. Sé que, en los temas más profundos del hombre, eso no es posible. Tal vez fuera más atinado pedir una reflexión honda, sin los prejuicios que nos atenazan, para examinarnos a fondo sobre lo que estamos haciendo en y con este mundo. ¿Por qué escribo esto? Para pensar en voz alta, expresando lo que muchas veces no decimos, sencillamente porque no se lleva. Son asuntos que ahogan la libertad y asfixian a la persona en aras de revanchas, ideologías al uso, olvidos de identidades o una libertad hueca que convierte a los humanos en peleles inútiles. Pondré algunos ejemplos, sin

deseo de juzgar a nadie.

No es que hayamos equiparado la unión homosexual al matrimonio natural; es que duele el cambio operado en esta entrañable institución tan antigua como la mujer y el hombre. Ahora no existe libertad para casarse como siempre porque se ha concebido el matrimonio de modo diverso. Otro: nadie duda de la necesidad de acabar con la violencia contra la mujer —lo de «género» no es natural—, pero hace pocos días un acreditado socialista pedía que también exista la presunción de inocencia para el varón acusado de malos tratos. Pues bien, ha sido acusado de machista por alguien que quizá hace no mucho tiempo hubiera aplaudido tal solicitud. Sólo es otro ejemplo.

Uno más: el Tribunal Supremo sentencia que compete a las autonomías establecer si se concierta

o no a los colegios que cultivan la educación diferenciada. No quiero argumentos jurídicos —por ejemplo, varios artículos de la Constitución, resoluciones de la ONU o la misma LOE—, no. Me basta el de la bendita libertad de los padres a optar. Y si nuestras leyes contradijeran esa libertad —pienso que no, en principio—, serían sencillamente inicuas, de obligado incumplimiento. Quien piense que puede haber leyes que arrumben los derechos inalienables de la persona, no diré que es un tirano porque quizá no lo desea, pero lleva dentro un liberticida.

Más: se lanza y se relanza un laicismo feroz contra la Iglesia Católica. No se atreven con los musulmanes, aunque los buenos hijos del Islam sean mansos. Ese laicismo porta la triste misión de borrar todo vestigio religioso de nuestras leyes, cultura y costumbres. Todo con una sencilla cantinela: libertad religiosa sí, pero en el ámbito de la conciencia, sin manifestaciones externas. Penosa libertad que exige la renuncia de muchos a expresar y a dar lo mejor de sus vidas, aquello que les otorga sentido. Sin embargo, la Educación para la Ciudadanía será absorbida hasta por los ejércitos. Pase, puesto que son mayorcitos, pero habría que volver al derecho intangible de los padres a la formación de las conciencias de sus hijos. De nuevo, la libertad ahogada.

Unos y otros revisamos un pasado que pasó y despertamos insensatamente viejas rencillas, rencores, odios y todo tipo de divisiones. ¿No podríamos perdonar completamente? Algunos no lo creen, pero perdonar es de gentes libres, que así se hacen más libres. Aunque se entiende lo que quiere expresar, la manida frase «tolerancia cero» supone a veces una misericordia nula, imposibilidad de perdón, falta de garantías jurídicas y desprecio a la presunción de inocencia.

Algo debemos hacer para detener ese pensamiento asfixiante, que destruye vidas en su inicio o antes de su fin natural, vacía los corazones para que no sientan ni padezcan, enmaraña la razón y debilita la voluntad para hacerlas sentirse con derecho a la mentira y al mal, frivoliza el sexo a la vez que exalta el afán de tener, fomenta el odio y la sinrazón hacia el que opina de modo diverso, se adueña de la escuela al estilo de un pederasta de las conciencias... Esto no es política, aunque los asuntos citados se jueguen también en ese campo. Volver al hombre es tarea de todos los que amamos la libertad, porque está muriendo entre las rejas de su presunta exaltación.

III. LA CUESTIÓN DEL SENTIDO

EL SENTIDO DE LA VIDA

No hacemos nada sin un fin; puede éste ser elevado o mezquino, de largo alcance o a corto plazo, más o menos explícito, pero todas las acciones de la persona están finalizadas. Y a poco que pensemos, podemos conocer cuál es el motor real que impulsa nuestros actos. En su obra *La felicidad humana*, Julián Marías nos da una clave para saber qué es lo que nos mueve: «¿qué me importa de verdad? Éste es el camino para la pregunta por el sentido de la vida».

No es indiferente el sentido que demos a nuestra existencia, tanto el más inmediato como aquel que vemos como último. Y no lo es, porque de él depende en gran medida la categoría de lo que realizamos, pensamos o queremos. Pero es nuestra propia calidad humana, el desarrollo adecuado hasta el deber ser, lo que está ligado a esos mismos fines que dan razón a nuestro vivir.

«Descubrir el sentido de la propia vida —decía el antropólogo Yepes Stork— es alcanzar a ver a dónde lleva, tener una percepción de su orientación general y de su destino final». Hemos de levantarnos cada día con la necesidad de encontrar un motivo por el que vale la pena afrontar esa nueva jornada, en unión con todas las demás que la vida nos depara. Y esta motivación no depende —aunque puede influir— de la salud física o psíquica, de las posibilidades económicas o sociales. Un tetrapléjico, por ejemplo, puede encontrar, aun en sus duras condiciones, muchos motivos para seguir viviendo. De hecho, la eutanasia es el final voluntario de los que han perdido el sentido y, por ello, el coraje de vivir (cabría decir entre paréntesis que es eso lo que hay que darles y no el terrible modo de segar su existencia).

«Se es hombre —ha dicho Juan Pablo II— cuando se tiene saber teórico y capacidad práctica para responder a estas tres preguntas: ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existo? ¿Qué debo hacer?». Encontrar la respuesta es un buen empeño para todo ser humano que viene a este mundo, porque esa contestación condiciona mucho el modo de actuar de cada uno. En efecto, la excelencia de una vida no puede consistir ni en la superficialidad, ni en el poder político, económico o social, ni en la mera satisfacción de los instintos, ni en un pasivo dejarse llevar por los acontecimientos. La excelencia está en la virtud, que surge del enfoque adecuado que se dé a la vida según la respuesta a las tres preguntas arriba enunciadas. Luego viene el esfuerzo por la coherencia, las debilidades, el empeño

por restañar las heridas, la lucha que lleva a la adquisición de esos hábitos virtuosos que perfeccionan la naturaleza humana.

Y dando orden, calidad y sentido a todo está Dios, que es el motivo más alto y más cercano a nosotros mismos. En el fondo, hemos realizado este rodeo para llegar a lo que ya estaba escrito en el Deuteronomio: «Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y estos mandamientos que yo te doy este día estarán estampados en tu corazón. Y los enseñarás a tus hijos y meditarás en ellos sentado en tu casa y estando de viaje, y al acostarte y al levantarte». Detrás, y en el fondo, y al lado de cada sonrisa, de cualquier dolor, de todo trabajo y del necesario descanso, para que ninguna vida sea un lleno de vacío, dando sentido a todo, está Dios.

BUSCANDO SENTIDO A LA VIDA

Hace mucho tiempo que estas palabras se clavaron decisivamente en mi alma, aunque no sepa decir con qué éxito: «Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor» (*Camino*, n. 1). Aquello era una invitación y un reto para la existencia de cualquiera. Esas frases planteaban que valía la pena el empeño por hacer algo con sentido.

Algunos años después, leyendo *La idea psicológica del hombre*, de Víctor Frankl, encontré muchos conceptos típicos en toda la obra de este filósofo y psiquiatra vienés, que motivaban fuertemente en esa misma dirección, aun desde un punto de vista principalmente humano. Por ejemplo: «El preocuparse por dar un sentido a la existencia es una realidad primaria, es la característica más original del ser humano». Es algo que, desde la antigüedad, se plantearon muchos filósofos y que va quedando progresivamente oscurecido a medida que objetivos como la búsqueda desquiciada del placer, del poder, de los goces sensibles, las riquezas o la destemplanza, el poco aprecio a la familia y la vida, iban ocupando un lugar que no correspondería a la conducta propia del ser humano, también a nivel teórico.

El propio Frankl se apartó decididamente de las tesis de Freud —su maestro inicial—, particularmente en lo relativo al mantenimiento del principio hedonista del placer, que ve como una dificultad para la madurez de la persona. La búsqueda desmedida del alcohol, las drogas, el sexo, el deseo de poseer objetos variados, etc. aparecen cuando la vida carece de sentido, a la vez que, en un círculo vicioso, contribuyen a perderlo siempre más decididamente. «La tendencia del disfrute inmediato, de gratificaciones sensibles, es —según Alejandro Llano en *La nueva sensibilidad*— culturalmente letal. Adormece la capacidad de proyecto, fomenta el conformismo y domestica la disidencia. Se mueve en una espiral descendente, que sume a las personas en el vértice del hedonismo».

Sin dejar de tener aspectos positivos, la «sociedad de consumo» y «el estado del bienestar» no conducen por sí mismos al individuo a la búsqueda del sentido, sino que

más bien lo llevan al sinsentido, por sumergirlo en un medio que lo ahoga. Juan Pablo II urgió reiteradamente a valorar mucho más el ser que el tener. Empleaba esta expresión, no sé si tomándola de Gabriel Marcel (*Ser y tener*) o en coincidencia con el filósofo francés. Alguien que busca el sentido ha de considerar mucho más lo que esencialmente es: sus virtudes y sus defectos que se empeña en desterrar, su inteligencia y su voluntad libre al servicio de la humanidad, su condición de imagen de Dios y capaz de recibir su paternidad por la gracia, la realidad de ser caído y redimido, si entramos en el horizonte cristiano, etc. Lo que se tiene, si no sirve para ser más, para acrecentar a otros, no vale para nada. Estorba.

Frankl, judío, llega a plantear la trascendencia. En su obra *La voluntad de sentido*, cita a Einstein, que afirma: «Preguntar por el sentido de la vida significa ser religioso». Y en *El Hombre Doliente*, el psiquiatra vienés escribe: «El hecho antropológico fundamental es que el ser humano remite siempre más allá de sí mismo, hacia algo que no es él, hacia algo o hacia alguien, hacia un sentido. El ser humano se realiza a sí mismo en la medida que se trasciende». Por el contrario, el consumista, el vividor, el egoísta, se pliegan sobre sí mismos, en un círculo cerrado que sólo puede abrirse al espíritu cuando es roto por la conversión.

En este punto, es fácil sintonizar con la fe cristiana, capaz de dar sentido a las acciones o pensamientos aparentemente más vulgares. En su memorable homilía *Amar el mundo apasionadamente*, San Josemaría Escrivá afirmaba: «Sabadlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir». Y más adelante: «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor la más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día».

Todo eso supone un enraizamiento profundo en el misterio de la Encarnación del Verbo que, haciéndose uno de nosotros, encarnándose en cierto sentido en cada hombre —como dijo gozosamente el Vaticano II—, nos ha dado la capacidad, a la persona y a su trabajo, de vivir lo humano a lo divino. Toda la densa cristología paulina presta soporte a esta elevación del punto de mira del sentido cristiano, hasta llegar a la gran afirmación de Gálatas: «Vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». O aquella semejante de Filipenses: «Mi vivir es Cristo y morir, ganancia». Esa vida de Cristo en cada uno, realizada por la acción del Espíritu Santo, conduce a ser y a saberse hijos de Dios. Y ahí todo tiene aplicación y sentido: la Cruz, el dolor, los sacramentos, la familia y el inmenso panorama del trabajo. Siendo el cristiano otro Cristo por la gracia, no separará su ser —llegado a la alta cota de la fusión con Cristo— de su tarea: redimir con Él en todas las encrucijadas de la tierra. El sentido se ha hecho pleno hasta ascender, también con Cristo, a la gloria del Padre. Esto es lo que trae la Navidad.

Los terribles sucesos del atentado terrorista del 11 de marzo en Atocha, junto a la Semana Santa, motivan estas líneas. Tomás de Aquino, comentando la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, dice que el dolor es la aversión a un mal presente, así como la felicidad es el gozo por un bien poseído. El dolor y el sufrimiento —con sus secuelas de tristeza, ansiedad, angustia, desesperación, temor, etc.— son compañeros inevitables de la vida humana. Hace muchos siglos que quedó escrito en el libro de Job: «el hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos».

«Estamos en una cultura —ha escrito Polaino— en la que el sufrir tiene mala prensa. El dolor es hoy un desvalor». Pero es preciso que nos interroguemos por su sentido porque el sufrimiento está ahí: en Atocha y en mil calamidades que suceden a diario, bien «como un mal presente contrario al cuerpo» (Tomás de Aquino), bien como «la quiebra y el desgarramiento íntimos del afligido, que son dolor interior, sufrimiento» (Yepes).

Para empezar, erramos a menudo al identificar felicidad con bienestar, seguridad, calidad de vida, dinero, poder, etc. No son objetivos indeseables, pero son cortos. El acto terrorista de Atocha demuestra de una manera brutal que todo eso puede perderse en un segundo. ¿Tendríamos que pensar entonces, como afirma el nihilismo práctico, que la vida no tiene sentido y que la felicidad no existe? Eso es la vivencia de la nada, que puede manifestarse en una extremada desesperación, en el fatalismo, el absurdo, el cinismo o el pesimismo. Pero si ciframos esa felicidad en el *carpe diem* —goza el momento— y nada más, ¿qué sucede cuando aparecen el dolor y el sufrimiento?

Con respecto al dolor físico, dice Polaino que hay medios para combatirlo, pero que nos faltan motivos para soportarlo. Y así, escapando de ese dolor, pero sin capacidad para sobrellevarlo, lo encontramos recalcado en nuestra propia debilidad e insatisfacción para las dificultades ordinarias. Y por lo que se refiere al sufrimiento, ha escrito Ricardo Yepes que «una sociedad que busca abolirlo, cuando llega al límite más allá del mal no puede hacerlo, y adviene la desgracia, no tiene ya qué decir, se queda muda».

¿Qué sentido tiene el dolor? Lo primero, necesario para saber qué hacer con él, es aceptarlo, saber que está ahí, que madura a la persona, la hace fuerte. Después, el sufrimiento produce una catarsis, una purificación, porque ayuda a comprender, con luces nuevas, lo verdaderamente importante de lo que no lo es. Aceptado lo anterior, podemos aproximarnos con Víctor Frankl al sentido del dolor: «Yo sólo puedo afrontar el sufrimiento, sufrir con sentido, si sufro por un algo o por un alguien». Esto es evidente —afirmará Yepes— en los dolores naturales, pues los padecemos porque tenemos voluntad de vivir; pero a los sufrimientos interiores lo único que puede darles sentido es el amor: amar es sacrificarse. Y en los casos extremos, en los que parece aquel por quien nos daríamos gustosos, si no vemos una razón más alta, el dolor se convierte en un viaje a ninguna parte. «Aunque parezca chocante —sigue Yepes—, solamente si se afirma la existencia de un Dios todopoderoso, e infinitamente bueno, más allá de nosotros, tiene sentido preguntar cómo se armoniza su existencia con la cantidad de sufrimiento que existe en el mundo». Y la razón, entre otras, será que ese Dios puede enderezar definitivamente las actuaciones humanas canallescas.

El Vaticano II afirmó que el misterio del hombre —y, por tanto, de sus pesares— sólo

se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado. En esa línea ha podido escribir Juan Pablo II: «En la Cruz de Cristo no sólo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido». Y en la misma carta apostólica (*Salvifici doloris*), afirma después: «Si un hombre se hace partícipe de los sufrimientos de Cristo, esto acontece porque Cristo ha abierto su sufrimiento al hombre, porque Él mismo, en su sufrimiento redentor, se ha hecho en cierto sentido partícipe de todos los sufrimientos humanos»; tanto que llega a decir San Pablo que «a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros». De tal manera asume los errores humanos, que el Apóstol llega a expresarse de ese modo tan fuerte: le hizo pecado; es decir, asumió como suyo lo más opuesto a Dios.

Sólo en este contexto se entienden estas palabras de *Camino*: «Bendito sea el dolor. — Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!». No constituyen la expresión de un masoquista, sino que tienen detrás una historia de sufrimiento y amor de una persona atendida espiritualmente por San Josemaría. Este punto lo escribió en un hospital, a la cabecera de una moribunda, a quien acababa de administrar la unción de los enfermos. En sus últimos momentos, aquella mujer había calado en la fuerza redentora del dolor para purificar su pasado amargo.

¿HACIA DÓNDE VAMOS?

En la conocidísima obra *Alicia en el País de las Maravillas*, se lee este diálogo:

—

¿Quieres decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí?

—

Eso depende mucho de a dónde quieres ir —replicó el Gato.

—

Poco me importa a dónde quiero ir —dijo Alicia.

—

Entonces poco importa el camino que tomes —replicó el Gato.

Situaciones como la de Alicia son penosamente frecuentes. Muchos anhelan salir de los complicados laberintos contruidos por el poder, el dinero, el placer o por la falta de certidumbres y objetivos. O son gentes que se encuentran en situación de jaque mate por la droga, el sexo, el dinero o el alcohol. Y desean salir, pero les falta fortaleza para romper la maraña creada y, aún sintiéndose tal vez desgraciados, no dan con la puerta, ni ven la dirección, ni conocen el camino. Cualquiera que tomen será seguramente equivocado si carecen de rumbo. La situación llega a ser paralizante, con la dureza añadida por la conciencia de no hallarse en el lugar justo ni en la actitud apropiada. No hay camino por inexistencia de finalidad. Esta es la triste situación de tantas personas que sólo circulan por la felicidad engañosa, quizá con aire de bullicio y fiesta. Hasta que llega un momento en que no pueden más. Como en la rima de Bécquer, son arpa sin notas, esperando la mano de nieve que sepa arrancarlas.

En medio de la sonoridad estridente de nuestras calles o lugares de esparcimiento

eléctricos y multicolores; en el coche detenido por el rojo de un semáforo con música rompiendo decibelios; en el aislamiento de un enfermo que no sabe para qué sirve su dolor; en los grandes almacenes y en las tiendas de lujo; en la soledad de una playa; en el preso que busca salir sin saber para qué; en el investigador extasiado ante un embrión humano fecundado in vitro para la muerte; en las conversaciones ligeras, frívolas o bordes... Allí, y en muchísimos lugares, existe una multitud de personas, seres humanos que valen toda la sangre de Cristo, y no pueden elegir el camino porque no saben dónde ir. En el rumor de las fábricas pletóricas de informática; en el quirófano donde la vida y la muerte se tocan con las yemas de los dedos; en el parlamento que dice servir al pueblo y se sirve del pueblo; en el cine con mensajes tantas veces vacíos y maléficos. En ésos y otros ámbitos donde danza la soledad, el dolor, el mal, la enfermedad, el dinero, el poder, la muerte...; están allí, queriendo todos salir, quizá no sabiéndolo explícitamente, y sin estar al tanto de cómo y ni dónde.

El chaval de pantalón caído y desgarrado, ¿quiere salir?, ¿sabe adónde va? Y la señora cubierta de bisutería y seda que camina hacia la fiesta trivial, ¿sabe que quiere salir?, ¿sabe si transita por su camino? Y en los palacios de los ricos, en las chabolas de los desheredados, en los hiper de la droga, en el comercio de sexo para desalmados, ¿saben que quieren salir y adónde quieren marchar? En los centros del poder político y financiero; entre los mareados por mil confidentiales, bailando al son de la Bolsa; entre los adulterados que negocian al más alto nivel; entre los que van de cenas y copas carísimas, ebrios de carcajadas sin sentido. Ahí están. ¿Saben salir?, ¿tienen claro el camino?

«Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza...». Pero más que un sueño, y aun siendo magnífica, la vida es «una mala noche en una mala posada», en frase de Teresa de Ávila; es una leve senda hacia un final —feliz o desdichado— que llega siempre, aunque busquemos de continuo el modo de ignorarlo. Ese término es la clave del atolladero, el indicador seguro. Vale aquello de Ortega: «Quien en nombre de la libertad renuncia a ser el que tiene que ser, ya se ha matado en vida: es un suicida en pie. Su existencia consistirá en una perpetua fuga de la única realidad que podía ser». Esa realidad es quien ha podido decir de sí mismo que es Camino, Verdad y Vida: se llama Jesús de Nazaret. Y no es difícil encontrarlo. Está en esos mismos lugares para variar el rumbo torcido, para regar lo árido, para encontrar el sentido, para bendecir lo honesto, para perdonar y conducir al único Camino. Me parece un buen tema ahora que comienza un año... y siempre.

¿QUÉ MORAL?

Comenta Aristóteles que el vulgo y los más groseros identifican el bien y la felicidad con el placer, por lo que aman la vida voluptuosa, añadiendo que tal actitud es servil. El bien —para el filósofo estagirita— es una cierta actividad del alma de acuerdo con la virtud. Como ésta, se adquiere por la repetición de actos que generan hábitos buenos,

afirmará que la excelencia moral es resultado de estos hábitos.

Aunque no lo parezca, mis reflexiones han sido originadas por los debates de la última campaña electoral, razón por la que envió este artículo pasadas las elecciones: para escribir de moral y no de política. En los encuentros de los candidatos con más posibilidades de lograr la presidencia, se habló de moral y fijo mi atención en algunos asuntos. Uno de los aspirantes se refirió a la ampliación de las libertades para los españoles, con ejemplos como el divorcio rápido, matrimonio homosexual o investigación con embriones. El otro calló, no sé si porque el que calla otorga o porque —como dijo un anciano sacerdote en una reunión de curas gallegos— el que calla, calla.

Pero volvamos a los ejemplos. No recuerdo si calificaron de inmoral la mentira pero, por la utilización tan abundante de esta palabra, entiendo que no se piropeaban, sino que estaban aludiendo a una actitud inmoral. Ambos hablaron de humildad, que es una virtud seria. Hubo un momento interesante en el que uno calificó reiteradamente como inmoral la actitud de su contrincante. Recuerdo esto porque a veces se referían a leyes y, en otras ocasiones, a temas que no están recogidos en nuestro patrimonio legal. Lo digo, no porque yo piense que las leyes emanadas del poder constituido sean la única ni principal fuente de moralidad, sino a causa de que no son pocos los que confunden legalidad con moralidad, tal vez por ser imposible atribuir otra presunta ética a ciertas leyes relativas al matrimonio, la familia y la vida, que para muchos son ciertamente inmorales.

Pero, además, la mentira o el silencio, la proclamación de inmoralidad ante la afirmación de un modo de trato a las víctimas del terrorismo no son parte de ninguna ley y, sin embargo, las actitudes de fondo que encierran fueron tachadas de inmorales por ambos candidatos. Tampoco la humildad, aun siendo tan necesaria, está prevista en ningún código jurídico. ¿A qué moral se hacía, pues, referencia? La verdad es que no lo sé, pero me parece advertir que hay algo en el hombre que va más allá de las leyes, y que capta actuaciones como poco o nada éticas, incluso por personas cuya noción de la materia parece ser simplemente la legalidad vigente. Tal vez un sentimiento herido, la razón desmontada, quizá el deseo de vencer o, posiblemente, un afloramiento del fondo de la conciencia, ¿no están poniendo de relieve la existencia de una ley natural, impresa en nuestro corazón, que se resiste a morir?

Para no volvernos locos: ¿cómo se puede cohonestar el amor a la verdad, el deseo de humildad, una moral que se niega al presunto agresor —o el silencio de conveniencia—, etc. con las propias mentiras, el maltrecho derecho a la vida naciente, con la desnaturalización de la familia, la proclamación de esas libertades ampliadas o el silencio sobre las mismas? Quizá sería interesante bucear en dos ideas coincidentes. Me refiero, en primer lugar, al conocimiento serio del hombre y, consiguientemente, a sus leyes de funcionamiento. Eso es la ley natural, cuyo abatimiento pone en peligro la misma democracia por el deterioro de la verdad, del bien y de la libertad. Pueden ampliarse las libertades, pero también puede crecer el desmoronamiento de la persona. En segundo lugar, aludiré a que la ley es fruto del ejercicio de la razón y no sólo de una mayoría de voluntades. También enseña Aristóteles que lo propio de cada ser es lo que le corresponde por naturaleza, para concluir que, para el hombre, lo será la vida conforme a

la mente, si en verdad ese hombre es primariamente su mente. También se habló de guerras en los debates: ¿serían justas sólo por obtener un voto más en la ONU o en un parlamento? ¿Se convirtió en moral la guerra de Irak cuando, después de la invasión, hubo una resolución de Naciones Unidas? ¿Hay actualmente en curso alguna guerra justa?

Un gran desafío al que la humanidad se enfrenta hoy es la verdad del ser-hombre. El límite entre naturaleza, técnica y moral nos interpelan seriamente sobre lo que somos, lo que podemos hacer y lo que podemos ser. Como decía Pablo VI, la Iglesia mira hacia un humanismo pleno, a la liberación de lo que oprime al hombre, al desarrollo integral de todos y cada uno. Esto es ley natural impresa en el corazón de la persona, y sirve para que las leyes civiles, que pretenden regirnos, no nos desvirtúen, sino que sirvan a la excelencia moral de la que hablaba el filósofo casi cuatro siglos antes de Cristo. Sólo hay felicidad donde hay virtud y esfuerzo serio, dijo también Aristóteles.

ECOLOGÍA DEL HOMBRE

Nunca se ha hablado tanto de libertad como en estos tiempos nuestros. Y es que, a medida que van avanzando las democracias, el hombre es efectivamente más libre. Sin embargo, a casi todas las democracias actuales les han salido aporías, convertidas en rendijas por donde escapa esa libertad a chorros, contradicciones que los politólogos, los dedicados a los medios de comunicación, los teólogos, sociólogos y los intelectuales, en general, deberían estudiar a fondo. Porque usando mal la libertad, se está atacando al hombre mismo: ¿qué son el aborto, la investigación con embriones, la clonación, sino ataques a la persona humana más indefensa?

Ya escucho la respuesta: nadie está obligado a abortar —ojo, que en China ya ha sucedido—, ni a donar embriones para investigar, ni a clonarse. Eso —China aparte— es cierto, pero no es menos cierto que una ley que autorizase el robo, por poner un ejemplo tal vez burdo, tampoco obligaría, y nadie niega que fuera injusto por el daño producido a terceros. Sé que los ejemplos no son perfectos, pero sucedería así. ¿Y no se daña a terceros, y mucho más seriamente, con las prácticas contra la vida mencionadas anteriormente? Pero, además, es la sociedad misma quien se deteriora y se encallece. Sí, cualquier práctica contra la ecología del hombre perjudica a todos.

Afortunadamente, la ecología es algo que gana sensibilidad de modo progresivo: se protegen espacios naturales, se cuidan particularmente especies en riesgo de extinción, se curan cuidadosamente animales dañados. Todo eso es un bien. Y un cristiano ha de entenderlo con particular perspicacia, puesto que la naturaleza —con más o menos evolución— es obra de Dios. Incluso con una total evolución a partir del big bang, que encaja admirablemente con el poder de Dios, quien con un grandioso y admirable acto creador habría puesto en marcha todo el universo con sus leyes (digo así, porque otra evolución fruto del puro albur me parece que necesita más fe que la existencia de Dios), siempre afirmando su particular intervención en la creación del hombre.

Tiempos de ecología, excepto para la persona humana, que se mata en las guerras y en la paz, que se mutila, que practica la violencia doméstica, que llama muerte digna a la eutanasia y que, como un atroz parásito, destruye unos embriones para ver si se cura él. No se acepta la verdad del hombre y se auto-destruye, pero, en general, empezando por otros.

El ser humano, el único al que Dios ha querido por sí mismo —como afirmó el Concilio Vaticano II—, requiere más amor y respeto. Y nos queda mucho por avanzar en este sentido. Necesitamos una ecología integral para la persona humana. Esa ecología requiere racionalidad y coherencia. Si no se admite la tortura, no se admita para el no nacido; si no se admite el asesinato, no se admita la investigación con embriones; si todo ser tiene derecho a una familia, procúrese que sea la familia natural; si se castiga la violencia doméstica, no se consientan los niños de la guerra.

Mientras esto no vaya siendo así, muchos humanos podrán sentir la nostalgia de aquellos versos magistrales de *La vida es sueño*, que Calderón pone en boca de Segismundo: «Nace el ave, y, con las galas / que le dan belleza suma, / apenas es flor de pluma, / o ramillete con alas, / cuando las etéreas salas / corta con velocidad / negándose a la piedad / del nido que deja en calma; / ¿y teniendo yo más alma, / tengo menos libertad? / (...) / Nace el pez, que no respira, / aborto de ovas y lamas, / y apenas bajel de escamas / sobre las ondas se mira, / cuando a todas partes gira / midiendo la inmensidad / de tanta capacidad / como le da el centro frío; / ¿y yo, con más albedrío, / tengo menos libertad?». ».

PENSAR LA CRISIS

La situación económica que padecemos es tema permanente de conversación. A la vez, es una oportunidad para llevar nuestras reflexiones más allá del dinero porque posiblemente nos sucede «que no sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa», según decía Ortega. Me refiero a las causas que han motivado esta crisis como parte de otra más honda y global. ¿Sabemos qué nos pasa? ¿Podemos ver el fondo de lo que sucede? Parece un problema que viene de lejos y no resoluble sólo con medidas de índole económica por muy necesarias que sean. Dijo H. Ford que pensar es el trabajo más difícil y, tal vez por esta razón, hay pocas personas que lo practican. Además, se me ocurre que pensar exige humildad y es comprometido. Trataré de cooperar con alguna de las ideas desgranadas por Benedicto XVI en su encuentro con el mundo cultural francés. Haciendo historia de la aportación del monacato a la sabiduría, y hablando del canto de los monjes, recordó que San Bernardo de Claraval calificaba el canto mal interpretado como un precipitarse en la «zona de la desemejanza» (*regio dissimilitudinis*), utilizando para ello una tradición platónica que transmitió San Agustín.

El Papa toma el rico contenido de esta expresión para afirmar que el hombre, creado a semejanza de Dios, se hunde en la zona de la desemejanza cuando prescinde de Él,

haciéndose así desemejante, no sólo del Creador, sino también de sí mismo, del profundo ser hombre. Recordé el asunto de las raíces cristianas de Europa, también tratado por Benedicto XVI en su discurso ante el Presidente de la República Francesa. Esas raíces — que lo son de todo el mundo occidental y, de algún modo, de un espacio más amplio— no claman por un mero reconocimiento histórico, sino por algo de más calado, cuyo olvido o desprecio ha podido conducir a la triste realización de lo que escribió Quevedo: «Aquel que pierde la honra por el negocio, pierde el negocio y la honra».

Entiendo aquí la honra como algo más allá de la buena fama; pienso en nuestra esencia, de la que nos aparta esa *dissimilitudo*. Tanto nos ha distanciado que, sólo cuando se ha hecho presente en la economía, podríamos sentir la necesidad de repensarnos a nosotros mismos. Es la ocasión de valorar la causa originaria de nuestros errores, y retornar a nuestro lugar, el de la honra correcta. En un largo proceso, la humanidad ha ido cortando con Dios para erigir a los hombres en dioses de la propia existencia. En ese recorrido, el ser humano ha borrado la trascendencia, hasta aseverar que no es posible una democracia con Dios; que es insostenible una moral digna del hombre si se reconoce la existencia del Creador; que somos mera subjetividad o pura biología; que, mientras la exalta, niega la libertad y la correspondiente responsabilidad; que el universo al completo es fruto del azar —así nada nos liga a Dios—; que la única ética posible se marca por lo bien o mal visto, o por la mitad más uno de los votos... Así quedan justificados Hitler, Stalin y los que decidieron arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, entre otros muchos.

Ya veo la acusación de fundamentalismo sobre lo escrito. Pues no. Hemos de caminar según lo previsto por Dios, pero teniendo en cuenta aquello de San Pablo: «donde está el Espíritu, allí hay libertad»; «la letra mata, el Espíritu da la vida». Ambas realidades son un reto frente a la arbitrariedad subjetiva y el fanatismo fundamentalista. Esa tensión entre sujeción y libertad no es tal, porque el propio vínculo es libre y se vive con libertad interior. Además, no existe coacción para estar dentro de lo que Dios indica; incluso con Él, hay diversos modos de hacerlo. Por lo demás, la verdadera libertad es la del que, sin coacciones, se comporta como lo que es, y acaba amando, que es el modo más alto de asemejarse a Dios, porque Dios es Amor, como reitera San Juan. La crisis económica sólo es la manifestación más impresionante de muchos males anteriores que nos dejaron de impactar al compás de un «vale todo», que es falso. Pienso que sólo la vuelta a Dios permitirá que se vea al hombre. De otro modo, quizá haya mucha gente sumamente pobre porque sólo tendrá dinero. Tal vez, ni eso.

LA HUMANIDAD NECESITA A DIOS

Juan Pablo II invitaba «a meditar sobre un tema que está en el centro del anuncio cristiano, es decir, el gran amor que Dios trae a la humanidad». Enseguida, el anterior Pontífice se preguntaba: «¿El hombre de nuestro tiempo siente la necesidad de este anuncio?». Y habría que responder, como lo hacía el Papa, que a primera vista parece que no. Efectivamente, la nuestra es una sociedad que, en su afán de creerse adulta y autosuficiente, parece no necesitar de Dios, prescinde de Él con sobrada frecuencia y, en

muchas ocasiones, es el propio hombre quien se erige en autor de las leyes que guían su propia conducta y su destino.

Ahora bien, seguía diciendo el Santo Padre, si se ahonda un poco más, «cuando se observa de cerca la realidad de cada persona, obligada a hacer las cuentas con su propia fragilidad y su propia soledad, uno se da cuenta —más de lo que se puede imaginar— de que las almas están dominadas por la angustia, por la ansiedad del futuro, por el miedo a la enfermedad y a la muerte. Esto explica por qué tantos, buscando una salida, a veces toman atajos aberrantes como lo son, por ejemplo, el túnel de la droga o el de las supersticiones y los desconcertantes ritos de magia».

Un hombre sin Dios acaba por no saber dar razón de su propia existencia, pierde el horizonte de su libertad, que se vacía, y diluye con facilidad su vida en estos atajos aberrantes que nunca dan sentido a nada, sino que, a lo más, sirven para ocultar la realidad a unos ojos que no saben dónde mirar. La criatura sin el Creador carece de explicación; el redimido sin el Redentor busca otras liberaciones que, en el mejor de los casos, son percederas. Como escribió un santo de nuestro tiempo, el que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima (*La libertad, don de Dios*).

La razón y el fin de nuestra existencia están en Dios: es el amor de Dios lo único que acaba justificando una vida sobre la tierra. Por eso, cuando esa realidad se pierde, a poco que pensemos, todo acaba careciendo de sentido. En cambio, el conocimiento del amor que Dios nos tiene —lo que constituye la esencia de la revelación cristiana— da valor y orientación a lo grande y a lo pequeño de nuestra existencia, a las alegrías y sinsabores, al trabajo y al descanso. Saberse querido infinitamente por Dios sitúa las coordenadas de esta vida en su lugar adecuado y prepara para la vida eterna que hemos de ganar aquí abajo con la ayuda de ese Dios nuestro.

Todo esto no significa que el cristianismo ofrezca consuelos baratos, puesto que exige una fe auténtica y una moral rigurosa, exige coherencia con ese amor que Dios nos tiene. Pero es esa coherencia el único camino de la felicidad relativa de este mundo, la salvaguarda de nuestra felicidad y el sendero a una vida eterna también feliz. A nadie se le puede forzar a seguir esta ruta, pero pienso honradamente que, para no dar al traste con los muchos buenos logros de nuestro mundo, la humanidad necesita a Dios.

IV. ALGUNAS ACTITUDES HUMANIZADORAS

AMOR, EQUÍVOCOS, ÉXTASIS, DONACIÓN

Casi al inicio de su primera encíclica, Benedicto XVI constata que el término «amor» se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se ha abusado al darle acepciones completamente diferentes. El documento papal entra a fondo en el concepto, manifestando un gran dominio cultural, particularmente cuando maneja los términos *eros* y *agapé*, que sitúa en una óptica certera. No trato aquí de resumir la encíclica, sino de destacar algún aspecto.

El hombre es cuerpo y espíritu, pero es uno, y ama con esos dos componentes de su ser a la vez, también cuando parece que el *eros* queda apartado por la continencia, porque es mucho más que sexo. Si el *eros* se degrada «a puro «sexo» —dice el Papa—, se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar o vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía». Eros no siempre conlleva sexo, supone una elevación tan grande en el amor bíblico que así califica Benedicto XVI al amor de Dios por los hombres. No obstante, es también *agapé*. El amor humano es de alguna manera éxtasis —*eros*, con o sin vida sexual— y oblación —*agapé*— en cualquiera de sus posibilidades. La fascinación por la promesa de la felicidad al aproximarse a la otra persona, pasa al olvido de sí mismo para buscar la felicidad del otro. Y viene la entrega, la abnegación, el sacrificio, aunque, afirma al Papa, el hombre no puede vivir sólo de darse, también ha de recibir. Por supuesto que también sucede así con el amor a Dios, que da siempre infinitamente más.

Pero el amor es frágil cuando alguno de estos elementos se hace egoísmo: no hay sublimación verdadera ni tampoco donación. Por eso perecen muchos matrimonios, cesan amistades o se enturbia el cariño en las familias. En la segunda parte de la encíclica, cuando el Papa escribe sobre el ejercicio de la caridad en la Iglesia, dice que el amor es gratuito, no se practica para obtener otros objetivos. El cristiano ha de ejercitar su amor con los necesitados sin hacerlo instrumento de nada. Tienen aquí su aplicación las conocidas palabras de San Bernardo: *amo quia amo*, amo por amar. Aunque ese mismo amor debe captar que, frecuentemente, la falta de Dios es la carencia fundamental de muchas personas y la causa de muchos sufrimientos. Por eso, afirma el Papa, quien ejercita la acción caritativa —que no es de unos céntimos o ropa vieja— ha de saber cuándo conviene hablar de Dios o callar sobre Él.

Pero volvamos al amor que languidece o muere por egoísmo. Si nos referimos al matrimonio, se lee en la encíclica que a la imagen del Dios monoteísta corresponde al matrimonio monógamo entre hombre y mujer, y que el matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se hace medida del amor humano. Esta fuerza del amor matrimonial lo torna irrompible si el uno vive para el otro, si hay generosidad, comprensión, disculpa, ayuda, lealtad, fidelidad. Si no es así, se diluye; y ese paradigma del amor, que es el vivido entre los esposos, se transforma en modelo del desamor. Tal vez por no entender esto: «El amor es sacrificio; y el sacrificio, por amor, goce» (*Forja*).

Muchas cosas podrían decirse del amor de amistad. Tomo algunas del fundador del Opus Dei en *Surco*: ahondamos en la amistad cuando sabemos que los demás son hijos de Dios y que Jesús mandó amarnos los unos a los otros; comprendemos mejor su calado si nos sentimos responsables de nuestros amigos y les ayudamos con el ejemplo, la palabra y las obras; si hacemos con los demás lo mejor que hemos visto hacer con nosotros a padres y maestros; si enseñamos sin reservas lo que por profesión nos corresponde, amaremos más a los que están cerca; más que lamentarnos del estado de nadie, hay que mostrarle el camino que desande el mal recorrido; es impropio del amigo, del hermano, conservar una «lista de agravios»; no basta ser sacrificados en muchos detalles, si continuamos apegados a nuestro yo; no es suficiente no hablar mal de nadie, es necesario servir a todos; nunca es buena tarea ser cicatero; debemos ser leales para hablar con cariño, cara a cara, aquello que unos y otros hemos de corregir; no es compatible amar a Dios con un trato egoísta al prójimo; la amistad verdadera supone el esfuerzo cordial de comprender las convicciones de los amigos; es propio del amigo adecuarse a las necesidades de los demás y no al revés; es una verdadera «revolución» hablar y vivir la nobleza, la honradez, la lealtad, la generosidad... con los otros; desdice de la amistad destacar los defectos ajenos en lugar de quitar los propios, etc. No es un código, ni es exhaustivo, pero puede hacer pensar y rectificar.

Un detalle de la parte segunda de la encíclica, que versa sobre el ejercicio de la caridad en la Iglesia, concebida como una «comunidad de amor»: la alusión que se hace al Estado, instándole a ser subsidiario y deje en libertad a las personas, las entidades y la Iglesia para ejercer en todas sus dimensiones esta caridad con el necesitado. «El Estado que quiere promover todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido —cualquier ser humano— necesita: una entrañable atención personal». Incluso ese Estado sería al final menos querido por mermar la libertad de la persona para ejercer el amor.

Deseo finalizar evocando el magnífico himno al amor, a la caridad, que San Pablo escribe en su primera Carta a los Corintios. Sólo transcribo un párrafo demostrativo de que amar es mucho más que dar: «aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía». Un hombre amador y sufrido, San Juan de la Cruz, escribió: «Al atardecer, te examinarán en el amor».

Vivimos en un momento en el que los verbos que dan título a estas líneas postularían una particular vigencia. Se habla por todas partes de crispación de la vida política y social, se escribe sobre el desengaño de muchos ante actitudes de pelea o revancha que no conducen a ninguna parte, se escucha por aquí el coro de los lamentos y por allá el de la respuesta airada. Y necesitamos un poco —o mucho— de calma, de paz, de sosiego, de templanza en el uso de la palabra y de respeto de todos para todos. Eso es lo que, a mi modo de ver encierran esos verbos arriba citados, que oí repetir y vivir, hasta el heroísmo, a un hombre que no fue comprendido por algunas gentes aun después de su muerte. Ya saben los lectores que me refiero a San Josemaría Escrivá. Él mismo lo afirmaba en una de sus homilias publicadas: «No os escondo que yo he aprendido, en mi propia carne, lo que cuesta el no ser comprendido», dice después de indicar que la caridad, el cariño auténtico, más que en dar, está en comprender. No voy a entrar ahora en las complejas circunstancias históricas que provocaron esa situación, pero sí me parecen muy aprovechables, algunas de sus ideas, hoy tan necesarias, que él se esforzó por encarnar y difundir —no sé con qué éxito en mi caso— a los cuatro vientos.

Se refería a la necesidad de vivir un catolicismo abierto, defensor de la legítima libertad de las conciencias, que lleva a tratar a todos los hombres sin construir barreras con su credo religioso; a colaborar con todos, participando de las diversas ilusiones nobles que mueven a la humanidad. No se trata de renunciar a la propia fe, sino de afirmar que se puede y se debe convivir y colaborar con los que piensan de modo diverso, a fin de hacer un mundo más habitable. Con mayor motivo aún se han de comprender las distintas opciones políticas, que buscan legítimamente mantener el poder o conquistarlo, sin necesidad de convertir al país en un campo de batalla. No apunto a nadie. Me incluyo a mí mismo y a cuantos quieran honestamente mejorar la convivencia entre personas que opinan o creen de modo diverso, aun radicalmente diverso, mientras respeten a los demás.

Ante una pregunta sobre las desavenencias familiares que pueden originar esos pensamientos divergentes u opuestos, contesta: «Mi respuesta no puede ser más que una: convivir, comprender, disculpar». Se trata de una entrevista realizada hace cuarenta años —recogida en el libro *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*— y la solución sigue siendo actualísima: el hecho de que yo piense de distinta manera que otro no justifica una actitud de enemistad personal, ni siquiera de frialdad o indiferencia. Porque para que exista firmeza en la oferta de las propias convicciones —se podría añadir— no se hacen necesarios la descalificación, ni el insulto, ni siquiera la indiferencia.

No obstante, como somos limitados y, en ocasiones, las palabras o la pluma corren más que la mente sensata, se precisan el perdón y la disculpa, porque es humano equivocarse y es aún más humano solicitar disculpas o perdonar. Sólo el hombre —además de Dios— es capaz de esa actitud y, por el contrario, desdice de nuestra condición no pedir u otorgar el perdón. Sí, eso es muchísimo más humano que buscar una batería de partido, de asociación, de medios de comunicación o cualquier otro

sistema que aumente la gresca o la desunión. «Cuando te hablo de «buen ejemplo», quiero indicarte también que has de comprender y disculpar, que has de llenar el mundo de paz y de amor», se afirma en Forja, después de animar a que ese amor cubra la multitud de las deficiencias de las miserias humanas.

Es obvio que no trato de facilitar armas para mirar y acusar al del costado, al de enfrente, al de la izquierda, o la derecha. Si de verdad deseamos vivir en concordia, ha de examinarse cada uno a sí mismo y cambiar; porque todos hemos de evolucionar a mejor. Quizá nos ayudan estas otras palabras tomadas también de *Forja*: «Mira tu conducta con detenimiento. Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que te rodean». Todas estas expresiones están escritas en clave cristiana, pero las he ido seleccionando de modo que sirvan a todos, también a los que no creen; entre otras razones, porque la fe nunca destruye los buenos sentimientos del hombre, ni su mente, ni su conducta ciudadana. Si hacemos un poco de examen desde la razón, desde el buen corazón, veremos que todos hemos de corregir actitudes, palabras o hechos que llevan a una cierta violencia, no apta para vencer ni para convencer. Y, mucho menos, para convivir. No, el «y tú más» no resuelve nada, sino que agria, cuando no emponzoña, la relación entre personas o sociedades.

Se me puede argüir que hablo de Utopía, pero estoy pensando más bien en el empeño de todos por ser más humanos, por no hacer buena aquella terrible frase de que el hombre es lobo para el hombre —*homo homini lupus*—. El pluralismo político o religioso, la multiculturalidad, la democracia con variadas opciones no pueden ser ocasión de enfrentamiento, sino de respeto a la libertad y a las personas, de complementariedad, oportunidad de aprender y mejorar cada uno. Deberían ser una gran escuela para comprender, disculpar, perdonar y convivir.

AMAR CON EL TRABAJO

Existen ocasiones en las que una idea muy conocida golpea con fuerza nueva: es como una luz que se enciende, un nuevo mediterráneo descubierto. Algo así me ha sucedido mientras leía el libro *Eucaristía y vida cristiana*, de monseñor Echevarría. Refiriéndose a los momentos en que el hombre no acierta a percibir los valores espirituales de la tarea profesional, comenta: «de ahí se sigue que, con demasiada frecuencia, no se sepa amar con el trabajo, y que la labor brote mermada por un defecto fundamental». A continuación escribe unas palabras de San Josemaría que constituyen la fuente de esta afirmación: «El hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor» (*Es Cristo que pasa*).

Es obvio que esta maravillosa idea, unida a la creación y reavivada con la redención, no es conocida, participada ni vivida por muchos. Otros la realizan con poca consciencia. Basta pasar páginas de Internet para ver que, al hablar del trabajo, atraen más la atención otros problemas: técnicos, económicos, conflictos, paro, o una antropología en general pobre, casi limitada a las relaciones laborales, muy poco centrada en el crecimiento de la

persona, sin horizontes. Menos se dice aún del ejercicio de las virtudes en el trabajo y de su trascendencia y valor santificador.

En la Web de escritos del fundador del Opus Dei, la palabra «trabajo» aparece un número incontable de veces, cosa razonable porque el trabajo es el quicio sobre el que se apoya la santidad del cristiano según el espíritu de esta Prelatura de la Iglesia Católica. Sin embargo, da que pensar la realidad de su influencia aún pequeña en el conjunto del cuerpo social. Las razones pueden ser múltiples, pero la evidencia es que resta mucho por hacer hasta valorar adecuadamente la tarea profesional, tanto desde el punto de vista humano como mirando a la trascendencia. Y esa frecuente merma sucede después del Concilio Vaticano II, que revalidó esta doctrina en diversos momentos y de variadas formas.

Amar el trabajo es algo de tanto calado, es de tal densidad, que contiene una enorme fuerza transformadora para la sociedad. Si se sustituye el puro economicismo, la competitividad desmesurada, la infravaloración de determinadas profesiones, la desconsideración del trabajador, etc., por el amor en la tarea, el mundo cambiaría notablemente. Toda una asignatura pendiente para agentes de pastoral, educadores, empresarios, políticos y, en general, para cualquiera que realice una labor en el inmenso panorama laboral. Se puede hablar de una vocación humana al trabajo: el Génesis dice que Dios creó al hombre para que trabajara. «Las tareas profesionales —también el trabajo del hogar es una profesión de primer orden— son testimonio de la dignidad de la criatura humana; ocasión de desarrollo de la propia personalidad; vínculo de unión con los demás; fuente de recursos; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que vivimos, y de fomentar el progreso de la humanidad entera...» (*Forja*). Además, a los cristianos les da ocasión de actuar como auténticos testigos de Cristo que, siendo un trabajador, dotó a todas las actividades humanas con la capacidad de reflejar un algo divino, de ser santificadoras de uno mismo y de los otros. Así, la categoría de un empleo no la otorga su relevancia social sino el empeño por realizarlo bien y en servicio de Dios y del prójimo.

El progreso, el desarrollo de los medios que permiten el avance de la ciencia, de la técnica, de la dignidad de las mujeres y hombres en el trabajo, es motivo de gran alegría. También la ética profesional es siempre vía de adelanto y de riqueza pues, si falta, el presunto avance se vuelve contra el hombre, es retroceso de su misma esencia; entre otras razones, porque, como se decía en la encíclica *Laborem exercens*, la finalidad principal del trabajo no se mide por el producto del mismo, sino porque edifica al sujeto que lo realiza. Visto así, ni el trabajo ni sus exigencias éticas son una carga soportada de mala gana, sino tarea que engrandece a la persona, la hace colaboradora de Dios y garantía de impulso social.

Amar con el trabajo es fomentar la humildad frente al orgullo en la labor realizada, el espíritu de servicio frente a la prepotencia, la tarea bien hecha frente a la chapuza, la constancia frente al destello artificial, el trato amable frente al mal genio, la profundidad frente a la ligereza, la cordialidad frente a la relación fría, la laboriosidad frente a la pereza, la lealtad frente al chalaneo, la equidad frente a la injusticia, la templanza frente

al despilfarro, la sinceridad frente a la mentira, la diligencia frente al retraso y la desidia, la creatividad frente a la rutina, el pensamiento frente a la irracionalidad, el buen gusto frente a la chabacanería... «Es toda una trama de virtudes la que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo» (*Amigos de Dios*).

Si la única medida del amor es amar sin medida, con toda seguridad, amar con el trabajo tampoco tiene tope, lo que no significa el exceso laboral lesivo de otras obligaciones, como la familia, la práctica religiosa, el descanso necesario, etc. Es preciso trabajar mucho y bien para servir mucho y bien, pero sin el abuso —promovido por sí mismo o por otros—, que ya no sería amar con el trabajo sino trepar, encumbrarse o explotar a los demás, lo que no es precisamente amor.

TRABAJO Y VOCACIÓN A SER PERSONA

Durante la Semana Santa de 1995, dirigiéndose a los participantes del congreso UNIV y aludiendo a las enseñanzas de San Josemaría Escrivá de Balaguer, decía Juan Pablo II: «El trabajo tiende a la realización en nosotros de la vocación a ser persona. Así aparece como soporte de la lucha por la santidad».

En esa breve frase se contienen muchas realidades capitales para todo hombre y mujer que ejercite cualquier trabajo honesto. Esbochemos algunas de ellas. Ser persona en plenitud es la tarea que todo ser humano tiene por delante. Realizarla cabalmente ha de ser la aspiración de todos y lleva a la felicidad. Por el contrario, cuando no se desarrolla con normalidad, cuando se hace defectuosamente, es fuente de muchas frustraciones, quizá de padecimientos psicológicos y de no se sabe cuántas desventuras.

Pero, ¿qué es ser persona? El Papa ha hablado en repetidas ocasiones de la importancia del ser, mucho mayor que la del tener. Ser persona no es simplemente tener cosas; es ser cada día un poco más mujer, más hombre, con lo que eso implica de desarrollo de virtudes, potencialidades y valores. Es posibilidad de desplegar el intelecto, la voluntad y la afectividad. Es ser cada día más noble, más laborioso, más sincero, más generoso, más valiente, más audaz, más justo y todo un largo etcétera de virtudes que le hacen un ser más humano.

Pues bien, el trabajo ha de colaborar no sólo a percibir un sueldo justo capaz de sostener una familia, sino que ha de ser el ámbito en el que se desarrolle nuestra vocación a ser persona. Debe ser un eje de la vida humana en torno al que se articule una buena parte de lo que hemos de ser. También por esta causa es importante luchar contra el paro, contra los contratos-basura, contra la inseguridad laboral y contra cuantas condiciones hacen del trabajo un lugar más

o menos pasable del que hay que salir cuanto antes. Dicho en positivo: ¿Vemos en las diversas situaciones laborales la necesidad de crearlas de tal manera que hagan al hombre más hombre? ¿Es ésta una preocupación de empresarios y trabajadores? ¿Nos damos cuenta de que una fábrica, un taller, un quirófano, una oficina, la agricultura, el hogar han de ser escuelas de virtudes y lugares para la búsqueda de los valores?

Entiendo con esta palabra lo mismo que los clásicos griegos: virtudes, hábitos operativos estables que inclinan al bien.

Pero para un cristiano esas perspectivas aún se alargan más, porque el trabajo «aparece como soporte de la lucha por la santidad». En una memorable homilía que el fundador del Opus Dei pronunciaba en 1967, ante miles de personas, decía estas palabras: «allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres».

Ser persona es también apertura: comunión con Dios y con todos los seres humanos. Por eso diré, para terminar, que el trabajo es también el ámbito en el que, abriéndonos a todos, busquemos que estas perspectivas se hagan realidad para todos.

SENSATEZ

Tal vez en este país nuestro hay demasiada acidez y confrontación, sobre todo en la vida política, pero también en otros ámbitos: piénsese en el familiar, por ejemplo. Se habla mucho de paz —no me refiero solamente al tema del terrorismo, aunque también—, y no hay paz. La sociedad vive demasiado alterada por el ruido, la agresividad o la coacción de unos y otros, por la falta de reflexión y sensatez. También existen insensibles a los que parece no importar mucho lo que sucede. No sé si es mejor o peor. Será bueno si se trata de personas pacíficas que no echan leña al fuego; no será tan bueno si son de aquellos que les da igual ocho que ochenta. La Real Academia de la Lengua llama sensato al prudente, al cuerdo, al hombre de buen juicio. Necesitamos personas con ese talante: deseosas de gobernar, o de hacer oposición, sin mirar las encuestas o las modas, sino al bien común.

En su *Ética a Nicómaco*, Aristóteles habla largamente de la razón práctica para referirse a su empleo como reguladora de la conducta humana. Dice Ricardo Yepes que no ha de confundirse la razón teórica, que construye la ciencia, con el conocimiento práctico que rige la conducta. Para ser sensatos en el buen uso de la libertad, hay varios elementos a considerar: antes que nada, el fin que, como decía Tomás de Aquino, es lo primero en la intención y lo último en la ejecución. Es el motor de arranque del actuar. Ahí tenemos un primordial punto de examen: ¿qué mueve mi acción? ¿Es limpio el político, el artista, el sociólogo, el empresario, el hombre de Iglesia, etc. al explicar los fines que lo mueven? Me temo que si el resultado es la vulneración de leyes justas, la búsqueda de sostenimiento en el poder o la descalificación del adversario, algo falla en el fin, en la raíz.

Un segundo elemento importante es la prudencia, que estudia los medios en orden al fin, delibera, busca el consejo del sabio, decide lo que hay que hacer y lo ejecuta pensando en el buen gobierno de todos los afectados. Se es prudente —afirma también Yepes— si se capta lo que es bueno para el hombre, si una acción concreta favorece o

perjudica el bien natural de la persona, si se valoran todas las circunstancias. La decisión inclinará a la elección de los medios, y la ejecución a ponerlos por obra. Pero aún quedan para después los análisis de resultados y las correcciones oportunas, vistos los efectos y sus consecuencias. Hay mucho para pensar en este condensado de prudencia. Quizá ayude este texto: «Si eres sensato, humilde, habrás observado que nunca se acaba de aprender... Sucede lo mismo en la vida; aun los más doctos tienen algo que aprender, hasta el fin de su vida; si no, dejan de ser doctos» (*Surco*). ¿Seremos capaces los españoles de aprender esa sensatez que exige tanto desprendimiento del dinero, del poder, de nosotros mismos? Aprender significa mirar serenamente a todos; escuchar con deseo de lograr nuevos conocimientos y experiencias sin pensarse autosuficiente; aprender exige coherencia y rectificar cuando es preciso sin que suponga desdoro alguno; aprender, sobre todo, es tratar generosamente a cuantos dependen de nuestras decisiones.

«El sabio de corazón será llamado prudente», se lee en el libro de los Proverbios. Es claro que el valor más alto es el amor, pero la falta de sabiduría del corazón puede malograr el amor entre las personas y las sociedades. Refiriéndose a la vida cristiana, predicaba Agustín de Hipona: «¿Pretendes inclinar el corazón de Dios, que es siempre recto, para que se acomode a la perversidad del tuyo?». Puede suceder también con la pretensión de someter leyes, costumbres o religiones legítimas a la propia ideología personal, sin considerar el bien de todos, el respeto a las conciencias o, sencillamente, a la verdad. Quizá valga la pena insistir en que la ley humana pertenece a la razón; como decía el Aquinate, «es cierta medida y regla de los actos, según la cual alguien es inducido a actuar o retraerse de actuar: la ley viene de ligar (ligando), porque obliga (obliga) a actuar. Pero la regla y medida de los actos humanos es la razón que es el principio de ellos: es propio de la razón ordenar al fin, que es el primer principio de las acciones». Se podría demandar a los gobiernos, a los parlamentos, a los que ocupan la oposición, a los ciudadanos que votan, si la recta razón es su arma para la cosa pública. Se podría preguntar lo mismo al padre de familia o al empresario en sus propias responsabilidades.

La prudencia, el buen juicio, la sensatez nada tienen que ver con la perversidad a la que se referían las citadas palabras de San Agustín, ni con la hipocresía que presenta el veneno como un dulce, ni con la actitud del avieso que opera fuera de la regla del sentido común y de la referida razón práctica. Pienso que falta ese conocimiento práctico cuando se valora más una foca que la fidelidad conyugal; cuando es noticia universal la crucecita en el cuello de una azafata mientras se matan en el seno de sus madres a miles de seres humanos que nunca serán noticia; cuando se hace transferencia nuclear u otras investigaciones con embriones humanos, que aún no han curado nada, y, por ejemplo, es un problema la enseñanza de la religión en la escuela; cuando es grande la permisividad en campos que degradan a las personas que, a la vez y sin que se den mucha cuenta, pierden libertades capitales. O, como decía al principio, cuando se hace necesaria la violencia —también la verbal— para defender las propias opiniones. No escribo contra nadie. Son sólo unas reflexiones para invitar a la sensatez, a vivir la prudencia que «se manifiesta en el hábito que inclina a actuar bien: a clarificar el fin, a buscar los medios

más convenientes para alcanzarlo» (San Josemaría). Se trata, pues, de analizar bien los fines y medios propios y ajenos. Entonces, la sensatez produce paz.

¿TENGO ALGO QUE CAMBIAR?

No es infrecuente encontrar entrevistas a famosos asegurando no tener nada de lo que arrepentirse en su vida. No se sabe si son vidas ejemplares, ignorantes o con poco sentido de lo que es un error, porque no tengo la menor duda de que todos hacemos muchas cosas mal por las que pedir perdón a Dios —si se cree en Él—, a los demás o incluso a uno mismo porque nos perjudicamos con los propios desatinos.

Recuerdo esto pensando en la Semana Santa, que no es una simple tradición, ni un conjunto de desfiles profesionales con buena imagería, ni el redoble de tambores, ni siquiera el silencio. Algo de todo eso, y más, tiene esta particular semana en la que conmemoramos la pasión y muerte de Cristo. Pero pienso que su núcleo ha de consistir en revivir esos momentos en los que se consuma la vida de Jesús. Y, como ha escrito San Josemaría, «la entrega generosa de Cristo se enfrenta con el pecado, esa realidad dura de aceptar, pero innegable: el *mysterium iniquitatis*, la inexplicable maldad de la criatura que se alza, por soberbia, contra Dios».

Ese misterio de iniquidad —nuestros pecados— es redimido por el infinito amor de Dios. El Crucificado es la expresión más grande del amor de Dios por la humanidad. Lo dice la Escritura: tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo. Faltan las palabras adecuadas para manifestar ese amor del que da la vida por aquellos a quienes ha llamado amigos, a todos, también a los indiferentes, a los opuestos, a los que no se ven necesitados de perdón, a los que le niegan, a todos. Es tan capital el momento de la Cruz en la vida humana, que Cristo lo ha perpetuado en la Eucaristía. En la última cena, Jesús anticipa sacramentalmente la Cruz cuando cambia el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, entregados por todos. Con ese cambio de substancia —transubstanciación—, Jesús transforma en amor la violencia que le lleva a la Cruz: los pecados de la humanidad y las brutalidades de la pasión y muerte a punto de acontecer. Además, el mandato de repetir aquello en memoria suya, hace que cada Misa actualice ese único sacrificio, en el que todo lo nuestro adquiere valor.

El cuerpo de Jesús convertido en retablo de dolores —en expresión de un autor antiguo— se nos entrega en la Misa, en la Comunión. De su costado abierto por la lanzada manarán las fuentes de la salvación, los sacramentos. Surge una vida nueva de ese cuerpo entregado, en el que se cumple la profecía de Isaías: «despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante el que se oculta el rostro, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo, eran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz y, con sus heridas, hemos sido curados».

Excuso la extensión de la cita con el realismo inspirado por el mismo Dios,

muchísimos años antes de que la historia constataste lo previsto. Ante Jesús Crucificado, no podemos quedarnos con unas frases estereotipadas, ni en un mero recuerdo hecho tradición. Podemos ser indiferentes o decir —como me dicen a veces— que son cosas de curas. Dios respeta la libertad que Él mismo nos ha otorgado. Es una gran oportunidad de utilizarla para mirar al que traspasaron, con ánimo de cambiar, de ser mejores. La Semana Santa bien puede incluir el arrepentimiento vivido con una buena confesión sacramental y la participación emocionada y plena en la Eucaristía.

CONSTRUIR LA PAZ

Sé de muchas personas que rezan estos días por la paz rota —¡tanto tiempo ya!— en Oriente Medio, para que puedan evitarse los trallazos del terrorismo, para que no llegue la guerra a Irak y sea posible el desarme por procedimientos que eviten muertes. Muchos se han manifestado en diversas formas contra esa fractura de la tranquilidad del orden, que es como Tomás de Aquino define la paz, tranquilidad tan necesaria para que el hombre pueda encontrarse en armonía consigo mismo, con Dios y con los demás: tres aspectos de la paz que se concatenan entre sí, aunque quiera referirme ahora más expresamente a la serena convivencia entre hermanos.

Los acontecimientos que cito al principio me han llevado a leer, a pensar, a rezar. Entre los textos que he vuelto a ver, he encontrado uno que interpela fuertemente: «Por todos los caminos honestos de la tierra quiere el Señor a sus hijos, echando la semilla de la comprensión, del perdón, de la convivencia, de la caridad, de la paz.— Tú, ¿qué haces?» (*Forja*, n. 373).

No es mi cometido aportar soluciones políticas, policiales o militares, que eviten la destrucción y la muerte. Pero sí creo oportuno hacer de altavoz a ese «Tú, ¿qué haces?». Porque parados no podemos quedarnos en ningún sector social, ni desde la fe, que también puede campar en todos ellos. Nos lo pide la dignidad humana, me lo exige el ministerio sacerdotal, lo postula nuestra condición de hijos de Dios, de ese Dios que, como a la muerte de Abel, clama por la sangre inocente, del Dios del imperativo «No matarás», del Dios que es amor y perdón.

Esta sociedad nuestra —sus mujeres y sus hombres— debe estar dispuesta a hacer algo para restañar heridas, para evitar muertes, para edificar la comprensión y el perdón, para rehacer la convivencia cediendo en todo lo que se puede ceder; para huir del odio, para no caer ni siquiera en la agresión verbal, puesto que cualquier género de violencia no es adecuado ni para vencer ni para convencer. Debemos pacificar nuestras propias conciencias para edificar sólidamente y con altura de miras una paz verdadera. Paz para Irak, paz en Oriente Medio, paz en Euskadi y en el ancho mundo; pero también paz con el pariente enemistado, paz con el adversario político, decencia en las relaciones con los demás, erradicación de la violencia doméstica, olvido de odios y rencillas.

He vuelto a leer en la Constitución Conciliar *Gaudium et Spes* que la paz, «con toda exactitud y propiedad, se llama obra de la justicia». Si no se acepta el orden

legítimamente establecido, no puede haber paz. Si se vulneran las leyes justas de modo violento

o con engaños, si en vez de perseguir el bien común se busca egoístamente lo que no es justo, no puede haber paz. Es momento para la reflexión, para la oración y para la búsqueda denodada de todo lo que evite muerte y destrucción. Es preciso mirar con honradez en el hondón de la propia conciencia, para exigirse acciones que lleven a la concordia de todos.

Pero la sola justicia no basta; podría ser justicierismo si falta el amor. La citada constitución del Vaticano II añade: «la paz es también fruto del amor, el cual sobrepasa todo lo que la justicia puede realizar». La paz no se logra sin amor al prójimo, a su vida, a su fe; la paz es imposible si no existe el esfuerzo por asegurar el bien de las personas y la comunicación entre los hombres de sus riquezas intelectuales, espirituales o materiales. La paz necesita del amor a la verdad, pues no puede construirse falseando la historia, mintiendo sobre las personas o deformando sucesos.

Pienso —aunque todo esto sea necesariamente conciso— que estas actitudes están en manos de cualquier persona con buena voluntad, que empieza a construir la paz en sí mismo, en su entorno inmediato, y la va abriendo como en círculos concéntricos hasta llegar a la humanidad entera. Mientras, «el violento pierde siempre, aunque gane la primera batalla..., porque acaba rodeado de la soledad de su incompreensión» (*Surco*, n. 867).

SOLIDARIOS CON EL SUFRIMIENTO

Como dijo Tomás de Aquino, «los hombres somos víctimas de muchas deficiencias». En efecto, hay muchos seres humanos débiles, sin hogar, ni propiedad, ni trabajo, ni riqueza, ni salud; hay miserables en todas las más variadas formas; hay gentes carentes de capacidades psíquicas, jurídicas, económicas o culturales; existen los que sufren la soledad o el desamparo: ancianos achacosos a los que nadie cuida o niños no nacidos que son voluntariamente abortados; malviven niños maltratados, deficientes, oprimidos, gente prostituida contra su voluntad, víctimas de la violencia en todas sus formas. Son los hombres y mujeres dolientes (Cfr. Yepes Stork, *Fundamentos de Antropología*).

Frente al drama humano del sufrimiento —y más en estos días de Navidad—, tendríamos que sentirnos todos voluntarios, personas que, viviendo lo mejor de su condición humana, se abren al dolor ajeno en todas sus formas, tanto para tratar de evitarlo —cuando se puede— como para darle un sentido cuando es inevitable. El dolor no es algo abstracto, no es algo para teorizar, ese dolor no existe; lo que sí hay son personas dolientes, alguien que sufre por culpa de otros o sin culpa de nadie, pero lo real son las personas que padecen y que necesitan el consuelo y alivio en su desgracia. Algunos piensan que el dolor humano es sólo cosa de dinero y salud y le buscan exclusivamente soluciones tecnocráticas. No es que no haya que contar con ellas, claro

que sí, pero no podemos olvidar que «es el corazón humano donde nace y muere el sufrimiento, y que es ahí donde hay que curarlo» (Yepes). Existen muchas formas de dolor que no son curadas ni paliadas por la medicina o el dinero.

Lo primero que hay que mirar es que buena parte de las penas que muchos padecen son causadas por otros seres humanos: hay auténticas y gigantescas estructuras de dolor que son fruto de otras tantas estructuras de pecado hechas por personas concretas que con sus injusticias, faltas de caridad, mentiras, fanatismos, etc. hieren de las formas más diversas a sus congéneres. Por otra parte, hay que abrirse al que sufre, aceptarlo, respetarlo y cuidarlo. El hombre es un ser capaz de cuidar, es decir, puede dirigirse a los demás con respeto y amarlos. Además, la persona que padece es, quizá más que nadie, un ser abierto a los otros, a una sonrisa, a un rato de compañía, a una ayuda material, a un acto de desagravio, a una palabra amable y atinada que da sentido a su dolor, para hacer ver al que sufre que su existencia no es estéril ni inútil. Es necesario abandonar el propio interés para hacerse con el de la persona dolorida: una vez aprendí que ser misericordioso es saber cargar en el propio corazón con la miseria ajena, de cualquier tipo que sea.

En la Carta Apostólica *Salvifici doloris*, ha escrito Juan Pablo II que «la parábola del buen Samaritano pertenece al Evangelio del sufrimiento» y, más adelante, añade que «el buen Samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Éstas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido. Por consiguiente, es en definitiva buen Samaritano el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea». Buen Samaritano es el que da el propio «yo», abriendo ese «yo» al otro. «El mundo del sufrimiento —insiste el Papa— invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano».

Qué amplio y qué variado puede ser en nuestro tiempo el ejercicio del Samaritano bueno: desde la participación en acciones que exigen una gran movilización de recursos humanos o económicos —sigo pensando en esas masas dolientes de los grandes lagos africanos— al perdón familiar que restaura la paz herida en un ser querido; desde el problema cercano de una persona sola, a la que podemos dar un poco de cariño, hasta la participación en programas contra la droga o la xenofobia; desde una acción pro-vida hasta la adopción de un niño. Y, tal vez, tantas acciones más sencillas aún en la propia familia, en la propia ciudad, en nuestro entorno más inmediato. Ahora, Dios, que se hace hombre para redimir todas las miserias humanas, nos lo recuerda una vez más. Y, puesto que hablamos de un misterio —el del dolor—, también nos recuerda con palabras del Concilio Vaticano II que «en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su Amor, manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (*Gaudium et Spes*, n.22).

Recientemente, tuve ocasión de conversar con un ingeniero francés que lleva veinte años en el Congo. Buena parte del tiempo dedicado a su nuevo país ha sido para promover estructuras de desarrollo. Actualmente trabaja en la ampliación de un hospital —Monkole es su nombre— que lleva bastantes años prestando un servicio social de mucho calado. Pero comentamos largamente otros problemas del país y de África en general. Por ejemplo, el citado centro de salud es el único de esa nación que da sábanas y comidas: el resto, no. Tampoco los públicos. Hablamos del hambre, de la mortalidad infantil, de la guerra, de la distancia cada vez mayor entre el confort europeo y la miseria africana, de corrupción...

Ese enorme problema que se llama África —rico por otra parte en recursos naturales— se actualizó fuertemente en mi cabeza, me trajo muchas ideas más o menos antiguas y removió mis deseos de hacer algo, aunque yo pueda poco. Pensando en ese ciudadano francés, que se ha hecho congoleño, y en tantos otros héroes anónimos que dan su vida por los demás, recordé estas palabras de San Josemaría: «Yo he visto con gozo a muchas almas que se han jugado la vida —como Tú, Señor, *usque ad mortem*—, al cumplir lo que la voluntad de Dios les pedía: han dedicado sus afanes y su trabajo profesional al servicio de la Iglesia, por el bien de todos los hombres». Son gentes que se han lanzado a vivir la justicia y la caridad —que es más, aunque algunos piensen otra cosa—, sirviendo a los demás mientras tratan de olvidarse de sí mismos. Y tal vez, hasta son víctimas de la sospecha en su actuación desinteresada y leal.

En su encíclica sobre el amor cristiano, recuerda Benedicto XVI a los primeros seguidores de Jesús que, teniendo un solo corazón y una sola alma, repartían entre todos lo que cada uno poseía. Comenta inmediatamente que la extensión de la Iglesia hizo imposible vivir a la letra aquel género de desprendimiento. Sin embargo, añade: «Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa». En una homilía de 1967 el fundador del Opus Dei prorrumpía en un lamento y proponía una solución: «Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística. Comprendo y comparto esa impaciencia (la de los que viven el problema con angustia), que me impulsa a mirar a Cristo, que continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor».

Cierto que existen muchas iniciativas de mujeres y hombres buenos que, desde organizaciones de tipos diversos, queman sus vidas por vivir ese mandato, pero es obvio que no es suficiente. Es preciso trabajar más, dar más en tiempo y en dinero. Para que no mueran más niños por desnutrición, para que se curen allí enfermedades que aquí no existen o carecen de importancia, para que el norte opulento cure su dolencia de consumismo e insensibilidad, para que los estados del bienestar piensen mucho más en aquellos cuya condición de vida es el malestar, para que toda mujer y todo hombre que viene a este mundo tenga una existencia mínimamente digna. Aquí es grande el papel de la Iglesia con sus variadas instituciones, porque, como ha recordado el Papa, ningún

orden estatal, por justo que sea, hace superfluo el servicio del amor; quien se desentiende del amor se desentiende del hombre mismo, que no ha nacido para una justicia seca de cariño. Y esto sirve para África, para nuestros inmigrantes y para tantas zonas marginadas de los países ricos. En realidad, aunque en maneras distintas, lo necesitamos todos.

Hay una palabra en swahili que viene a significar «trabajar juntos», algo así como «todos a una». Esa palabra es *Harambee*. Con ese nombre se inició en 2002 un movimiento a favor de África motivado por la canonización de San Josemaría. Esa realidad sigue viva y son diversas las instituciones que gestionan los fondos procedentes de todo el mundo. Hay muchas iniciativas semejantes promovidas por la Iglesia. Es preciso trabajar junto a ellos, participar en los modos que nos resulten posibles, sentir interpelada nuestra comodidad o nuestro deseo de tener, volver a los orígenes de la fe cuando «los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno», como narran los Hechos de los Apóstoles.

Me he referido antes a la necesidad de adecuarlo al tiempo presente pero, como dice Benedicto XVI, «no se puede promover la humanización del mundo renunciando, por el momento, a comportarse de manera humana». Es una exigencia —también necesidad— para todos, pero particularmente para los cristianos, que han de vivir el servicio de la Caridad porque lo necesitan, como necesitan también la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra (Cfr. *Deus Caritas est*).

INCONFORMISTAS, REBELDES, ALTERNATIVOS

Es natural, y no poco frecuente, encontrarse con bastantes personas, especialmente jóvenes, que se colocarían entre los acogidos por el título de este artículo. Yo mismo me sitúo muchas veces en esos tres capítulos, ante un mundo y una sociedad que amo, pero que no me gustan en demasiadas ocasiones. Desde luego, la simple protesta o la denuncia no arreglan mucho, aunque cumplen un servicio. Pero tal vez podamos aportar algo que solucione los males que nos rodean, ocasionados por nosotros o por otros. Para ello, hemos de convencernos de que existen alternativas a esta civilización que se derrumba. Basta examinarnos personalmente, hacerlo con nuestros dirigentes políticos, el mundo del pensamiento, la investigación científica, etc., para observar que, junto a tantos aspectos positivos, hay un cierto hundimiento de valores profundos que desvirtúan la esencia del ser humano. Y si reflexionamos, seremos conscientes de que este mundo necesita un gran cambio.

Tal vez parezca poco serio, pero voy a citar unas palabras de una canción que Gianni Morandi paseó hace unos años por el mundo: *Verás, el mundo cambiará, curará sus heridas porque el amor no puede morir... Verás, la noche acabará y el hombre se despertará con los ojos y el corazón de un niño que nunca puede traicionar*. Los músicos y los poetas, los artistas, saben extraer lo que anida en el corazón humano, sus

gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias —así comenzaba un documento del pasado concilio— y también sus miserias y grandezas, sus aciertos y errores, sus amores y sus desencuentros... Para los inconformistas y rebeldes hay otra alternativa diversa del seguimiento en manada, que nos imponen las modas en el vestir, hablar, pensar o sentir. En ocasiones, parecemos libres y nos falta un mínimo de reflexión para evitar el seguimiento acrítico de esas dictaduras. Pienso que la canción de Morandi invita a soñar eficazmente en ese amanecer de una nueva civilización en la que primen el amor, la verdad y la belleza que merecen realmente este nombre.

Hemos de cambiar y evitar que compren nuestro voto con una encuesta ajena a esos valores que hay en toda persona; hemos de buscar dirigentes con ideales —los que sean—, que quieran sacrificarse para que la sociedad no sea rebaño, sino el resultado armónico de la unión de personas cuya dignidad se respeta; necesitamos luchadores por la libertad que construye; precisamos de maestros que muestren la verdad, el bien y la belleza; hay que requerir a los sacerdotes para que lo sean al cien por cien y ofrezcan de veras las cosas de Dios; hacen falta pensadores e investigadores que no deterioren a la persona porque aman su naturaleza. «El mundo entero, todos los valores humanos que te atraen con una fuerza enorme —amistad, arte, ciencia, filosofía, teología, deporte, naturaleza, cultura, almas...—, todo eso deposítalo en la esperanza: en la esperanza de Cristo». Así escribe el fundador del Opus Dei en *Surco*. Bastantes podrán argüirme que no son cristianos, que no conocen a Cristo, tal vez, que no les interesa. Pues ahí está mi reto, en conocerlo para mejorar este mundo.

«Salvarán este mundo nuestro —permitid que lo recuerde—, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio» (San Josemaría). Es posible que algunos opinen que he dado gato por liebre con el título de estas líneas. Pienso honradamente que he hecho lo contrario. Son palabras para rebeldes, in-conformistas y alternativos. Basta probar.

V. RACIONALIDAD

INVITACIÓN A PENSAR

En las *Confesiones*, al narrar San Agustín su acercamiento a la fe católica, hace una referencia a las escuelas filosóficas que le habían decepcionado previamente. Dice de ellas que despreciaban la fe, prometían con temeraria arrogancia la ciencia, «y luego se obligaba a creer una infinidad de fábulas absurdísimas que no podían demostrar». Así en los siglos IV-V, y así ahora. La fe cristiana admite que hay cosas que no se pueden demostrar, lo que no significa que sean irracionales, sino que exceden la capacidad intelectual humana. Si sucediera de otro modo, los hombres seríamos dioses. Pero la fe no corta las alas a la razón, ni tampoco sucede lo contrario. Lo recordaba Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*. Basta traer aquí los títulos de los capítulos II y III: *credo ut intellegam* —creo para entender—, es decir la fe no interviene contra la razón; en todo caso, la orienta, la perfecciona, la purifica. *Intellego ut credam* —entiendo para creer—, que viene a significar que el recto uso de la razón no es contrario a la fe, sino que sitúa a las puertas de ella, y le presta su concurso para que se verifique aquello de S. Anselmo: *Fides quaerens intellectum* que, dentro de unos límites, la fe se entiende más con el servicio del intelecto. Eso es la teología.

Hoy día, como en los tiempos de Agustín de Hipona, se desprecia la fe, e igualmente la razón, de maneras diversas, pero también en nombre de un científicismo, en ocasiones acriticamente recibido y, a veces, en franca lucha contra el hombre; o en virtud de lo políticamente correcto; o tal vez a causa del pensamiento dominante, que es relativista, débil o nihilista; pensamiento aniquilador del hombre y su libertad, y también del sistema democrático aunque alegremente pensemos lo contrario.

Esa realidad lleva a situaciones que serían cómicas si no fuesen dramáticas. Vivimos en un momento de exaltación de la libertad —lo que, en principio, me resulta sumamente agradable— pero, a la par, asistimos a su debilitamiento porque se impone un pensamiento que impide su ejercicio en bastantes campos: se admite la burla de unas religiones, pero no de otras; puede ser expedientado un profesor si es acusado —con razón o sin ella— de homófobo, por ejemplo, o si sencillamente piensa «en católico» sobre determinados temas, cosa al parecer ilícita; no se permite difundir ciertos valores en la escuela —siempre en nombre de la libertad—, mientras se exaltan otros que para muchos son contravalores. Baste un ejemplo: resultaría peligroso en un centro estatal

hablar a los alumnos a favor de la vida y contra el aborto, mientras que sería bien visto si hace lo contrario o se explican con detenimiento los diversos modos de disfrutar del sexo.

He citado el relativismo y el pensamiento débil como corrientes que muchos viven, quizá sin saber que existen. Aquello del griego Heráclito —nada es, todo cambia— se ha instalado en muchas mentes. Y el cambio no es malo, más aún, frecuentemente es necesario. Pero si se pierde todo asidero firme, si no hay convicciones, la vida se vuelve superficial, incluso sin pretenderlo. Y los nuevos dogmas van prendiendo casi insensiblemente. Y sucede esto: «Mientras no luches contra la frivolidad, tu cabeza semejará al puesto de un chamarilero: no guardará más que utopías, ilusiones y... trastos viejos» (*Surco*). Sí, utopías e ilusiones sin hechos o con un mínimo calado, sin capacidad de ahondar ni en el propio ser ni en el de los demás, ni en el de Dios. Y trastos viejos, por ejemplo, el cuidado excesivo de la imagen, que acaba desvirtuando la realidad, a la que se coloca una careta y unos modos, que ocultan lo que hay detrás. O ideas «nuevas», como el laicismo de siglos pasados.

Los nuevos dogmas giran en torno al poder, al dinero, a la libertad sexual absoluta, a una democracia encorsetada, al consumismo, a un cuidado del cuerpo y de la salud que, siendo algo necesario, se lleva a límites de obsesión y miedo; a la exaltación de la ecología —algo muy bueno— pero, mientras, se desprecia la ecología de la mente, de la vida del feto, del embrión o del anciano. Hay como un culto a la ciencia experimental, tan importante, pero queda de lado el valor de la metafísica, de la teología, de lo no empírico. Se ha dejado la naturaleza, el hombre, la esencia de las cosas, la verdad. Y se van cambiando por modos ligeros de pensar y vivir. Basta escuchar algunas conversaciones u oír radio y ver televisión. Con mucha frecuencia, se vende vaciedad porque la vaciedad vende. Quizá por una razón muy sencilla: la superficialidad es cómoda, introduce vidas ficticias, no exige compromisos serios, no se gasta la libertad. Pero resulta lo contrario: se malgasta en banalidades que no construyen la persona, la esclavizan o la hacen incapaz de responsabilidades y lealtades firmes. Éstas hacen grande la libertad; lo otro la vuelve mezquina. Y muere también el amor, porque sin esa libertad grande —que exige entrega, sacrificio, reflexión, autocrítica, donación—, el cariño no llega muy lejos.

Los modelos que la sociedad imita —tomados del cine, medios de comunicación, triunfadores del dinero, la política o la canción— no suelen ayudar a profundizar en los temas importantes. Hay que buscar una educación optimista, positiva, que proponga modelos y valores que guíen el conocimiento hacia lo profundo, que muevan a una acción más esencialmente humana. «La superficialidad no es cristiana», dice un autor contemporáneo. Tampoco humana, según pienso. No construye bien la persona ni la sociedad, no pone cimientos, edifica sobre arena. Las palabras que siguen están escritas en clave cristiana, pero, al menos en parte, pueden hacernos pensar a todos y encarar la vida con optimismo: «Para amar de verdad es preciso ser fuerte, leal, con el corazón firmemente anclado en la fe, en la esperanza y en la caridad. Sólo la ligereza insubstancial cambia caprichosamente el objeto de sus amores, que no son amores sino

compensaciones egoístas. Cuando hay amor, hay entereza: capacidad de entrega, de sacrificio, de renuncia. Y, en medio de la entrega, del sacrificio y la renuncia, con el suplicio de la contradicción, la felicidad y la alegría. Una alegría que nada ni nadie podrá quitarnos» (San Josemaría).

LA RAZÓN ADORMECIDA

En la presentación de la encíclica *Evangelium Vitae*, el cardenal Ratzinger hizo una afirmación que tiene un particular interés; refiriéndose a los tres supuestos contra el quinto mandamiento que el Papa condena —homicidio, aborto y eutanasia—, dijo: «la ética de la fe y la ética de la razón coinciden aquí; la fe sólo despierta a la razón que está adormecida».

Al hacerse pública la Encíclica, se tildó al Papa de fundamentalista y se declaró que este documento no tiene nada que decir a un estado laico. Si damos por buenas las palabras de Ratzinger, estaríamos evidentemente ante un Estado con la razón adormecida o, sencillamente, ante un Estado al que no le importan los derechos de la razón. Y el caso es que no hay más remedio que decir que las palabras del Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe son plenamente válidas, aunque se demostraran solamente por reducción al absurdo. Hay una pregunta muy clara, que el Papa resuelve en la *Evangelium vitae*: ¿para ser ética, le basta a cualquier ley, que se apruebe en un parlamento, el número de votos legalmente necesarios? Si la respuesta es afirmativa, ya hemos moralizado el genocidio judío de los nazis, la esclavitud de los hombres y mujeres de color, y lo que queramos. Bastaría un número adecuado de votos.

Pero aún podríamos formular la pregunta de un modo más directo: ¿pueden los representantes del pueblo conculcar los derechos de la razón al legislar? Es cierto que la democracia es el sistema que garantiza la soberanía popular y, con ella, la libertad, el gran don de la libertad. Pero ¿puede ser llevada al paroxismo de primar el concurso de las voluntades por encima de lo que dicta la recta razón? Siempre se dijo que la ley humana era una ordenación de la razón al bien común y no una suma mayoritaria de voluntades. Por eso, es congruente que los sistemas democráticos establezcan cauces que impidan la sinrazón.

Quizá los que tildan de fundamentalista al Papa no se dan cuenta del grito de los no nacidos, que claman desde el confín de la eternidad contra el fundamentalismo atroz de quien les impone por la fuerza una ley que les hace imposible vivir. ¿Cabe más tiranía que ésta en el corazón del hombre? ¿Cabe una libertad más perversa e inicua? La libertad sin freno y sin referencias se convierte muy fácilmente en dictadura que, lejos de dignificar al hombre, lo degrada y lo humilla. Se habla del derecho de la madre a abortar, que es derecho a matar, sin considerar el derecho primario del feto a vivir. Para construir al hombre, la libertad siempre necesita el referente ético, la relación al bien que, en última instancia, la da Dios.

Hablando el Papa de la conexión del quinto mandamiento con los restantes y con Dios,

escribe en la encíclica: «Sólo si nos abrimos a la plenitud de la verdad sobre Dios, el hombre y la historia, la palabra no matarás volverá a brillar como un bien para el hombre en todas sus dimensiones y relaciones»

Es más que probable que quien decide saltar la barrera del no matarás ha franqueado antes otras barreras de la ley natural. No se trata ahora de juzgar a nadie, porque el que juzga es el Señor, pero cuando el hombre, cediendo una vez más a la tentación del seréis como dioses se sitúa en el puesto del Creador, es muy fácil que pierda el norte de lo que es natural, y use su libertad para el capricho, el egoísmo o el desamor. Para que eso no suceda, «la fe despierta la razón que está adormecida».

PENSAR CON EL BOE

Fahrenheit 451 es una novela de Ray Bradbury, que Truffaut llevó al cine en 1966. La novela retrata una sociedad futurista en la que se busca la felicidad personal a través de la ignorancia. Para obtener este fin, el cuerpo de bomberos se dedica a la quema de libros, evitando así todo pensamiento independiente. El título responde a la idea de que a esa temperatura arde el papel. Una predicción que se ha cumplido muchas veces en la historia, también en la actualidad cuando, por ejemplo, alguna entidad, cuya finalidad parece diversa a la de la presunta custodia de ciertas leyes, ha instado a la autoridad educativa para que retire un libro calificado como «auténtica barbaridad», «asocial y aberrante», etc. No se pueden permitir libros —han insistido— que van contra los valores democráticos. Aunque no me toca ahora defender el libro, sí diré que sus «contravalores» son no admitir el matrimonio homosexual, desautorizar las técnicas de reproducción humana asistida, comparar los muertos por aborto con los de las guerras del siglo XX, etc.

Lo preocupante es que el ejercicio de la libertad de pensamiento, opinión y expresión parezca antidemocrático y sea preciso pasarlo por los 451 grados Fahrenheit. La razón que aducen es la oposición del citado libro a las leyes educativas, por más que el derecho de los padres a educar a sus hijos según las propias convicciones esté consagrado en nuestra Constitución, así como la libertad de conciencia, pensamiento y expresión. Y, sobre todo, son derechos inherentes a la persona. Pero opinan que estas libertades sólo pueden ejercerse de acuerdo con el BOE. Dije que no me dedicaría a defender el libro. Lo pueden hacer sus autores, la editorial o los usuarios. Quiero defender la libertad ahogada por lo políticamente correcto o, si se prefiere así, por el modo de pensar oficial. Precisamente por eso, la libertad va mucho más lejos que el BOE. Así cabemos todos.

Cualquier cultura se vuelve estéril y se encamina a la decadencia cuando «se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre» (Juan Pablo II). Nadie ha de tener miedo a confrontar «su» verdad con lo que otros proponen. Además, es mal asunto el de las verdades oficiales en la vida civil. Eso es lo anticuado. Felizmente, hace tiempo que acabó el nacional-catolicismo, pero deseo evitar una existencia apesada y sumergida en

el nacional-laicismo demolidor de cualquier forma de pensamiento no encuadrado en sus parámetros. Creo que no sirve como argumento que el libro de marras se utilice en un centro público, concertado o no concertado. Del mismo modo que las autovías son usadas por gente de muy diversas ideologías, las autopistas de la educación han de poder ser transitadas igualmente por todos como exigencia de la libertad y de los impuestos, que no son propiedad del gobierno de turno, sino de todos por igual, piensen como piensen. Lo asombroso es que todo este tinglado ha venido montado por un sindicato que vive de nuestros impuestos. Y eso sí es indiscutible. ¿Por qué?

Nuestro tiempo está constatando el fracaso de una cultura —que se cree nueva y es vieja— de cuyos resultados nos quejamos, sin querer confrontar ese fiasco con sus raíces. Según la doctrina social de la Iglesia, algunas de ellas son: el extravío del horizonte metafísico; la pérdida de la nostalgia de Dios, disuelta en el egoísmo personal y en la sobreabundancia de medios propia de un estilo de vida consumista; el primado atribuido a la tecnología y a la investigación científica, tan valiosas, pero que no son un fin en sí mismas; la exaltación de la imagen y la apariencia; la desvirtuación de la naturaleza humana, etc. Frecuentemente, estos fenómenos no tienen como centro a la persona, su relación generosa con los demás y su interrogación continua acerca de las grandes cuestiones que connotan la existencia. El meollo de la cultura y la libertad es la verdad, y ésta no se impone si no es por su propia fuerza. Y como todo eso no está en el BOE, la persona y su libertad se minimizan y no se tiene presente que «la cultura —según afirmó Juan Pablo II en la UNESCO— es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, es más, accede más al ser». Hay otros modos de verlo, que yo respeto y no envío a los 451 grados Fahrenheit.

¿QUÉ ES ESO DEL RELATIVISMO?

En varios sitios de la red (por ejemplo, *almudi.org*) está un artículo del profesor Rodríguez Luño, interesantísimo para entender qué supone esta actitud mental respecto a la fe cristiana. Comenta el citado filósofo que cuando Benedicto XVI se ha referido al relativismo como un problema central, que la fe cristiana ha de afrontar, algunos medios de comunicación han interpretado sus palabras como referidas a la moral. Pero el problema es mucho más hondo: el Papa se refiere a la actitud con que la conciencia contemporánea —de creyentes y no creyentes— se enfrenta con la verdad.

No es lo mismo errar con respecto a la verdad que negar la posibilidad de su existencia o de su conocimiento. Una filosofía relativista apunta a que las realidades relacionadas con lo divino son inaccesibles. En todo caso, las diversas culturas y religiones serían distintos modos de aludir de modo imperfecto a realidades que no se pueden conocer. Luego, de manera más vital, se ridiculiza como fundamentalista —y, por tanto, como presunto secuestrador de libertades o provocador de luchas— al que afirma poseer una verdad. Este pensamiento se ha generado por algo, no es gratuito. Han existido guerras de religión; se han dado e impuesto por la fuerza grandes explicaciones cerradas del vivir

humano —el marxismo— que han fracasado estrepitosamente; el hecho del pluralismo cultural, religioso, político; la experiencia de que la aceptación de una verdad compromete seriamente, y prueba de ello es el relativismo que empuja a muchos que, llamándose cristianos, hacen una elección de «sus» verdades, una religión a la carta.

Es preciso aclarar que la fe cristiana no se opone a la convivencia ni al diálogo pacífico con nadie. No se puede encontrar en la Tradición ni en el Evangelio nada que lo avale. Otra cosa son los distintos momentos históricos y culturales que han provocado crisis de paz de diversa índole. De hecho, esas crisis puede engendrarlas cualquier idea que quiera imponer alguien con algún poder, también el mismo relativismo con esa afirmación de que lo más profundo de la vida humana es incognoscible.

Pero volviendo prácticamente al inicio, ¿por qué el Papa actual considera tan grave esa visión de la vida? Es sencillo: la fe cristiana —afirma el profesor citado— se mueve en el plano de la verdad, ése es su

espacio vital mínimo; la fe cristiana nos comunica la verdad sobre Dios y el hombre. Negar esa posibilidad es cerrarse a Cristo y a todo lo que el Verbo encarnado ha traído: la fuerza del Cristianismo, y el poder para configurar y sanar la vida personal y colectiva que ha demostrado a lo largo de la Historia, consiste en que implica una estrecha síntesis entre fe, razón y vida, en cuanto que la fe religiosa muestra a la conciencia personal que la razón verdadera es el amor y que el amor es la razón verdadera. Así sintetiza Rodríguez Luño, apretadamente, el pensamiento del que fue Cardenal Ratzinger, para concluir que esa síntesis se rompe si la razón es relativizada. ¿Es miedo a la verdad y al compromiso? ¿Es una forma de eludir los grandes interrogantes sobre la vida y la muerte? ¿Es la actitud honrada de un hombre sin fe, un demócrata que ve en el relativismo la única solución a la realidad poliédrica? ¿Es irreligiosidad o antirreligiosidad descaradas? ¿Es la paradoja de la Ilustración, que sitúa al hombre en el centro para empequeñecerlo después? Un conocidísimo político ha declarado —a propósito de una pregunta sobre sus creencias— que sólo cree en el hombre, que adora al hombre. Puede ser hasta un atractivo modo de hacernos sucumbir creyendo que somos respetados. Eso es poner al hombre en el centro de un cementerio.

Todo esto da para pensar mucho, para buscar coherencia en libertad. Seguramente encontremos algo iluminante en las siguientes ideas del Papa tomadas de dos discursos a la Curia Romana con la distancia de un año. Decía el 22 de diciembre de 2005: «Si la libertad de religión es considerada como expresión de la incapacidad del hombre para encontrar la verdad, y por tanto se convierte en canonización del relativismo, entonces se eleva impropriamente tal libertad desde el plano de la necesidad social e histórica hasta el nivel metafísico y se le priva de su auténtico sentido. La consecuencia es que no puede ser aceptada por quien cree que el hombre es capaz de conocer la verdad de Dios y está vinculado por ese conocimiento en virtud de la dignidad interior de la libertad. Algo completamente diferente es considerar la libertad de religión como una necesidad que deriva de la convivencia humana; más aún, como una consecuencia intrínseca de la verdad, que no puede ser impuesta desde el exterior, sino que tiene que ser asumida por

el hombre sólo mediante el proceso de la convicción. El Concilio Vaticano II, al reconocer y asumir con el Decreto sobre la libertad religiosa un principio esencial del Estado moderno, retomó el patrimonio más profundo de la Iglesia».

Y exactamente un año después, aseveraba que «la razón secularizada (sin Dios, relativista) no es capaz de entablar un diálogo verdadero con las religiones». En efecto, piensa en ellas como meros mitos y no se dialoga con los mitos. Por eso añadía que si la razón «se cierra a la cuestión de Dios, se acabará llegando al enfrentamiento de culturas».

En fin, el relativismo, al cerrarse a la verdad, se cierra a Dios. Como consecuencia, su orden ético se apoya en motivos prácticos: quiere permitir algo a quien lo desee, pensando así que amplía el campo de su libertad. Pero eso no hace sino proporcionar graves problemas antropológicos, de los que el profesor Rodríguez Luño cita sólo dos: predomina la función técnica de la inteligencia sobre la sapiencial, que es la que mira a entender el significado del mundo y de la vida humana. El segundo problema es que la falta de sensibilidad por la verdad lleva a la corrupción de la libertad, que se invoca en formas destructoras: libertad de abortar, de ser soez, de construir el matrimonio de espaldas a la naturaleza, libertad de molestar y no dar razón de las propias posiciones y, sobre todo, libertad de imponer una filosofía relativista, que será en realidad dictadura del relativismo.

DICTADURA DEL PENSAMIENTO ÚNICO

La libertad de pensamiento es algo sagrado. «La dignidad humana requiere —afirmó el último Concilio— que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa.» Es cierto que la Iglesia oferta la verdad revelada, pero no la impone y siempre está dispuesta a dialogar con todo tipo de formas de pensar. No sucede así con el pensamiento dominante en nuestra sociedad, que reclama absoluta sumisión, so pena de ser tildado de cavernícola, y rechaza, la mayoría de las veces sin estudio previo y con casi nulo diálogo, otras maneras de entender la realidad. Quienes pertenecen a una comunidad política, aun estando unidos orgánicamente entre sí como pueblo, conservan, sin embargo, una insuprimible autonomía en su existencia personal y en los fines que persiguen. Así se lee en el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia.

Lo que se viene denominando pensamiento único, aunque no lo sea totalmente, tiene unas características muy netas, que tratan de imponer desde la escuela a la legislación, pasando por el variado asociacionismo y otros campos. Esta mentalidad niega a Dios o no cuenta con Él, pero tiene sus dogmas, tanto que se erige en lugar del Creador. Reclama el relativismo y el laicismo como algo más que un libro de texto consubstancial con la democracia, pero acaban siendo una imposición antidemocrática. Una democracia sana requiere —entre otras cosas— una libertad real, gobierno de la mayoría, respeto a las instituciones y a las minorías. Partiendo de laicismo y relativismo, tiene unos

corolarios prácticamente inseparables de ellos. Así se niega toda posibilidad de verdad —más si es trascendente-; se resta notablemente, y en temas capitales, la libertad de los que piensan de modo distinto; se niega la naturaleza y sus leyes de funcionamiento, afectando también a los que sí las reconocen. Así se banaliza la vida del no nacido, del embrión con el que se experimenta o del enfermo en fase terminal; se desdibuja la libertad sexual porque la libertad no consiste en hacer lo que a cada uno le da la gana y bien lo sabe el que dicta leyes, aunque ignore que hay otra ley más profunda que va con la misma persona; se ridiculiza la religión, sobre todo la católica; se hace lo imposible por destruir la familia natural, etc., etc.

No se trata de alarmismos ni exageraciones. Es tan real esa dictadura que hasta se canaliza en leyes invasoras del ámbito de ese sagrado recinto que es la conciencia personal, hasta conseguir oscurecerla o ahogarla. ¿Estoy negando el derecho que reclamo a otro pensamiento que no es el mío? De ninguna manera. Pido libertad e inmunidad de coacción para mi forma de ver la vida. Porque es tan fuerte la presión que algunos llegan a sufrir miedo a expresar públicamente que son creyentes. Incluso despedirse con el clásico adiós es objeto de combate.

Ese pensamiento se impone con fuertes ayudas y basta. No se razona, no se escucha la opinión diversa. Es una especie de sistema sumamente cerrado que no solamente no dispone a la posibilidad de cambio, sino tampoco al intercambio de pareceres, a escuchar ideas diferentes, situadas fuera del sistema. Pero han logrado imponerse en algunos ámbitos que son capitales para su dominio. Y es necesario resistir, con amabilidad, pero resistir. Hace unos días, cuando con gran sencillez se presentaba como cardenal electo, monseñor García-Gasco afirmó que no nos van a reducir a la sacristía. En esa frase late el Evangelio: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se salará? No vale más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente». Es literalmente lo que sucede en algunos ambientes. «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad edificada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla bajo el clemín, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los de la casa.»

Insisto en que esa actitud no impone nada, sino que ofrece, en libertad, lo que tiene. Si es preciso con valentía, con coraje cuando el entorno es hostil.

Quizá nos sirvan estas palabras del Crisóstomo: «Aquel que después de ser menospreciado deja de hacer el bien que hacía, da a entender que actúa por el aplauso de los hombres; pero si en cualquier circunstancia hacemos el bien a los demás, tendremos una grandísima recompensa». Hacer el bien con la oración, con la palabra, con el espíritu de servicio, con el cariño y con el testimonio, que quizá tenga que superar algún miedo o respeto humano. Una última consideración tomada de *Camino*: «No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte».

TODAS LAS LEYES NOS AFECTAN

Se formuló hace siglos, y me atrevo a afirmar que nadie la ha mejorado. Me refiero a

la definición de ley propuesta por Tomás de Aquino en la *Suma Teológica*: «la ley no es otra cosa —dijo— que la ordenación de la razón al bien común, promulgada por aquel que tiene a su cargo el cuidado de la comunidad». La ley es cierta regla y medida de los actos humanos, pues mediante ella, la persona es inducida a obrar de un modo u otro o a dejar de hacerlo. Y esto es propio de la razón dirigida al bien común.

Cuando menos, la fórmula de Santo Tomás pone de relieve algunas deficiencias de nuestro modo de legislar: en demasiadas ocasiones, se pacta, se intercambia, se llega a un consenso de voluntades para sacar una ley adelante, con independencia de su racionalidad; también al margen de si beneficia o no al bien común de la nación. Así venía a tener razón E. Coke cuando escribía que «la razón es la vida de la ley. Ciertamente la misma ley común no es otra cosa que la razón... La ley es la perfección de la razón». Y es que, en democracia, se necesita mucha rectitud de intención para gobernar bien sin convertir la tarea legislativa en un chalanero. El *Digesto* dice con toda claridad que la voluntad ha de estar regulada por la razón y, de no ser así, aquello no sería ley, sino iniquidad.

«En la cultura democrática de nuestro tiempo —escribía Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*— se ha difundido ampliamente la opinión de que el ordenamiento jurídico de una sociedad debería limitarse a percibir y asumir las convicciones de la mayoría y, por tanto, basarse sólo sobre lo que la mayoría misma reconoce y vive como moral». Se ve detrás el relativismo ético que muchos reclaman como condición de la democracia. Es cierto que se han cometido crímenes en nombre de la verdad, como ha reconocido con gallardía el Papa, pero se han cometido y se cometen crímenes en nombre del citado relativismo: basta pensar en la llegada del nazismo al poder y la terrible legislación que emanó, en la eutanasia y el aborto. No soluciona nada ese relativismo; más bien, cuando se llega al caos, pone a los países al borde de tiranías y guerras.

En cualquier caso, esas leyes ajenas a la ética, a la verdad sobre el hombre, al bien común y a la razón no pueden justificarse afirmando que a nadie se le obliga a abortar, a casarse de determinada manera o a divorciarse por la vía rápida. Porque todas las leyes, pero especialmente las más sociales, afectan a todos, también al que no piensa utilizarlas. El bien común, según recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, comporta tres elementos esenciales: el respeto a la persona, la exigencia del bienestar y desarrollo del país, y la paz. Sólo la coexistencia de estos tres elementos propicia lo que el Vaticano II entendía por bien común: «el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y a cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección».

Cada una de las leyes afecta al grupo entero —al país para el que se legisla y aún más allá de sus fronteras— y a cada uno de sus miembros. Esto no es una teoría, sino que lo contemplamos a diario. Leyes como las citadas, leyes contra la razón, disuelven la sociedad, porque la debilitan, por ejemplo, respecto a la fidelidad y a la lealtad, que no sólo fallarán en el matrimonio, sino en muchos otros ámbitos de la vida; leyes que varían el concepto de algo tan básico como la familia, con unas consecuencias incalculables en el ámbito de la libertad, responsabilidad, afectividad y hasta en el rendimiento personal;

o los atentados contra la vida que dejan desleído el «no matarás» , con posibles influencias desastrosas que pueden ir desde la violencia contra la mujer hasta el crimen o el terrorismo. ¿Con qué fuerza podremos clamar después contra la guerra? Sólo tal vez con la de la incongruencia, que nos va afectando a todos, con la incoherencia de buscar soluciones muy fuera de la raíz de los males. Cuando la Iglesia hace oír su voz en estos campos, nadie puede tacharla de injerencia: porque está actuando en su terreno y, para los que no entiendan su misión, porque al menos tiene derecho a expresarse alto y claro como cualquier otro colectivo o como cualquier persona individual. Y tratar, por ejemplo, de taponarle la boca con amenazas económicas, más o menos veladas, además de mezquino, es injusto, por la cantidad de tareas que resuelve a favor de la sociedad y por su estricta misión religiosa, que es un derecho de los ciudadanos deseosos de acogerla y que para muchos es más importante que otras prestaciones realizadas por el Estado.

Un comentarista judío a una parashá afirma que en un barco ningún pasajero puede decir: «Yo sólo quiero hacer un agujero en mi camarote. Yo no perjudico a nadie», pues su camarote es parte del barco y si se llena de agua su camarote, eso significa, sin lugar a dudas, que también ese buque correrá la misma suerte.

FUNDAMENTALISMO LAICO

Hoy existe una creencia muy generalizada de que los fundamentalismos proceden exclusivamente de una visión religiosa de la vida, que trata de imponerse al hombre sin ningún respeto a su libertad. El paradigma de esta actitud sería el fundamentalismo islámico.

Desde esa perspectiva, hay también quien ha pretendido acusar de fundamentalismo a la Iglesia Católica, ignorando que es imposible ser buen católico y fundamentalista a la vez, porque la libertad de las sociedades y de cada individuo son capitales para la Iglesia. Ésta —como Cristo— desea que todos los hombres se salven y vengán al conocimiento de la verdad. Pero esa salvación no puede actuarse sin libertad, no puede imponerse jamás ni siquiera en lo que la Iglesia considera más sagrado. Cuánto menos ha de imponerse en aquellas cuestiones temporales para las que no hay una doctrina común: «Qué triste cosa es tener una mentalidad cesarista, y no comprender la libertad de los demás ciudadanos, en las cosas que Dios ha dejado al juicio de los hombres» (*Surco*, 313).

El Concilio Vaticano II, en su *Declaración sobre la libertad religiosa*, dejó bien asentada esta doctrina al hablar de «inmunidad de coacción en materia religiosa» (n. 4). Un gran precursor del Concilio en tantos aspectos escribió estas palabras: «Grande y hermosa es la misión que nos confió el Divino Maestro. —Por eso, este buen espíritu — ¡gran señorío!— se compagina perfectamente con el amor a la libertad, que ha de impregnar el trabajo de los cristianos» (San Josemaría, *Forja*, 144). No es posible, desde la fe católica rectamente vivida, el integrismo. Y, sin embargo, sí hay un fundamentalismo que viene extramuros de cualquier fe. Es lo que podríamos llamar

fundamentalismo desde el vacío. Trataré de explicarme brevemente.

Me refiero a la imposición del vacío de la increencia. No es que quiera afirmar que toda increencia es fundamentalista, pero haberlas las hay. Por una parte, basta echar un vistazo al marxismo, que de una u otra manera todavía pervive. El marxismo es un gran relato sin fe que abarca la entera persona y le niega toda libertad. Véanse las sociedades donde ha imperado o donde todavía impera. Es una gran mentira impuesta atrocemente a vidas y conciencias, de la que muchos intelectuales, y no sólo los políticos que han tenido el poder en países comunistas, deberían darse cuenta. ¿Qué queda del marxismo allí donde permanecen libres sus adalides? Quizá un programa ideológico, una implacable campaña anticristiana que acusa a la religión de ser la principal causa de la violencia, del sometimiento, del fanatismo o del fundamentalismo. Y dominan determinados areópagos donde se imponen desde su nihilismo.

Pero hay otra forma de coacción, que no es de raíz marxista, aunque a veces se mezcle con ella. Me refiero a toda la corriente de pensamiento que, arrancando de la Ilustración—incluso antes—, ha buscado más la certeza —subjetiva— que la verdad —objetiva—. El racionalismo, que separa la inteligencia humana de la luz de la fe, como si se tratara de dos mundos inconciliables, ha impuesto que no hay otra certeza sino la alcanzada empíricamente por la razón. El racionalismo se ha desconectado de la realidad, ha buscado sus propias certezas subjetivas y ha engendrado toda una corriente de opinión de que la condición creatural del hombre, su dependencia de Dios, es pura abstracción. A mi modo de ver, ha falseado la realidad, se ha etiquetado de progresista —¿de igual modo que el marxismo?— y ha tratado de barrer todo lo que no es alcanzable por la razón. Es decir, su certeza ha desplazado a la verdad y ha impuesto una visión falsa del hombre

El gran tema de nuestro tiempo, el gran desafío de nuestra cultura es el problema de la búsqueda de la verdad para ser realmente libres y no seres dependientes de ideologías imperantes. Esa es la gran cuestión abordada por Juan Pablo II en su encíclica *Veritatis splendor*, convencido de que «siempre permanece en lo más profundo de su corazón (del hombre) la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento».

VI. FAMILIA, VIDA Y EDUCACIÓN

FAMILIA Y SOCIEDAD

En la Constitución *Gaudium et Spes*, el Concilio Vaticano II estudió orgánicamente diversos temas, entre ellos, el matrimonio y la familia. Lo hizo a partir de la persona y en dirección a la persona, «única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma». Respecto a ella, el mensaje fundamental de la Sagrada Escritura es saberla criatura de Dios, cuyo elemento específico y distintivo es ser imagen de Dios: «creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó», se lee en el Génesis. Si la dignidad de la persona no se basa ahí, se corre el riesgo de tratarla de modo impropio y arbitrario, dejada al albur de lo que el derecho positivo quiera. Pero la realidad profunda del ser humano, y del matrimonio, es anterior a ese derecho, de tal manera que venimos a ser esclavos cuando no se respeta esa cualidad inalienable, pues pasamos a depender no de lo que somos, sino de lo que afirman otros por muy elegidos que sean.

Algo semejante sucede con algunas sociedades de índole natural. La sociabilidad humana no es uniforme, sino plural, aunque todas las sociedades están llamadas a constituir un tejido unitario y armónico, en cuyo seno sea posible conservar y desarrollar la propia fisonomía y autonomía. Algunas —es el caso de la familia— corresponden más inmediatamente a la íntima naturaleza del hombre, mientras que otras son fruto de su libre voluntad. Por eso, la encíclica *Centesimus annus*, al trazar una relación de los derechos del hombre, citaba el de «fundar libremente una familia, acoger y educar a los hijos, haciendo uso responsable de la propia sexualidad». Esta sociedad se convierte, como aseveró el último concilio, «en la expresión primera de la comunión de personas humanas», en cuna y «comunidad de vida y amor». Estas ligeras pinceladas aluden a la familia como la primera sociedad natural, titular de derechos propios y originarios, centro de la vida social e importantísima en relación con cada persona. Por ello, ha de ser entre hombre y mujer, que saben que un hijo no es un derecho, sino un don, que no se puede dar un niño en adopción a cualquiera porque el derecho del niño prevalece sobre todo desde antes de su nacimiento; no ha de ser fruto sino de la unión de hombre y mujer y, por supuesto, no se puede matar porque desde su concepción no es un objeto, sino un sujeto, una vida.

A la vez, la familia es capital para la sociedad. Benedicto XVI la proclamó patrimonio

de la humanidad, lo que viene a significar que es intocable y han de dispensársele todo tipo de cuidados. No se puede comprender que un palmeral sea algo protegido —lo que está bien— y se cambie la familia en sus fundamentos, hasta el punto de que voces autorizadas han dicho que ya no existe el matrimonio en el Código civil español. Afirmábamos antes que la familia es la primera sociedad natural, el primer ámbito en el que el «yo» y el «tú» se convierten en «nosotros». Y desde ahí se da el salto, como en círculos concéntricos, a una sociabilidad más amplia. El buen funcionamiento de la sociedad y el bien de las personas están estrechamente vinculados con el trato dado a la familia, tanto por otras sociedades menores como por la Iglesia y el Estado. Y no sirve decir que a nadie se le obliga a abortar, a divorciarse o a realizar una unión homosexual llamada matrimonio. La sociedad es inexorablemente una, y todo lo que sucede en ella nos afecta a todos, para bien o para mal.

Recientemente se ha alegado que la moral no se legisla. En principio, debería ser cierto, pero sí se legisla, porque existen leyes con un fuerte contenido moral, cuya fuerza es la de la mitad más uno. Por ese procedimiento, se negó en USA que los negros fueran personas. Algo más es preciso para perfeccionar la libertad en democracia, evitando que sucedan cosas como ésta; algo más para no legislar la moral (¿Educación para la Ciudadanía? ¿La asignatura o algunos libros de texto?); algo más para tratarnos con respeto en la discrepancia y atender a las minorías; algo más para no envalentonarse contra la Iglesia Católica (no puedo dejar de preguntarme si lo harían con otras religiones) por exponer su doctrina; algo más para no dudar del derecho de los obispos a hablar sobre la institución más antigua de la humanidad.

Si somos verdaderamente demócratas, hemos de proteger la democracia con algo más que la mitad más uno, para no maltratar instituciones con características propias, originarias y permanentes. Pienso, con el Magisterio de la Iglesia, que ningún poder puede abolir la naturaleza del matrimonio, ni su finalidad, ni su carácter propio: la totalidad —los cónyuges se entregan por completo el uno al otro—, la unidad de marido y mujer que hace de los dos una sola carne, la indisolubilidad y la fidelidad que exigen la donación recíproca y definitiva, y la fecundidad a la que naturalmente está abierto.

MATRIMONIO, SEXUALIDAD, FAMILIA

«Hay dos puntos capitales en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio y las leyes sobre la enseñanza; y ahí, los hijos de Dios tienen que estar firmes, y luchar bien y con nobleza, por amor a todas las criaturas». Estas palabras de San Josemaría en *Forja* no hablan expresamente del matrimonio y la educación cristianos. La firmeza de los hijos de Dios es en beneficio de todos los hombres, pero no puede consistir en la imposición forzosa de la fe. No es posible, ni deseable, ni lo busca la Iglesia, ni el fundador del Opus Dei, que amó la libertad hasta el punto de sufrir mucho por defenderla dentro de la propia Iglesia y en la sociedad civil.

El empeño de los cristianos en esos campos —ahora sólo me referiré a la familia— es

sencillamente el siguiente: procurar que se respeten sus derechos de libertad religiosa y trabajar para que no se desvirtúe lo que es natural en el hombre. Las sociedades occidentales, inmersas en el relativismo, han perdido buena parte de lo que Juan Pablo II denominó la verdad sobre el hombre, qué es el hombre y, por decirlo llanamente, cuáles son sus leyes de funcionamiento; sabiendo que, si éstas se desvirtúan, la persona humana se diluye y deviene en peor, para sí misma y para la sociedad.

En su discurso de 1979 a la ONU, afirmaba Juan Pablo II: es esencial que nos encontremos en nombre del hombre tomado en su integridad, en toda la plenitud y multiforme riqueza de su existencia espiritual y material. Cuando no sucede así, el hombre se empobrece hasta límites alarmantes. Conozco casos enormemente positivos, pero ese empobrecimiento está aconteciendo en los temas, tan conexos, que dan título a estas líneas. «Matrimonio y familia no son una construcción sociológica casual fruto de situaciones particulares históricas y económicas», ha dicho Benedicto XVI. Por el contrario, «la cuestión de la justa relación entre el hombre y la mujer hunde sus raíces en la esencia más profunda del ser humano y sólo puede encontrar la respuesta a partir de ésta. No puede separarse de la antigua y siempre nueva pregunta del hombre sobre sí mismo». Estamos hablando del hombre y del matrimonio natural. Algunos lo llaman tradicional y es bien cierto, porque es así desde los albores de la humanidad, aunque se utilice en ocasiones el calificativo como algo opuesto al progreso. En la Biblia está la respuesta a la cuestión del hombre y la de Dios, temas indisolublemente unidos. El hombre es creado a imagen de Dios y Dios es amor. A esto se puede llegar racionalmente. Y más nos vale captarlo, a fin de no degradar en crecida estas cuestiones esenciales para que el mundo siga marchando.

El hombre es espíritu y cuerpo; y el cuerpo no es mera biología, sino parte de nuestra humanidad, que vive y piensa y ama también con el cuerpo, que no está al lado de la persona —decía el Papa hace unos meses—, sino que le pertenece. Ahí se enmarca la sexualidad humana, que sólo integrada en la persona logra darse un sentido a sí misma. Escribiendo sobre la encíclica *Dios es Amor*, el teólogo Francisco Varo se remite a Nietzsche, para preguntar: ¿no nos amarga la Iglesia con sus mandamientos y sus prohibiciones la alegría del *eros*, de ese amor sensible que nos permite sentirnos amados, que nos empuja hacia el otro y que busca transformarse en unión? Respondía con la encíclica que el *eros* lleva ciertamente consigo un arrebató, una «locura divina» que hace saborear altas cotas de felicidad. Pero la felicidad que reclama el amor no puede ser de un instante, sino que busca ser perdurable. Esto requiere la madurez capaz de descubrir cada vez más al otro en su profundidad de persona, hasta lograr que su felicidad sea más importante que la propia y, por supuesto, jamás un objeto de placer.

Si no se educa para la castidad, si el *eros* no se purifica y madura —dirá Benedicto XVI—, se degrada a puro sexo convertido en mercancía que se compra, se vende o se cambia. Sé que hablar de castidad suena raro a muchos, pero no vivirla adecuadamente supone una violencia a la ecología del cuerpo que redundará en toda la persona y, luego, en la sociedad. El sexo libre —y la barbaridad de educar en esa dirección— no es progresista ni liberador porque siempre acaba convirtiendo a las personas en objetos, en

esclavos, incluso en el matrimonio, que dejaría así de ser comunidad de vida y amor, como lo fue desde el principio, por cuidado afectuoso de la naturaleza misma. Se habla de reprimidos sexualmente, y se hace sin calar que el sexo por el sexo coarta aspectos muy nobles de la persona. Esa es la represión verdaderamente perturbadora. Pero tampoco «el sexo es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad» (*Es Cristo que pasa*).

La procreación de los hijos en el matrimonio también refleja el amor de Dios por el hombre. Por eso la maternidad y la paternidad, como sucede con el cuerpo y el amor — ha dicho también el Papa—, no se circunscriben al aspecto biológico: la vida sólo se da totalmente cuando al engendrar se ofrecen también el amor y el sentido que hacen posible decir sí a esta vida. De este modo queda claro hasta qué punto es contrario a la vocación profunda del hombre y de la mujer, al amor humano, el cierre sistemático de la propia unión al don de la vida y, más aún, la supresión o manipulación de la misma vida. La Conferencia Episcopal Española emitió un documento sobre la reproducción humana artificial, recordando que la persona es siempre sujeto y nunca objeto o medio para otro fin. La técnica de fabricar objetos es completamente inapropiada para las personas. Todo eso no es moderno, aunque constituyan logros técnicos actuales que no deberían emplearse contra el ser humano. Una modernidad no enraizada en auténticos valores humanos está destinada a ser dominada por la tiranía de la inestabilidad y la desorientación, decía Benedicto XVI; y lo estamos viendo con tristeza. Sin embargo el amor humano santo no es algo permitido o tolerado frente a supuestas verdaderas actividades del espíritu, sino un despliegue completo de donación, un ámbito privilegiado para descubrir «ese algo divino que en los detalles se encierra».

UN CANTO A LA VIDA

Es preocupante y triste la coincidencia temporal de cuatro hechos: crisis económica, masiva investigación sobre los muertos del franquismo y anuncio de una nueva ley del aborto y otra de suicidio y eutanasia. Es triste y preocupante la sola posibilidad de pensar que se reabran las heridas de una lucha fratricida y se anuncien leyes para matar colgando una tétrica cortina que oculte nuestras miserias económicas. No deseo lucha alguna que, aunque sea verbal, emponzoñe la vida social española. No, no quiero crispas, ni poner acritud a nuestra convivencia. Escribo al hilo de mi tristeza y aún no sé si conseguiré mi simple propósito de cantar a la vida, ese absoluto intocable.

Recientemente, he observado —en un papel menor que una octavilla— la ecografía de un ser humano de ocho semanas. La mostraba orgulloso su joven padre. Se veía la cabeza, un ojo, el tronco del cuerpo y quizá una mano. Era el milagro de la naturaleza: un niño muy pequeño perfectamente distinto del seno de su madre. Así se percibía en el papel diminuto. Se entiende que si la Iglesia clamó hace más de un siglo por los derechos de la clase obrera oprimida, ahora —en unión con todo amante de la mejor ecología— ha de dar voz a esas vidas nacientes, ha de hacer suyo el clamor de los que no

pueden gritar sus deseos de vivir. Esos seres humanos, en vías de salir a la luz, son los desprotegidos de nuestro tiempo, los débiles que sufren la muerte por la opresión de los poderosos de este mundo.

Por el contrario, los artistas han cantado a la vida; los rebeldes de cada momento han expresado con música, poesía o pinceles, su protesta por la marginación u opresión de los más desamparados. ¿No es algo de eso el *Guernica* de Picasso o *El Grito* de Munch? ¿No lo es la *Pietà* de Miguel Ángel? O estos versos de una poetisa portorriqueña: «Como naciste para la claridad te fuiste no nacido. Te perdiste sereno, antes de mí, y cubriste de siglos la agonía de no verte... Tuyo, inmensamente tuyo, como naciste para la claridad te fuiste no nacido, nardo entre dos pupilas que no supieron separar nunca el eco de la sombra». Una madre llora al hijo perdido involuntariamente. ¿Cómo será el llanto, tantas veces escondido, de quien no supo defender el don oculto en sus entrañas? Porque, deseado o no, el embarazo hace a las madres refugio de una vida nueva, portadoras de un tesoro más grande, inmensamente más grande, que las obras de arte que lo enaltecen o el prodigio técnico de hacerlo visible en un trocito de papel.

Otro poema de alguien que, dolida por las heridas causadas a su madre con su despego, expresa un deseo magnífico: «Manantial de vida cuando en tu vientre yo crecía. Si el tiempo pudiera regresar volvería sin cerrar los ojos. Nadé en tu ser, soy sangre de ti, mi refugio fue tu cuerpo. Que a pesar de vértigo, náuseas y dolores, con alegría, me abriste las puertas a la vida, y la luz hoy veo gracias a ti». La autora reconoce en su madre aquello que se lee en el Deuteronomio: escoge la vida para que vivas tú y tu descendencia. Es cierto que esa elección conlleva durezas y espinas no pocas veces; pero, aun en situaciones lamentables, la misma vida clama por ella.

Aquella mujer admirable que fue Teresa de Calcuta —aquella que pedía, con gemidos de madre: «dádme los a mí»— escribió: «La vida es belleza, admírala. La vida es un reto, afróntalo. La vida es un deber, cúmplelo. La vida es preciosa, cuídala. La vida es riqueza, consévala. La vida es amor, gózala. La vida es un misterio, desvévalo. La vida es un combate, acéptalo. La vida es una tragedia, domínala. La vida es felicidad, merécela. La vida es la vida, defiéndela». Ese niño de ocho semanas es débil e inerte, privado incluso del llanto protector del recién nacido, pero totalmente confiado al esmero de la madre que lo lleva en su seno, una madre que no decidirá eliminarlo, porque sabe muy bien que ella es hoy manantial de una vida muy suya porque es su hijo, pero nada suya porque es otra vida, y no un objeto de libre disposición; porque el mandato de no matar tiene su aspecto más profundo en la exigencia de veneración y amor hacia cada persona y su vida (Juan Pablo II). Esto sí que es una demanda social, impresa indeleblemente en el hombre, pero quizá borrosa cuando se apaga o desvirtúa la señal del amor.

ARGUMENTOS A FAVOR DEL ABORTO

La nueva Ley del Aborto prevista en España está dando lugar a un interesante debate, en muchos casos no tanto por la novedad o enjundia de los argumentos sino precisamente por su pobreza. Se ha convertido en un tema tan ideologizado que, con

harta frecuencia, hace olvidar el fondo de la cuestión: la muerte del nasciturus y el trauma sufrido por tantas mujeres que lo han practicado. De esto último hablan las estadísticas y algunas valientes que se han atrevido a contarlo. Existe una asociación de mujeres víctimas del aborto (AVA).

Un argumento ha sido aportado por la ministra de Igualdad. Ha venido a decir que no se abortará después de que el feto cuente con veintidós semanas —salvo con problemas de tal magnitud que no sea posible la supervivencia del feto, dice— porque la ciencia asegura que después de ese tiempo es viable fuera del seno de la madre. ¡Ya! Sólo se plantean dos pequeñas cuestiones: ¿es acaso inviable dentro del seno de la madre antes de cumplirse ese tiempo? ¿Tan inseguro es el seno de la madre? ¿Qué dice la ciencia de eso? Lo de la gran magnitud se aplicaría a casos especiales en que sí se puede matar. Luego dijo que con catorce semanas es un ser vivo, pero no un ser humano, asegurando que es un dato científico. Los científicos han protestado.

Otro argumento es el del asunto religioso. Pero, ¿no estamos por lo científico? ¿No dice la ciencia que hay vida desde el primer instante de la unión del óvulo y el espermatozoide? No creo que el tamaño sea un tema religioso. La propia inventora del término preembrión declaró que aquello no tenía base científica y que lo utilizó bajo presión. Pero sigamos con la cosa religiosa. Se trata así para hacer creer que es un tema exclusivo de la Iglesia, cuando hay muchos no creyentes que están a favor de la vida desde su inicio. Otro paso más: se acusa enseguida —¡cómo no!— a la Iglesia de los crímenes de la Inquisición. Aparte de que cada asunto hay que juzgarlo con sus coordenadas de espacio y tiempo, aun dando por bueno que en la Iglesia se hayan cometido fechorías, ¿justificaría esto que alguien cometa otras como ésta de matar al ser más inocente?

Una razón peregrina ha sido que el lince utilizado por la propaganda de la Conferencia Episcopal no es español sino australiano. Así que todos tranquilos. Aún ha dado el lince algo más de sí, pues ha servido para decir que la Iglesia está contra este animal protegido y a favor de que vayan a la cárcel las mujeres que abortan. Sería como de juzgado de guardia si diera el nivel.

Otro razonamiento: me contó un profesor de Instituto, militante en otro tiempo en partidos de izquierda y abortistas —no es necesario identificar aborto e izquierda—, autor de un artículo a favor de la vida y contra el aborto. Antes de publicarlo, lo mostró a un antiguo correligionario. Éste lo leyó y reconoció su lógica. Entonces, ¿estás de acuerdo?, preguntó el escritor. No, respondió el colega, porque eso es facha. Es un caso singular, pero el razonamiento (?) se utiliza con cierta frecuencia.

Quizá el fondo más importante del proyecto de ley es el nuevo giro de tuerca que se da a la sociedad española: lo que era un delito —no punible en determinados supuestos— parece que se quiere convertir en un derecho de la mujer. Es posible que no haya más abortos con la nueva ley, porque el supuesto de la salud psicológica de la madre, bajo el que se han efectuado casi todos, ha supuesto su práctica libre. Pero algunas clínicas los han realizado sin cumplir siquiera los pequeños trámites que marca la ley, quizá por la escasa vigilancia y/o excesivo afán de lucro. Es decir, opino que lo peor es declarar la

muerte de esos inocentes como un derecho de sus madres, al parecer incluso siendo menores de edad. He visto una ecografía de nasciturus de ocho semanas, y basta eso para darse cuenta de que nadie es dueño de la vida de otro, aún menos si es su hijo. Pero, además, es una ley machista, porque carga sobre la mujer toda la responsabilidad de un acto que, con muchas posibilidades, le acarreará graves secuelas. Y, a propósito de la cárcel, nadie recuerda el último apresamiento por este tema.

BUCKY, SUICIDIO Y EUTANASIA

Un conocido semanal publicó el resumen de una historia entre apasionante y asombrosa. Trataba algunos rasgos de la vida de Buckminster Fuller, conocido como Bucky. Fue un genio en temas científicos, matemáticos, arquitectónicos, en inventos diversos, y en variopintas y más o menos acertadas ideas. Como todos los de su talante, las ocurrencias insignes andaban entre lo pintoresco, lo atinado y el disparate. Asegura el semanal que el movimiento contracultural de los sesenta y setenta lo convirtió en ídolo de rebeldes. Los jóvenes hippies de USA hicieron de Bucky un icono. Como suele suceder a las personas excéntricas y geniales, no le fue bien con la familia ni con los negocios, tanto que, según cuenta en sus memorias, pensó suicidarse, pero acabó diciéndose a sí mismo: «No tienes derecho a quitarte de en medio, no eres el dueño de ti mismo, perteneces al universo».

Bucky no era creyente, pero se ve formando parte de un conjunto del que no es independiente, ni dueño absoluto de su vida. No sé si estaría por medio la soberbia del genio que se cree imprescindible, pero no lo parece por el tenor de sus palabras: no eres dueño de ti mismo, perteneces al universo. Pues bien, en este país parece que remamos en dirección contraria, cuando el gobierno pretende dar vida a una ley para la muerte: por suicidio o por eutanasia, que viene a ser lo mismo, sólo que con ayuda legal. El ministro de Sanidad, hablando de suicidio y eutanasia, ha declarado: «tu cuerpo es tuyo». Parece un salto al vacío desde la biología a un desiderátum que es más o menos filosofía. El cuerpo de cada uno marca una línea divisoria, nos encierra en unos límites, pero también —escribió Ratzinger hace años— la corporeidad incluye necesariamente la historia y la comunidad, la corporeidad indica procedencia de otro y marca al hombre profundamente por la pertenencia a toda la humanidad. Ya ven, algo parecido a lo que expresó Bucky.

En cambio, la ética hace agua por todas partes en esta España de muertos que nos acosa. Embriones humanos muertos, niños muertos en el seno de sus madres —tantas veces víctimas del engaño— y ancianos muertos antes de que su naturaleza concluya la carrera. Todos con un factor común: la disposición del propio cuerpo o del ajeno, que es algo al parecer muy moderno, algo de lo que Bucky no se enteró, a pesar de ser un genio, porque no se consideró dueño de sí mismo. Ya remamos mar adentro con la peliculita que nos preparaba para estos eventos, con aquel estreno de gala lleno de autoridades. Parece que disponer del propio cuerpo —que es más que cuerpo— es algo muy

«progre», y disponer del ajeno, el que está en las entrañas de su madre, tampoco ofrece problemas: mi cuerpo es mío, claman desde hace años, como si el fruto de la unión sexual no fuera otra vida distinta de la que posee la madre. Se olvida la ciencia, tan recurrida, sin embargo, para investigar con embriones humanos, con el señuelo de curar vidas, cuando es bien sabido que hasta ahora no se ha curado ninguna.

Hace muchos años, se decía que matar no es progresista y, a medida que avanza la humanidad, lo es mucho menos, por más que se añadan cebos como lo de la muerte digna, el drama de la embarazada y el hijo no deseado, o tantas otras frases hechas que no son argumentos, sino trampas. También lo es hablar de respeto a la Iglesia Católica, con el deseo de que aparezca como única opositora a estos «avances». Bien saben los promotores de la idea —ya practicada desde que el hombre es hombre— que hay muchos no creyentes opuestos a esas muertes y que existe una verdadera demanda social para que no se lleven a cabo. Hablo en nombre de la ética natural, del «no matarás», que también existe desde que hay humanidad. Tampoco es ético apelar a la mayoría de los votos porque no responde a la verdad, puesto que el partido que gobierna obtuvo su mayoría limpiamente, pero sin nueva ley del aborto, ni del suicidio, ni de la eutanasia en su programa; es más, afirmando expresamente que no era el momento. No pueden confundir lo decidido por la militancia con lo votado por los electores. Y también es un tema de ética considerar que sería lamentable usar la muerte como moneda de cambio con la economía, es decir como alboroto para que no se hable de lo que la sociedad necesita en estos momentos.

¿QUÉ EDUCACIÓN QUEREMOS?

En la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, el Papa invita a una relectura de ese tesoro doctrinal que constituye el Concilio Vaticano II. He vuelto a repasar diversos pasajes fruto de la Asamblea conciliar, entre ellos la Declaración *Gravissimum Educationis*, relativa a la educación cristiana. Toda ella conserva una gran actualidad y de ahí he tomado estas notas: «El deber de la educación, que compete en primer lugar a la familia, requiere la colaboración de toda la sociedad. Además, pues, de los derechos de los padres y de aquellos a quienes éstos les confían una parte de la educación, ciertas obligaciones y derechos corresponden también a la sociedad civil, en cuanto a ella compete el ordenar cuanto se requiere para el bien común temporal».

De los padres había afirmado antes la citada Declaración que «hay que reconocerles como los primeros y principales educadores de sus hijos», y añadiré más adelante que es necesario «que gocen de absoluta libertad en la elección de las escuelas». Por otro lado, está claro que la sociedad civil —tanto las sociedades menores en las que se articula como el propio estado— tiene un derecho y un deber subsidiario con respecto a ese primigenio deber-derecho de las familias.

Todo hasta aquí está pensado al servicio del niño y del joven que han de formarse en todos los aspectos de su vida para que puedan «desarrollar armónicamente sus

condiciones físicas, morales e intelectuales, a fin de que adquirieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en el recto y continuo desarrollo de la propia vida y en la consecución de la verdadera libertad, superando los obstáculos con grandeza y constancia de alma»

(n. 1). Habla el Concilio también de una necesaria educación sexual, de aprecio a los valores morales y religiosos, etc.

Pero luego la escuela se convierte en un instrumento de poder, en una jaula de ideologías, en campo de la lucha partidista; y así nos va: cuando nos hemos hartado de disentir si escuela privada o pública, cuando hemos afirmado que los dineros públicos han de ser para la escuela pública —como si los padres de alumnos de escuelas de iniciativa social no pagaran impuestos—, cuando se ha hecho una iniciación sexual salvaje, cuando no se facilita la clase de religión; ¿con qué derecho nos lamentamos de la violencia de los escolares, del abandono de los estudios, de los abusos sexuales, la droga, el alcohol y cosas parecidas?

La sociedad de mañana —de dentro de un rato, prácticamente— se está haciendo en la escuela de hoy. Es hora de que los padres se sensibilicen más con su derecho-deber de primeros educadores de sus hijos, es hora de que tengan una posibilidad real e igualitaria en la elección de colegio, es hora de que esa sociedad subsidiaria de los padres pueda poner en práctica todos los mecanismos necesarios para formar gente civilizada e íntegra. Vamos a ver si nos fijamos en el fondo de lo que ha de perseguir la escuela —la formación completa de la persona humana—, vamos a ver, en el caso concreto de los cristianos, si damos la importancia debida a los valores que la fe transmite, y nos dejamos de política barata en la escuela, de permisivismos que destrozan y de bizantinismos sin importancia.

Un país sólo es libre cuando forma hombres libres y responsables. Y eso es tarea del hogar, tarea del colegio, tarea de la sociedad. Ahí está la clave de una juventud responsable y alegre. De nada servirá la consignación en documentos públicos de los derechos del hombre o los del niño, por ejemplo, si, después, y como fruto de una escuela sin valores, lo que impera es el botellón, la litrona, la droga o el cóctel molotov.

Me molesta profundamente el derrotismo y el lamento; prefiero a la gente que se pone manos a la obra para que, con libertad, toda persona tenga acceso al derecho inalienable a una educación que merezca ese nombre.

FAMILIA Y LIBERTAD ESCOLAR

La próxima discusión parlamentaria del proyecto de Ley Orgánica de Educación abre un abanico de temas que afectan al núcleo de la sociedad, sencillamente porque la formación de la juventud es tarea prioritaria para cualquier país y porque afecta a derechos fundamentales, sobre todo de las familias, recogidos en el artículo 22 de nuestra Constitución y el 26 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: «Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos».

Pero no me apoyaré en estos textos legales, porque —como afirmó Juan Pablo II— «la

Declaración Universal es muy clara: reconoce los derechos que proclama, no los otorga». Y lo mismo se puede decir de la Carta Magna o de cualquier ley positiva que afecte a estos derechos fundamentales. Es importante proclamarlos, pero son anteriores a esos mismos textos legales.

En el siglo XIX, Antonio Rosmini escribía con incisividad: «La libertad es el ejercicio no impedido de los propios derechos. Los derechos son anteriores a las leyes civiles. El fundamento de la tiranía es la doctrina que enseña lo contrario... Si las leyes civiles pretenden ser superiores a los derechos que existen antes que ellas, si pretenden ser su fuente, su patrón, son injustas, y el pueblo que tiene un gobierno fundado sobre tal teoría de la omnipotencia de la ley civil es esclavo».

Pues bien, la Comisión permanente de la Conferencia Episcopal emitió una lúcida nota, en la que afirma que el citado Proyecto de Ley «no respeta como es debido algunos derechos fundamentales, como son el de libertad de enseñanza; de creación y dirección de centros docentes de iniciativa social; el de establecer y garantizar la continuidad del carácter propio de estos centros; el derecho preferente de los padres a decidir la formación religiosa y moral que sus hijos han de recibir y, por consiguiente, el derecho de libre elección de centro educativo». En nota posterior, dirigida a un diario, los obispos volvían a insistir en que el problema no es sólo la enseñanza religiosa, sino que «se cercena el derecho primario de los padres a la educación de sus hijos y la misma libertad de enseñanza».

Esta ley implica la dignidad de la persona, de la familia y de la sociedad civil, absorbidos por una estatalización de la enseñanza, que al invertir los términos de la relación persona-Estado degrada la dignidad de aquélla. «Los conceptos de persona y sociedad —decía un documento de la Santa Sede del año 2000— están mutuamente relacionados... La persona se refiere al ser en su más alto grado de perfección, en sus tres notas de subsistencia, espiritualidad y totalidad. La dignidad se refiere ante todo a una cualidad del ser, a un valor que puede ser opuesto a un antivalor. Toda persona, por el hecho de serlo, posee una dignidad connatural, que es preciso reconocer y respetar». Al parecer, el Proyecto de Ley obvia todo eso fácilmente: ahora somos simplemente ciudadanos.

También se empequeñece lo que Tocqueville denominó «sociedad civil», mientras que la Declaración Universal valora positivamente su contribución al bien común y reconoce explícitamente su diferenciación del Estado. Pues bien, el núcleo de esa sociedad civil es la familia que, a la vez, es quien detenta primordialmente el derecho-deber de educar a sus hijos —como declaró el Concilio Vaticano II—, atribuyéndolo a su condición de padres y no por otorgamiento de ninguna otra instancia.

El empeño del Estado por detentar el derecho a ser el único educador, es sencillamente tiránico y paternalista porque suplanta lo que es propio de los padres del educando. El deber del Estado es justamente lo contrario: promover un marco jurídico justo para que todas las comunidades sociales —y en el tema educativo, particularísimamente los padres y madres de familia— puedan cooperar a alcanzar el bien común. Eso es vivir la subsidiariedad, que le es propia. El estatalismo escolar es una inversión de los términos

de tal envergadura, que daña gravemente la libertad y dignidad del ser humano. La persona no puede ser tratada como si fuera un objeto —un simple ciudadano—, que es movido por fuerzas ajenas a su voluntad, en este caso el Estado omnipotente. Negar a la persona, a la familia y a la sociedad civil la primacía en el derecho a educar, va contra su derecho más íntimo, contra la libertad de educar y educarse libremente. Esa actitud de intolerancia estatal afecta a la misma libertad de las conciencias. Una sociedad pluralista —decía Juan Pablo II— sólo puede convivir hallando una forma de educación que preste particular atención a la conciencia del otro. Y eso sólo se consigue con una libertad escolar plena, sin sectarismos, en la que —con igualdad de oportunidades— cada uno puede formarse según su conciencia, tanto en la escuela pública —quizás la más obligada a ello, la que debía ofrecer posibilidades más variadas, también, por ejemplo, en lo que a educación diferenciada se refiere— como en la de iniciativa social: concertada o no.

En carta de Pablo VI dirigida a la XXXI Semana Social de España, recordaba que la educación de la libertad está íntimamente relacionada con la libertad de la educación y, después de volver a insistir en el derecho inalienable de los padres, hacía memoria —ya entonces— de la acertada posición de los obispos de España quienes, con clarividente criterio pastoral, «en modo alguno desean que este tema llegue a convertirse en factor de división entre los españoles». Es necesario el diálogo, el pacto escolar, que evite vaivenes, sectarismos del tipo que sean y que dé libertad y estabilidad al sistema educativo, respetando derechos que son anteriores a la ley.

EL PARCHÍS Y LA BARRICADA

En el discurso pronunciado por el cardenal Ratzinger, con motivo de su ingreso como miembro asociado extranjero, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia, hay unas palabras que he buscado ante las consideraciones que muchos nos hemos hecho, pensando en dos sucesos aparentemente distantes: uno es la posibilidad de sustituir la enseñanza de la religión, en los colegios e institutos, por juegos de mesa; el otro es la creciente toma de la calle, de modo vandálico, por una serie de personas, preferentemente jóvenes.

Es muy fuerte la tentación de unir ambas realidades en un país en el que, gracias a una serie de medidas educativas, y a otras circunstancias, está creciendo un yermo moral de consecuencias imprevisibles. Hasta la televisión pública, quizá uno de los no menores causantes de ese vacío, se ha hecho eco del clamor de los sociólogos por la pérdida de valores que lleva al desencanto, y finaliza en la barricada callejera.

Volvamos ahora al discurso del entonces cardenal. Haciéndose eco de la crítica de Sajarov al mundo occidental, decía, con el científico ruso, que este mundo nuestro está paralizado por la ingenuidad y el cinismo que padece cuando se trata de percibir su responsabilidad moral. En efecto, Sajarov había vaticinado que ese modo de proceder conducía a un vaciamiento del hombre. Y en un hombre vacío no puede crecer la

libertad, sino el caos, verdadera y grave enfermedad de la libertad. «La libertad individual huera —escribe el cardenal— se anula a sí misma, porque la libertad del individuo sólo puede subsistir en un orden de libertades. La libertad necesita una trama común, que podríamos definir como fortalecimiento de los derechos humanos. La misma idea se podría expresar también así: el concepto de libertad reclama, por su misma esencia, un complemento que le proporcionan estos dos nuevos conceptos: lo justo y lo bueno».

La libertad se puede entender a menudo de un modo superficial y egoísta. Y si es pernicioso que la comprendan así las personas individualmente consideradas, lo es mucho más cuando legisladores, pensadores, educadores, padres de familia, etc. tienen ese concepto simplista y demolidor. La libertad sana —no enferma— necesita de lo justo y de lo bueno. Sin ello, se vuelve peligrosa y selvática.

Ahora bien, venía a preguntarse Ratzinger, ¿cómo puede la democracia, que descansa sobre el principio mayoritario, mantener la vigencia de valores morales, no apoyados por la convicción de la mayoría, sin introducir un dogmatismo que le es esencialmente extraño? Y citando a Tocqueville, viene a decir que «apartarse de las grandes fuerzas morales y religiosas de la propia historia es el suicidio de una cultura y una nación». Es cierto que esas convicciones morales no las puede imponer ni la Iglesia ni el Estado, pero una cosa es imponerlas y otra muy distinta dedicarse al peligroso juego de destruirlas alegando injustificados miedos, sectarismos, imprudencias o una vacía concepción del hombre.

La Iglesia —dice el cardenal al finalizar su discurso— «en uso de su libertad debe participar en la libertad de todos, para que las fuerzas morales de la historia continúen siendo fuerzas morales del presente y para que surja con fuerza renovada aquella evidencia de los valores sin la que no es posible la libertad común». Tiene un clarísimo derecho a impartir una formación que —dicho sea de paso— contribuye a que surjan ciudadanos ejemplares. Por eso, poner el parchís frente a la enseñanza de la religión es una forma de proporcionar material para la barricada.

SIN LIBERTAD ESCOLAR NO HAY LIBERTAD

Una reciente encuesta del CIS no sitúa la educación entre los principales problemas de España, aunque no sé si la manifestación del pasado día 12 lo desmiente. Es cierto que hay otros más acuciantes de modo inmediato pero, a la larga, la educación es el futuro del país de manera evidente. Sin embargo, incluso sin marcharnos al futuro, son muchas las cuestiones que afectan ahora a la tarea escolar: calidad de enseñanza y de educación —unidos, pero no sinónimos—, fracaso escolar, apuros serios de disciplina que han requerido a la policía en algunos centros educativos, venta de droga en torno a las escuelas, mejorar la gratuidad, dificultades derivadas de la enseñanza mixta (lo advierten serios estudios y en campos diversos, tales como la facilidad para destacar en unas u otras materias, distinta en chicos y chicas, otras sobre falta de motivación, agresividad, etc.) y también, a veces, cierto acoso a la enseñanza diferenciada, que no supone

discriminación alguna, sino una libre opción más. Otra cuestión podría ser la de qué valores se adquieren en la escuela y preguntarse, por ejemplo, por qué ha ardidido Francia.

Pero, además, está a punto de debatirse en el Congreso de Diputados un proyecto de Ley Orgánica de Educación, que es poco alentador para las nuevas generaciones y para el ejercicio de los derechos que, en esta materia, tienen los padres de familia y la sociedad civil. Además, vuelve a nacer una ley que no es fruto de un pacto escolar de Estado, único modo de dar estabilidad al sistema educativo y de crear las condiciones adecuadas para abordar la urgente tarea de mejorar la calidad de la enseñanza.

Todo esto lo ha recordado la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, en un acto que lejos de ser una injerencia política, es una vigorosa defensa de derechos fundamentales de los educandos, sus padres, las entidades capaces de crear y dirigir centros, la Iglesia católica u otros, etc. Sí es una injerencia en la vida de las familias y de la sociedad la propuesta de un modelo educativo que muchos rechazan. La Carta de las familias, publicada en el año 2000 por la Santa Sede, después de haber consultado a las Conferencias Episcopales, tiene un artículo 5 sin desperdicio. Allí —resumo bastante— se recuerda una vez más que los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos, que tienen derecho a proporcionarles un tipo de educación conforme a sus convicciones morales y religiosas, que deben poder elegir libremente las escuelas para sus hijos y asegurar que las subvenciones estatales se repartan de manera que este derecho sea real, sin que tengan que soportar cargas injustas.

Hago un pequeño paréntesis para recordar que un alumno de una escuela concertada cuesta al Estado mucho menos que en sus escuelas. En España, desde hace muchísimos años —también antes de la democracia—, el Estado ha sido injusto con la escuela de iniciativa social y, por tanto, con las familias que optan por ella. Así, la libertad de elegir queda enormemente restringida. Es mejor decirlo claro, porque tal vez se pretenda ahogar esa iniciativa. Se dice una y mil veces que el dinero público para la escuela estatal, sin tener en cuenta que ese dinero es para lo que deseen los ciudadanos, puesto que el gobierno es un simple administrador de la suma de muchos dineros particulares.

Sigue la Carta de las familias: los padres tienen que tener la opción de que sus hijos no sean obligados a seguir cursos que están de acuerdo con sus ideas morales y religiosas. La citada Nota de los Obispos, en consonancia con este derecho, muestra su preocupación con la asignatura prevista en el Proyecto de Ley, llamada Educación para la Ciudadanía, estimando que vulneraría el artículo 27.3 de la Constitución Española y me temo que también el 26.3 de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Pero me gusta realzar que, sobre todo, actuaría contra el derecho natural del ser humano que es siempre anterior al Estado y a toda ley o declaración, porque es inherente a la misma condición de persona.

También afirma la Carta de las Familias que el Estado hace injusticia a los padres cuando excluye toda formación religiosa. No es el caso de este Proyecto de Ley porque no hay exclusión, pero sí entorpecimiento, que es otra forma de injusticia, como también apunta el número 4 de la Nota de los Obispos españoles. Se reclama también la posibilidad de que los padres participen en el funcionamiento de las escuelas, siempre en

el marco de que son los primeros educadores de sus hijos. Así mismo, tienen las familias derecho a esperar que los medios de comunicación sean instrumentos positivos para construir la sociedad y para fortalecer los valores principales de la familia.

Cabría volver a insistir en que este Proyecto de Ley Orgánica conculca gravemente el principio de subsidiariedad, según el cual «una estructura social de orden superior —se lee en *Centessimus Annus*— no debe interferir en la vida interna de un grupo social de orden inferior, privándole de sus competencias, sino que más bien debe sostenerle en caso de necesidad y ayudarle a coordinar su acción con la de los demás componentes sociales, con miras al bien común». Cuando sucede de modo contrario, se camina al totalitarismo escolar, y así se deteriora la misma democracia, como afirman los obispos. Se deteriora porque la falta de libertad escolar —que ya es grave— se transforma sencillamente en falta de libertad. Merece la pena que los españoles nos ocupemos e impliquemos más en este asunto, porque es importante en sí mismo por su densidad humana, y porque esa estatalización escolar es una grave amenaza a la libertad. Quizás nos hemos acostumbrado a las comodidades y avances del Estado del bienestar, que proporciona sin duda seguridad en muchos terrenos, pero que si va más allá de esa seguridad que mejora la calidad de vida, nos sumerge en el materialismo y absorbe al individuo, a las familias y a los grupos sociales, sofocando su libertad. Esto puede suceder de un modo más o menos lento, adormeciendo a la sociedad en ese bien vivir, pero quizás cuando despierte ya no sea una sociedad libre y ya no viva bien.

GOZAR LA VIDA CON DIOS

Espero que un «tolerante» periodista de un conocido digital no me llame mal bicho, cosa que ya ha hecho con un cardenal, ni me condene —él, que dice huir de toda condena— por formar parte de ese clero que rechaza con duras y despectivas palabras. Todo por el famoso anuncio de los ateos en los buses. Yo no entraré contra el anuncio, son libres de colocarlo. Pero sí quiero ir al verdadero fondo, pues no me parece que sea el clero. Antes me gustaría decir que la frase inicial del slogan —*Probablemente Dios no existe*— sería neutralizada por la sabiduría gallega sin necesidad de mayores demostraciones, con la re-pregunta: ¿Y si existe?

Pero se puede ir más adentro: ¿la vida gozada *et si Deus non daretur*, es decir, como si Dios no existiera, sería realmente más feliz que la vivida junto a Dios? Ahí reside el verdadero asunto. Y la búsqueda de ese meollo no está en frases más o menos acertadas por el marketing, que ya usaron una cerveza danesa y una compañía madrileña de pompas funerarias. Ambas aplicaron el probablemente en relación con la bondad de sus productos. Por mí —y eso que soy clérigo— que hagan toda la publicidad que su dinero aguante. Probablemente servirá de revulsivo para que los creyentes despertemos y busquemos más y mejor el verdadero rostro de Dios. Y al contemplarlo amabilísimo, misericordioso, comprensivo, bello, atrayente, podrán comprobar que muy probablemente es mejor la vida junto a Dios.

El insultador del digital asegura que no hay ninguna prueba de la existencia de Dios y en un plisplas se carga las cinco vías de Santo Tomás, el argumento ontológico de San Anselmo o cualquier otro que se le presente. Claro está, sin ningún argumento en contra. Pero me estoy alejando de mi propuesta, que es hablar de la vida junto a Dios. Y luego, que cada uno sea libre y responda de ello, porque Dios nos ha querido así. Y libre es quien alcanza la verdad y el bien, no simplemente el que hace lo que le viene en gana, tal vez para desnaturalizarse. Ése vive una libertad defectuosa.

Hablando de la fe cristiana, podemos contemplar gozosamente el rostro de Dios y saber qué es la vida junto a Él porque, además de haber revelado muchos aspectos de sí mismo en el Antiguo Testamento, en un momento concreto de la historia se ha manifestado en Cristo, el Dios-Hombre cuya existencia está más que probada. A Cristo lo vamos a encontrar de mil maneras que cambiarán nuestra vida, porque el objetivo del vivir es la felicidad, que encontraremos con Él: en la existencia terrena de un modo incompleto, y mucho más plenamente en el más allá. Pero vamos a quedarnos en el más acá, no vaya a parecer que el gozo de la vida con Dios está sólo al otro lado de la muerte; y si piensan que no existe...

«Que busques a Cristo, que encuentres a Cristo, que ames a Cristo», ha escrito un autor contemporáneo. Esa triple, permanente y entremezclada tarea nos hace felices, logra que la vida tenga sentido y sea más gozosa. En realidad no hay dos modos de vivir felices, el de los ateos y el de los creyentes. Pienso que el hombre honrado no matará, no quitará la mujer a su prójimo, no estafará, no se hará un terrorista, no buscará la guerra, etc. Ese comportamiento natural hace feliz. Pero como la fe no destruye lo humano, la búsqueda de Cristo en la oración, en los sacramentos, en el trabajo, en la familia, en el descanso, da otra dimensión a la vida al hacernos cooperadores del mismo Dios. Cuando el hombre no desea otra libertad que la de amar a Dios, es verdaderamente libre y ama con más intensidad todo lo humano, todo lo noble. Creer en Dios no es un fardo sobre la espalda, mientras que el ateo no llevaría carga alguna. Los ojos de mirar amabilísimo de Cristo, su misericordia con las muchedumbres que no tienen pan o andan como ovejas sin pastor, su dolor por la viuda de Naím que camina para enterrar a su hijo muerto, su corazón movido a compasión por lisiados, leprosos, ciegos... Su Cruz y su Resurrección. Su Iglesia otorgando la salvación a través de la Eucaristía, del perdón de los pecados, de los restantes sacramentos, es una Iglesia que salva, pero respondiendo a cada necesidad divino-humana de toda persona hecha también divino-humana. Cobra aquí todo su sentido aquel verso de Salinas: «¡Qué gran víspera el mundo!». El descreído que se toma la vida como dice el slogan, no goza ni de la víspera.

¹ Uso las mayúsculas para subrayar que nunca ha sucedido anteriormente en la historia de la Iglesia.

Índice

PORTADILLA 1	2
PORTADILLA 2	3
CREDITOS	4
INTRODUCCION	5
I. ¿QUÉ ES EL HOMBRE?	6
II. CONCIENCIA, VERDAD Y LIBERTAD	19
III. LA CUESTIÓN DEL SENTIDO	35
IV. ALGUNAS ACTITUDES HUMANIZADORAS	46
V. RACIONALIDAD	61
VI. FAMILIA, VIDA Y EDUCACIÓN	72